



Contadoras de Historias

Relatos de mujeres para no olvidar



Contadoras de Historias

Relatos de mujeres para no olvidar

Contadoras de Historias Relatos de mujeres para no olvidar

© 2020

ISBN

978-958-52865-5-9

Autorxs

Todas las personas que enviaron sus historias a la convocatoria Contadoras de Historias

Centro de Pensamiento y Diálogo Político © CEPDIPO

Ximena A. Correal Cabezas

Coordinadora editorial

Alejandra Allado Arguello

Isabel Ruano Margarita

Sofía De la Hoz T.

Nathalia A. Archila

Zulma Arboleda

Comité editorial

© ONU Mujeres, Entidad de las Naciones Unidas para la Igualdad de Género y el Empoderamiento de las Mujeres.

Margarita Muñoz. Coordinadora Temática en Resolución de conflictos, justicia transicional y construcción de paz

Valentina Valencia Bernal. Especialista de publicaciones y contenido editorial

Revisión del documento

Nathalia A. Archila

Diagramación y diseño

Raw Pixel

Ilustración

DGP Editores S.A.S

Impresión

Bogotá, agosto de 2020

Contadoras de Historias. Relatos de Mujeres para no olvidar es una publicación que se enmarca en la campaña comunicativa *Somos Movimiento: Mujeres, Paz y Territorio*. El contenido de cada historia hace parte de la vivencia o reflexión de cada contadora que voluntariamente envió su material a esta iniciativa.

Somos Movimiento: Mujeres, Paz y Territorio es una campaña que visibiliza iniciativas impulsadas por mujeres en proceso de reincorporación desde diferentes territorios de Colombia. Se realiza como parte del proyecto “La reincorporación en clave de género: Mujeres exguerrilleras construyendo territorio” implementado por el Centro de Pensamiento y Diálogo Político (CEPDIPO) con el apoyo de ONU Mujeres.

Este documento es posible gracias al generoso apoyo del Gobierno de Noruega a través de su Embajada en Colombia. Los contenidos no reflejan necesariamente las opiniones del Gobierno Noruego ni de la Embajada de Noruega.

Se autoriza la reproducción del contenido a personas, medios de comunicación, organizaciones no gubernamentales, instituciones académicas y otras entidades de carácter público, siempre y cuando no se altere el contenido de ninguna manera y se otorgue el debido crédito al Centro de Pensamiento y Diálogo Político – CEPDIPO, a ONU Mujeres, y a la autora/autor del artículo citado.



CENTRO
DE PENSAMIENTO
Y DIÁLOGO POLÍTICO



Embajada de Noruega



Contenidos

Introducción	13
---------------------------	-----------

Historias de vida

Itinerario íntimo de reminiscencias y ensoñaciones.....	21
Desde el territorio hasta la urbe con esperanza de paz	25
En el corazón de la selva	29
Verdades y anhelos.....	35
No es mi única opción	39
¡Nunca será un adiós, Martín!.....	42
Rutina.....	46
Mi acercamiento con la paz y el feminismo	48
Mi paz es	51
La vida no ha sido fácil	53
Mi infancia.....	57

Somos Movimiento: Mujeres, Paz y Territorio.....	58
Mi historia en la vida de las FARC-EP	66
Un camino para alcanzar la paz imperfecta	69
La piritita y la esmeralda	71
Relato de una faena.....	73
Relato de una exguerrillera del NPR La Pista	78
Ciudad Bolívar con voz de Mujer	81
El temor que me inspira.....	83
Si los taxis fueran violetas.....	87

Historias sobre mujeres

La mujer de ojos color miel	93
Guerreras	94
Camino a casa.....	95
Sin título	98
El solcito de la reconciliación.....	100
Carmen	102
Es casi un cuento.....	106
A Mary.....	112
Un No lugar común	114
Sin título	118

Historias sobre territorios

Así fue nuestro proceso educativo en La Elvira, Cauca	125
ASOMUJIGUA MUJIREM	130

Coplas de Mujer y Territorio	134
Poesía a la vida	135
Miradas	136
Cuando el pueblo se quedó solo.....	139

Historias de procesos organizativos

Un día de muchos, somos y hacemos paz.....	145
Bordar para resistir	148
El poder de los pequeños pasos en la construcción de paz	150
Resistiendo desde nuestros cuerpos.....	153
Leernos entre nos	155
Escuela de comunicaciones Victoria Sandino	160
ASMUPERIJÁ	162

Poemas

Mi niña bonita.....	169
Sin título	171
Patrón.....	173
Poema al amor	176
Sin título	177

Cartas

Recuerdos de mi infancia: 1987	181
A ti, mujer	184

Carta abierta	186
El Sistema Dominante Cambia de Color como el Camaleón.....	189
Sin título	191
Laberinto sombrío	193

Cuentos

Tigre, el cerdito guerrillero	199
Abuela	202
Papel de lago de pesebre	205
Recuerdos de mi barrio.....	207
Un cielo para volar	211

Reseña

El acto de escribir como sanación	219
---	-----

Ilustra la paz.....	223
----------------------------	------------

¿Qué es <i>Somos Movimiento: Mujeres, Paz y Territorio</i>?	246
--	------------

Introducción

En marzo de 2020 abrimos la convocatoria Contadoras de Historias. En ese momento pensamos en un espacio que permitiera reunir experiencias y relatos relacionados con cómo vivíamos las mujeres la construcción de la paz, a qué nos enfrentábamos, qué teníamos en común. El fin principal era ese, encontrar puntos en común.

Sabemos que las experiencias de las mujeres en un país que no deja de sorprendernos son múltiples, pero nunca pensamos que en cada pieza que nos enviaran fueran a compartir sus vivencias de la forma en que lo hicieron.

¿Qué aprendimos? Que las mujeres tenemos mucho, pero mucho, que contar. Que guardamos dolores y esperanzas, también muchas experiencias comunes relacionadas con el conflicto, las violencias contra las mujeres, los desplazamientos forzados, la vivencia de la guerra, y en sí, con un sistema de desigualdades sociales que nos hace mucho daño.

Nos encontramos con mujeres de diferentes lugares de Colombia que compartieron las enseñanzas del camino de la paz, pero también las vivencias del conflicto armado. Mujeres de Chocó, Antioquia, Atlántico, Norte de Santander, Bogotá, Caldas, Valle y La Guajira, entre otras zonas. Mujeres urbanas, campesinas, niñas (también algunos niños), indígenas, jóvenes, exguerrilleras... todas ellas, mujeres poderosas. Algunas nos mandaron fotos de sus escritos porque el acceso a computadores o a internet es una de las barreras a las que nos enfrentamos en Colombia.

Importante decir que todas las historias que llegaron las recogimos en esta publicación y que editorialmente respetamos los estilos y los

relatos que nos enviaron. Solamente y a fin de organizar el material, tratamos de dividirlo por temáticas en común, hay escritos que se funden entre categorías, pero en aras de presentarlo al público y difundirlo, nos tomamos el atrevimiento de hacerlo. A quienes escribieron discúlpennos si no se reconocen en alguno de los bloques en el que ubicamos sus escritos o material. La intención fue solo esa, organizar y hacerlo de la mejor forma.

De esta manera presentamos así la publicación:

Primero encontrarán relatos contados a viva voz, historias de vida sobre trayectorias, recorridos y vivencias enmarcadas en la guerra, la construcción de la paz, la experiencia misma de habitar un país como Colombia.

En seguida continúan las historias sobre mujeres. Historias sobre amigas, madres, compañeras, lideresas que admiramos, reconocemos, de las que tenemos algo que contar.

Luego encontrarán historias sobre territorios, historias sobre lugares, sobre cómo se construyen alrededor de grupos sociales y lo que significan para quienes escribieron. Territorios de conflicto, de paz y de vida.

También recibimos historias de procesos organizativos. En estos se cuentan experiencias alrededor de la paz en diferentes zonas del país.

A continuación, vienen los poemas, material en el que encontramos variedad de estilos, temáticas y formas de abordaje, en el que lo literario permitió también contar múltiples realidades.

En seguida vienen las cartas dirigidas a diferentes personas o a la sociedad en general. Cartas para contar, poner en común y que quien lea se entere de una realidad.

Posteriormente vienen los cuentos, allí clasificamos escritos no necesariamente de ficción. Los ubicamos allí por el estilo de escritura, por la forma en que contaron la historia.

Recibimos una reseña, una reflexión sobre el acto de escribir como una forma de sanación, de catarsis, de transformación.

Nos enviaron también fotografías y dibujos con mensajes sobre la paz elaborados por niños y niñas de diferentes zonas del país (sección que llamamos *Ilustra la Paz*). Definitivamente una manera de cerrar esta publicación como se merece.

Damos inicio a este tejido entre mujeres desde diferentes estilos y propuestas, historias que han despertado distintas emociones: rabia, alegría, admiración, empatía, que han llenado nuestros ojos de lágrimas. Que nos han llevado a decir: eso lo viví yo, eso lo vivimos también nosotras. Cada aporte ha sido una invitación desde la intimidad a conocer la fuerza que tenemos las mujeres y que nos hace más potentes en colectivo.

Bienvenidas y bienvenidos a este sueño cumplido, el logro de aportar desde nuestras voces a la construcción de la memoria colectiva, feminista. La escritura para nosotras es sinónimo de rebeldía porque rompemos el silencio, salimos de las cuatro paredes o del espacio al que hemos sido confinadas. Escribir es encontrarnos, es luchar... Siendo así les invitamos a leer, a abrirse a los afectos y a las emociones que cada una de las mujeres que escribieron comparten.

Este escrito colectivo se construyó en tiempos en los que la pandemia obligó al mundo a pensar las formas de relacionarse, ojalá algo cambie.

Gracias a todas las Contadoras de Historias, las que están en esta publicación y las que no, sin ustedes este documento no sería el relato colectivo en el que se convirtió.

Somos Movimiento: Mujeres, Paz y Territorio
Agosto de 2020





Bailando sobre la tierra

Por: Camila Correa Lorduy

Historias de Vida



Itinerario íntimo de reminiscencias y ensoñaciones Identidad y política en tiempos aciagos

Por: Felicia Bracho Oñate & Giacometto

Al presente, acompañada de la lucidez de mi memoria y de una inigualable sensación de libertad, siento firmemente la melancolía del afán de querer ser; se apoderan de mí las remembranzas de los momentos sublimes en los que experimenté la desavenencia del tiempo: siendo feliz al lado de mis amigas, jugando y fantaseando con ser adultas, imaginando un mundo de libertades, sin estimaciones, sin comidas no deseadas, con responsabilidades privilegiadas —¡qué ilusas fuimos!—, conquistando lugares, siendo niñeras, cocineras, médicas, profesoras y un establecido compilado de carreras a las cuales todas le apuntábamos. Añorábamos crecer en un mundo perfecto porque creímos que vivíamos en uno contrario, lleno de dificultades y limitaciones.

Pensamos una y mil veces, mientras chapuceamos a la orilla del arroyito que regaba nuestro pueblo, en cómo cumplir los que para ese momento eran nuestros sueños. Todos ellos nos alejaban más de nuestra realidad y ponían una barrera entre nuestro ser y nuestras raíces, creyendo que lejos estaba nuestro lugar en el mundo, pareciendo ser fácil huir, viajar y explorar. Lo distante se nos hacía lo correcto, ¿caso teníamos elección?

La viabilidad de nuestras opciones fue aumentando cuando nos encaramos a la progresión de nuestra edad. Nos deslumbramos con cada cosa diferente que vimos en nuestro paso en los pequeños lugares que fuimos visitando. Nos cuestionamos comparando las otras formas de vida con la nuestra. Fue así como empezamos a soltar, pero a la vez se

afloró el temor como sentimiento-respuesta de la obligación de andar en solitario el recorrido de la vida.

Años más tarde, en el cortejo de unas cervezas, en acuerdo, hicimos retrospectiva considerando lo tontas que fuimos al permitir que el deseo nos alejara del disfrute inexorable de la niñez y la adolescencia; como si el deseo fuese malo y no ese dinamizador de la voluntad, en ocasiones ajena a nosotras. La ambivalencia de nuestros anhelos nos permitía pensar en ser o no ser, pero el ruido de nuestro exterior nos confrontaba de forma diaria.

Noticias ajenas a nuestro pueblo llegaban, a veces a lomo de mula y otras con jornaleros contratados para arar la tierra cuando no era suficiente con la mano de obra de los nuestros. ¡Y es que el latifundio imperaba en esta tierra! por eso nuestras ilusiones nos desarraigaban pensado en nuestra capacidad de avanzar, de crear, de soñar.

Con suerte un día cualquiera y con el ímpetu de mis ancestras, tomé las riendas de mis deseos, mi equipaje no era más que tres coloridos vestidos que resaltaban los rasgos singulares de mi ser, un turbante que protegía mi voluminoso cabello y una pequeña libreta que una tía rezandera me regaló como presagio de lo que mi viaje sería.

Fue precisamente allí donde empecé a soslayar mi laxa egolatría fijando mi mirada en las múltiples realidades que la sociedad exhibe. Tuve el privilegio de encontrarme con mujeres que en el camino se fueron convirtiendo en mis hermanas, las mismas que me ayudaron a cultivar el carácter y mi personalidad, mostrándome un mundo donde las violencias hacia nosotras no se naturalizaban con irreductibilidad. Aún cuando mis actos fueron precedidos por el miedo, conocí a mujeres bellas, auténticas e incomparables, envalentonadas en procesos femeninos reivindicativos que me inspiraron a estudiar y a luchar por la equidad, la inclusión y otros temas en los que era neófita. Ellas me instruyeron en la desconfiguración de los imaginarios que nos posicionaban como rivales, no podíamos ser vistas de la misma manera.

Empecé a enamorarme de la lectura y me admiró leer cómo

han denunciado cifras incalculables de mujeres víctimas del conflicto armado a las cuales les habían perpetrado sus vidas, despojado de sus territorios, cercenado sus sueños y abusado sus cuerpos. También, sentí satisfacción porque habían adelantado acciones para reconocer a las mujeres como sujetos políticos de derechos, capaces y necesarias en procesos democráticos que posibilitan la construcción asertiva de país. Pero lo más confortante, era ver cómo resaltaban las historias invisibilizadas de muchas mujeres fornidas en el amor y la esperanza, soñadoras inapelables de una Colombia emancipada y regocijada en la paz.

He vuelto a mi territorio con mi agenda atestada de historias, me he reencontrado con mi identidad, valoro mis costumbres y trabajo con vehemencia en los procesos de restablecimiento de derechos a las comunidades étnicas, por medio de los cuales visionamos la abolición utópica del racismo estructural que nos ha reducido y subyugado a relaciones esencializadas y hegemónicas de poder que conllevan a discriminaciones activas en varios contextos.

El día de hoy, en medio de cuarentenas, mis amigas de infancia y yo hemos tenido la oportunidad de tener nuevos reencuentros a profundidad, reímos, lloramos recordando una y otra vez las historias que nos unieron de por vida y le hemos dado cabida en nuestras conversaciones, a las experiencias libertarias que cada una ha tenido por fuera de nuestro territorio. Hablamos temas de paz, de mujeres, de equidad de género, de empleos, viajes y no pueden faltar los amores.

Nos alteró la tranquilidad el saber que en Colombia se han registrado 19 casos de feminicidios en esta temporada de cuarentena, reflexionando que no todas las mujeres encuentran en el hogar el refugio más seguro para vivir. En cada videollamada cavilamos que la construcción de la paz en este país es una tarea cotidiana de desaprendizaje, desnaturalización y rechazo de cualquier forma de violencia. La paz es el anhelo colectivo que ha obtenido los esfuerzos generosos de mujeres que han vivido experiencias impensables de la

guerra, en sus hogares, en las calles.

Ya no somos las niñas de años atrás, ahora interpretamos las disparidades sociales que nos han llevado a entender que en Colombia no podemos concebir la construcción de la paz desde la única mirada de la incidencia política. Es imprescindible darles luz a los rostros de las otras y otros, a las formas de vida e identidades ocultas que a diario coexisten a favor de un país menos viciado y reconciliado desde la diversidad. No nos rendimos. Las mujeres, aún sin garantías, pretendemos seguir caminando con el ánimo de encontrarnos con el sendero de la paz sólida y verdadera que suplica nuestro país.

Desde el territorio hasta la urbe con esperanza de paz

Por: Mujer Indígena del Pueblo de los Pastos

Eran las nueve de la noche, ya estaba acostada, pues dormir temprano es una de las costumbres en el territorio de los Pastos. No había nadie más en casa, solo yo, y no lograba conciliar el sueño, un miedo extraño invadía mi cuerpo y agudizaba mis sentidos. Se preguntarán ¿miedo de qué o a qué?, desconocido hasta el momento, pero como decían las abuelas cuando va a pasar algo malo, el indígena lo presiente.

Y sí, una vez más se cumplían las sabias palabras de nuestras sabedoras. De repente, los perros ladraban y las vacas en el corral se asustaban. Nosotras aprendimos desde pequeñas a distinguir cómo reaccionan los animales a la presencia de desconocidos. Entonces, en medio de la oscuridad me levanté y caminé por la cocina, me acerqué a la ventana y miré en la entrada hacia la casa, varias sombras confusas entre los árboles, varios cuerpos que la oscuridad de la noche impedía identificar, sentí más miedo, dado que no era una hora apropiada para recibir visitas.

Dichos visitantes cargaban, consigo una especie de bastones largos, ¿bastones? No, no eran simples e inofensivos tallados de madera, eran armas de fuego, puesto que con el paso de los años me di cuenta qué era lo que realmente llevaban consigo. No eran ladrones o cuatreros como se les conoce en otras regiones del país. Ellos tenían otro fin, pues llamaban a mi padre por su nombre como si lo conocieran, pero él, aquella noche fría aún no llegaba a casa, se había tardado en reunión con las demás autoridades del cabildo, quienes estaban preocupados tratando de encontrar respuestas a la presencia de grupos insurgentes

en el territorio, y por asesinatos de comuneros que se habían dado durante las últimas semanas. Al percatarse que el objetivo de ellos no se encontraba en el lugar, le dejaron un mensaje: teníamos 24 horas para abandonar nuestra casa. Cómo olvidar ese momento.

Al día siguiente, confundidos por los hechos, ante la difícil situación, acatamos la orden y buscamos continuar con la vida en una zona menos peligrosa y la llamo así, porque la única seguridad que ofrecía el nuevo techo, era la de la guardia indígena, quienes en minga nocturna resguardaban por turnos a las familias del sector, pues se facilitaba un poco dada la cercanía de una vivienda con la otra. La tarea entonces consistía en cuidarnos los unos a los otros, contrario a donde estábamos asentados días atrás, que era una zona apartada de otros comuneros.

Equivocadamente, sentía haber superado el miedo, pero no, no fue así. Los días pasaron, extrañábamos el rancho, la chagra, la madre naturaleza, nos hacía falta todo. Ya eran dos sentimientos, el duelo y el temor, ya que en cada madrugada una casa más amanecía colorida con grafitis intimidantes, con consignas confusas de esperanza y de temor, el problema y la solución parecían estar en manos de aquellas organizaciones violentas. El territorio, se había convertido en un ambiente hostil, en donde niños y niñas crecíamos con pánico, zozobra e incertidumbre, pues las amenazas a la vida de abuelos, padres e hijos era pan de cada día. Bastaba con caminar hacia las zonas urbanas desde lo rural, para tropezar con macabros rastros de la guerra, dejados en cuerpos sin vida de conocidos o no, porque habían sido desfigurados, torturados, asesinados y bañados en sangre, la misma que impedía identificar sus rostros.

Fue entonces, cuando la ley del silencio entró a regir, nadie decía nada, ver y callar, guardar adentro recuerdos aterradores, que hacían parte del diario vivir, se escuchaba que el sigilo se debía hacer para proteger la vida. Pero ¿cuál protección de la vida?, si cualquier motivo parecía ser válido para declararlo objetivo militar, nadie sabía qué hacer, a quién acudir, estábamos en un callejón sin salida.

Aún así, todo transcurría, los de mi edad íbamos al colegio, porque era obligación estudiar. Debía ser alguien, aunque ya era alguien, pero ese alguien al que se refería mi madre, no era cualquier alguien, ella quería que saliera del territorio a la ciudad, a estudiar una carrera profesional. Esa era su ilusión o quizás no, lo que verdaderamente deseaba era proteger mi vida del terror constante. De pronto, ella anhelaba que, en vez de leer panfletos y grafitis amenazadores, leyera textos que me enseñaran a ser el alguien que ella soñaba. Espero, volver a sentarme alrededor de la tulpá, hablar y saber si ya soy alguien o aún no.

Gracias a que acaté las palabras sabias que venían desde generaciones pasadas, terminé el colegio y salí con la misión de ser alguien, pero no salí sola. En mí llevo desde siempre la memoria y la identidad de mi pueblo, un espíritu de esperanza que nos ha permitido luchar desde tiempos milenarios por un goce efectivo de derechos, para conservar lo que somos en esencia. No obstante, al llegar al contexto ciudadano, esa ilusión se vio opacada, porque una vez más mis sanas costumbres, principios y todo lo que acarrea el ser mujer indígena, se vieron doblemente afectados. En varios escenarios tuve que ocultar lo que soy, esconderme, callarme debido al rechazo, la burla y la discriminación, porque así ha sido y aún es así como los prejuicios, etiquetas y estereotipos golpean fuerte a los que somos del sur del país y más aun a los indígenas.

El tiempo avanzó y junto a él con muchos obstáculos se dio el logro de un título profesional, creo que por fin era alguien. Sí, efectivamente ya era alguien, quien, gracias a los buenos principios transmitidos de generación en generación, la sabiduría, orientación de la mujer que me dio la vida y el conocimiento académico se complementaron, y salió a flote la fuerza que nos ha caracterizado a las indígenas Pastos. El miedo, guardado durante años, que me ponía una barrera a la hora de expresarme quedó en una parte de la historia, por fin el temor se había ido de mi sentir. Además, aprovechando la coyuntura del país y al tener

a la vanguardia la necesidad de comprender desde la ciencia el accionar de la guerra, empiezo a pensar en estrategias encaminadas a mitigar el impacto de la confrontación armada en las minorías, quienes hemos sufrido por doble los flagelos en nuestros territorios y el abandono estatal.

Es así, como comienza un proceso de aporte en la construcción de paz, primero desde la vivencia que me ha dado lugar a desarrollar empatía en las comunidades afectadas, segundo en estudiar de manera objetiva algunas de las incalculables raíces del problema, para finalmente atreverme a afirmar que las bases de la paz se construyen en cada familia, y si no ¿por qué los buenos somos más? Ya en este punto, le doy especial relevancia a la memoria ancestral, esa memoria que nos ha permitido seguir vivos a nosotros los nativos, y no hablo de cualquier tipo de vida, sino de la vida de un indígena, con espíritu de lucha, que no conoce cansancio, quien a pesar de las dinámicas complejas ha resistido históricamente, guarda la esperanza de que seamos alguien en un mañana mejor.

La duda sigue, ¿soy ese alguien que soñaban mis abuelos?, considero que aún me falta, porque en el proceso de construcción de la paz, está primero ubicarnos en qué punto y cómo podemos aportar desde la diversidad, en el logro de la consecución de este derecho, sin embargo, con la recuperación de la memoria, empezaremos a trazar un camino.

En el corazón de la selva

Por: Malp Velásquez

Me gustaría compartir con ustedes una historia mágica y fantasiosa, una de esas que me dio vueltas en la cabeza desde muy niña hasta hace unos pocos años, pero, desafortunadamente dejé de fantasear. Por alguna razón la fantasía dejó de ser la protectora de mi esperanza y empecé a proyectarme con un poco más de realismo y entusiasmo por el futuro. Sólo tengo para compartir algunas de mis experiencias de vida reales, bueno, específicamente una que marcó mi vida de tal forma que desee empezar a ser parte del cambio y no del problema.

El contexto rápido de mi vida empieza por aceptar que soy huérfana, palabra que he evitado usar en toda mi vida, pero la realidad es que mi padre se fue de casa antes de que yo naciera y mi madre murió cuando yo tenía 6 años, entonces viene la pregunta estrella consecuencia de no tener padres ¿quién te crió? Bueno, a eso siempre respondo con algo de humor negro, me crió la vida misma; pero claro, siempre hay actores o la obra no está completa. Para mi fortuna tengo cinco hermanos, tres hombres y dos mujeres, todos mayores que yo, entre ellos y muchos más adultos se tomaron la tarea de criarme.

Vamos a saltarnos mi infancia y parte de mi adolescencia que en realidad fueron más bien dramáticas, me faltó diversión por esos años y claro, también un hogar, una madre y algo de normalidad, pero ahí están las respuestas a las excentricidades que me definen ahora. A la edad de 17 años entré a formar parte de una comunidad religiosa, estuve allí por 12 años; sí, fui monja una decena de años de mi vida. Lo menciono porque mi experiencia está enmarcada en este contexto.

Después de unos tres años de formación religiosa en Bogotá debía continuar la formación con dos años de estudio en España. Viví en Barcelona cuando tenía 20 años, fue una experiencia sin duda enriquecedora y algo dura, implicó un cambio bastante importante, sin embargo, no sospechaba que me aguardaban cambios mucho más estremecedores. Realicé mis dos años de formación en España y lo que se esperaba según la normalidad de los procesos era volver a Colombia para realizar alguna carrera civil, que me permitiera madurar a nivel profesional, sin embargo, por razones que desconozco mis superiores decidieron mandarme a una comunidad de misión en África.

—¿África? —pregunté de nuevo.

—Sí, te vas a la comunidad de Akurenam ubicada en Guinea Ecuatorial.

Esa es tal vez la mejor noticia que he recibido en mi vida. Yo desde muy pequeña había soñado con ir a África y ahora tenía ante mis ojos esa posibilidad, la vida no podía portarse mejor conmigo. Claro que es oportuno aclarar que entonces tenía 22 años y era bastante romántica, inocente y cándida, una característica de la vida religiosa es que ralentiza los procesos emocionales de las personas, de manera que la adolescencia se prolonga un poco más bajo la apariencia de amor eterno al Señor, en fin, no me desvíó del tema. Iría a África, hasta ahora ninguna religiosa colombiana, de hecho, ninguna religiosa latinoamericana de esa comunidad había ido de misión a África y mucho menos tan joven, debo confesar que me sentía la última *Coca-Cola* del desierto en ese momento.

Me preparé para marchar a aquellas ansiadas tierras en el verano del 2010, recuerdo que fue un viaje horrible y largo por la escala innecesaria en el aeropuerto de París, pero estaba tan emocionada que era incapaz de sentir fastidio por algo. Viajé con la que sería mi superiora durante los próximos cuatro años, claro que se supone que yo iba por sólo un año para tener experiencia de misión, pero me dejaron cuatro. Viví feliz allá, fue una experiencia de hogar que jamás en mi vida había

experimentado, a donde iba tenía una mamá, esas mujeres me cuidaban como si fuera su hija y me querían así blanquita, desteñida y con rarezas incluidas.

Para llegar a África teníamos pasar por Camerún, el país vecino del que yo estaba destinada, porque era más fácil obtener la visa de entrada a Guinea desde allí que desde Europa. Allí estuve cerca de dos meses en una población al norte que se llama Bamenda, ubicada en la parte anglófona del país ya que allí una parte del mismo país es francófona y la otra anglófona. Aterrizamos en Duala —una de las ciudades costeras del país— y el bofetón del calor tropical al salir del avión me envolvió en un abrazo y una emoción que me resultaron incontenibles, en ese momento deseé besar la tierra, pero me contuve porque mi acompañante pensaría que tengo algo corrida la teja.

Algo me defiendo con el inglés, pero francés nunca había escuchado sistemáticamente excepto *merci* y *bonjour*. Duala es una ciudad francófona así que no me enteraba de nada, pero igual no tenía miedo pues la emoción me tenía volando. Hicimos noche en Duala y al día siguiente viajamos en carro hacia Bamenda, viajamos, viajamos y viajamos no recuerdo por cuántas horas, pero sé que fueron suficientes para no querer ver un carro en algunos días. En Bamenda la comunidad tenía tres focos de misión muy interesantes: una escuela de preescolar llena de niños hermosos, un hogar o “hostel” para niñas sin padres —las hermanas se hacían cargo de criarlas hasta que tuvieran edad suficiente para hacerse cargo de sí mismas— y una escuela taller para mujeres con algún tipo de discapacidad. Yo debo decir que estaba fascinada y llena de tierra roja hasta las orejas, pero me sentía más que feliz, me sentía pletórica.

Las niñas de la casa hogar estaban en sus pueblos respectivos pasando unos días de vacaciones con sus familiares más cercanos, entonces nuestra misión era ir por ellas puesto que ya casi empezaba la escuela. Así que tres días después de mi llegada a África emprendimos camino a Widicum un pueblo pequeño y lindo. Llegamos allí, conocí

a algunas de las niñas que estaban en la casa hogar, eran niñas súper despiertas y preciosas, pensé en ese momento que las monjas eran afortunadas de tenerlas en casa porque debían ser el alma de ese lugar. Minutos después me informa la otra religiosa —aunque ya estábamos en la parte anglófona, seguía sin enterarme de nada— que teníamos que ir un pueblo más adentro por una niña nueva que iría a la casa hogar, no vi problema en ello.

Fuimos en el carro de unas religiosas que tenían un hospital en aquel lugar. Viajamos y viajamos y seguimos viajando por unos caminos cada vez más cerrados por el bosque, pensé que tal vez llegaríamos pronto al poblado y efectivamente llegó un momento en el que el camino para el carro terminó, no había forma de seguir, así que el conductor nos dijo que debíamos caminar, miré para todos lados y sólo veía bosque, me resultaba enigmático hacia dónde caminaríamos.

De pronto apareció un señor que haría de guía para nosotros en medio del bosque. Sacó su machete y empezó a abrir camino, yo estaba fascinada, jamás había estado tan cerca de la naturaleza, esta pobre citadina que creció entre carros, ruido y cemento qué iba a saber de bosques o selvas —como mejor sirva el término para la imaginación de mi valiente lector—. Empezamos a caminar entre las matas y caminitos pequeños que íbamos encontrando, de pronto se me ocurrió preguntarle a mi compañera:

—¿Qué debo hacer si aparece una serpiente? —ella se quedó mirándome

—Debes correr en sentido contrario— la miré y esbozamos una simpática sonrisa dado que no había ni por donde caminar ¡cómo podría correr en sentido contrario!

El bosque era el mismo después de unos cinco minutos, por lo general mi sentido de orientación es muy malo, de manera que allí orientación no es una palabra que utilizaría en ningún momento. Lo único que sé es que caminamos muchísimo hasta que de pronto encontramos en medio de la selva una casita de unos 6 metros cuadrados y con una

cocina en la parte frontal de la casa que constaba de cuatro piedras, leña y una teja.

—¡Llegamos! —dijeron.

—¿Llegamos a dónde? —pregunté.

Me parecía realmente imposible que las personas pudieran vivir allí. La niña por la que íbamos tenía 3 años, se llama Marie Claire, tenía una conjuntivitis que le impedía abrir los ojos y fiebre probablemente de malaria o paludismo. Estaba acostada con su papá en un camastro hecho de guadua, él era un hombre mayor y evidentemente no podía hacerse cargo de la niña, su madre estaba recogiendo los frutos de la palma para hacer aceite y venderlo, ella tampoco estaba en condiciones de cuidar a la niña porque había enloquecido en el parto de su hermana mayor que fue adoptada por una familia española.

Cuando vi a la niña sentí que el corazón se me partía en mil pedazos, en ese momento dejé de volar y la realidad me despertó con una bofetada bien dada en la cara. La niña emitía chillidos y gemidos muy parecidos a los animales que escuchaba del bosque. Su padre rompió en llanto cuando nos la entregó y yo me contuve porque deseaba deshacerme en llanto con él. Fue un momento de silencio absoluto en mi alma, era incapaz de pensar nada, era incapaz de procesar aquella realidad, no pude digerir eso en mucho tiempo. No importó semejante camino, no importó nada, sólo pensé que probablemente la niña habría muerto de no haber ido a buscarla, me sentí afortunada de haber tenido tanto hasta ahora en mi vida y de haber perdido tantas oportunidades por no haber valorado todo aquello, porque hasta que una realidad tan absurdamente chocante te hace reaccionar, vivimos como anestesiados.

Cogimos a la niña, nos despedimos de su padre y de su madre —que llegó en aquellos momentos— y emprendimos nuestro viaje de vuelta. Yo me sentía en shock, respiraba porque es algo mecánico, pero sentí que me embargó el alma una serie de sentimientos que no alcanzo a explicar, estaba absolutamente conmovida con un nudo inmenso en la garganta y es la única vez que recuerdo que mi cabeza era incapaz de

emitir algún pensamiento.

Regresamos al hospital de donde salimos, pero todavía nos faltaba el viaje de vuelta a Bamenda. Recuerdo que llegamos al hospital y las religiosas nos ofrecieron comida y algo de beber, era incapaz de comer, porque me estaban consumiendo las ganas de llorar; así que me fui al baño y lloré con un llanto que fluía de lo más profundo de mi ser. Al volver a la mesa evidentemente las demás se dieron cuenta porque mis ojos rojizos me delataron enseguida, sin embargo, sólo vi miradas compasivas, seguramente porque ellas ya habrían pasado por experiencias similares, pero no dijeron nada. Era tarde así que ya era hora de volver, cogimos a Marie Claire y las demás niñas y volvimos a casa.

Esa fue la bienvenida que me dio África, de ahí en adelante algunos códigos vitales cambiaron para mí y empecé a sentirme afortunada de poder estar allí; lo que no sospechaba es que me esperaban cuatro años de maravillosas experiencias que jamás olvidaré y que aportaron tanto como se ha podido a la rareza de persona que soy hoy.

Ahora vivo sola en Bogotá, con un hermoso gato que me acompaña hace unos cinco años. Dejé la comunidad religiosa hace tres años y me dedico a estudiar y reorientar mi proyecto de vida. Debo decir que ser mujer es difícil, pero ser mujer africana tiene un plus de dificultad. Amo África, amo su diversidad cultural, la vida sencilla que tuve allí, pero sobre todo amo la vida que me dio la oportunidad de ser feliz.

Verdades y anhelos

Por: Graciela Gonzáles

Tengo 2 años y medio de haber llegado a este lugar, me refiero al Centro Poblado Villapaz que por varias ocasiones ha mutado de nombre, algunos lo conocen como ETCR Martín Villa. Está ubicado en el distrito de Filipinas compuesto por nueve veredas, a 40 minutos de Puerto Jordán y pertenece al municipio de Arauquita del departamento de Arauca.

En ese tiempo galopaba la incertidumbre y el miedo de ser asesinados por cualquier grupo armado que se hallara en la región, pues estábamos saliendo del cascarón que por años le dio seguridad a nuestras vidas, fue tanto que algunos de nuestros compañeros salieron del lugar, unos por explorar, otros por la familia, otros por miedo. Ese era el principal motivo, pero sin dejar de mencionar las “casas” que nos dio el Estado y la logística: una cama de hierro de un metro de ancha y un cajón de lámina dizque para la ropa o sea, nosotros salimos sin nada: estufa, platos, ollas, ¡nada! Era tan difícil todas esas cosas encontradas y desconocidas que había que solucionar en tan poco tiempo y que algunos no aguantaron.

Pero no todo es malo, el amor, el compromiso, la responsabilidad, el compañerismo y la solidaridad lograron lo que muchos creían que era imposible, mantenernos en este lugar y construir en medio de muchas dificultades un hogar con nuestras familias; no por las casas, sino por los lazos que nos unen como comunidad exguerrillera que sueña con la implementación de los Acuerdos de Paz, la construcción de una sociedad incluyente y participativa. Además, la organización interna de nuestro poblado en comunas, cooperativas, asociaciones y comités nos fortalece

para la lucha por nuestras compañeras y compañeros discapacitados, madres cabeza de familia, indígenas, afros, comunidad aledaña y así poder dirigir todos los esfuerzos hacia el gobierno local, regional y nacional, para que asuman compromisos con la construcción de la paz en lo económico, social, cultural, ambiental y político.

Así mismo, los que decidimos quedarnos iniciamos trabajos comunitarios, por cierto, la comunidad aledaña nos recibió muy bien, trabajos agrícolas, apícolas, piscícolas, iniciamos estudios primarios y secundarios, y con la famosa bancarización iniciamos todas las compras desde una cuchara hasta una nevera; así fue el proceso en el que nosotros empezamos a adquirir todas las cosas que supuestamente se necesitan para vivir bajo la inclemencia de este calor húmedo de Arauca. Por cierto, la mata (montaña) que durante tantos años me dio abrigo aún la extraño, me hace tanta falta vivir en ese ambiente sano, tranquilo, libre y hermoso por su color y frescura y la belleza que se haya en su interior: flora y fauna.

Además, llegaron a nuestras vidas las hijas e hijos, algo único esperado y anhelado por toda mujer que procrea vida, da vida, de sentir por nueve meses la formación delicada y perfecta de los nuevos integrantes al poblado, con ellas y ellos se dio otro sentir a nuestras vidas. La firma de los compromisos en La Habana, Cuba nos dio la posibilidad de aprender a descubrir cómo es ser madre y padre, ver en ellos el conocimiento diario cuando exploran paso a paso y construyen con la experiencia un futuro planeado entre ellos y nosotros. Algo así como nosotros después de la firma del Acuerdo hemos aprendido tantas cosas de las cuales desconocíamos y una de las cosas que me han marcado en este proceso de formación para la sociedad, es que la comunidad en su día a día por sobrevivir en este país de esclavos, porque ya no son cadenas, el capitalismo salvaje, ha hecho de esta herramienta el arma fundamental para que perdamos nuestros valores principios.

Que vendamos nuestra fuerza y voluntad por una miseria, porque nuestro único propósito es llevar el bocado a la mesa el alimento

a nuestro hogar, este motivo no permite ver otras necesidades que no sea más que la propia; hasta en algunos momentos se piensa que somos los únicos que viven de esa manera, desconociendo el hambre que viven millones de colombianos. Por tal razón no les queda lugar para viajar, estar en reuniones, ser dirigentes, trabajar por la comunidad sin ninguna remuneración económica, porque si lo hacen, quién consigue la comida para la familia y pues cuando yo estaba en armas no alcanzaba a dimensionar tantas cosas que padecen los campesinos que se hayan en el completo abandono del Estado. ¡Me siento tan impotente!

Aunque en la firma no se tuvo en cuenta la germinación de los frutos de los Acuerdos, ellas y ellos van a ser y seguir siendo el aliciente para continuar con la lucha política, por la conquista de nuestros derechos y ayudar a la construcción de paz desde nuestros hogares, ayudar porque se acaben los odios en nuestros corazones, ayudar para que mujeres y hombres tengan los mismos derechos, ayudar para que se visibilice todo por los medios de desinformación; para que en estos momentos de pandemia del COVID-19 se dé a conocer el hambre que padecen millones de mujeres, hombres, lesbianas, gays, bisexuales, transexuales, niñas y niños que viven de la miseria y el abandono; es sensibilizar corazones con realidades, pero los medios siempre nos muestran el país de las maravillas. Ayudar para que la educación de nuestros hijos sea de nueva generación donde se rescate la cultura, lengua y tradición criollita de nuestro país; y porqué no, la de nuestra organización en armas para que no se deje en el olvido.

Ahora es de locos nuestro centro poblado, desde las 4:00 de la mañana se sienten los ricos aromas al café mañanero, la carne frita que no puede faltar en el lonche y en eso de las 5:30 a.m. invade nuestra tranquilidad, el llanto de los niños y el rugir de las motos que inician a calentar motores para salir a trabajar en los diferentes proyectos y cultivos: plátano, sacha, yuca, maíz, peces, gallinas y cerdos.

El día a día que desconocía me impactó mucho, caímos al círculo vicioso de rebuscarnos la papa como comúnmente decimos, a vivir

nuestra vida a trabajar la tierra para conseguir fondos, todos o la mayoría mantiene ocupada u ocupado, pero eso sí, cuando se programa reunión en el aula general, que se organiza con anticipación, ahí estamos todos haciendo montón, interviniendo, preguntando, aclarando dudas. Pero lo que aún no hemos perdido y que ojalá dure por siglos es el respeto, la solidaridad, a pesar de lo inseguro que es nuestro hogar, no se pierde casi nada, el saludo mañanero, el compartir un café con los vecinos, nos llamamos por nuestros seudónimos, hasta los niños lo hacen, eso quiere decir que va perdurar en el tiempo; seguimos escuchando nuestra música, haciéndonos favores, regalándonos cosas; esa es nuestra riqueza y que ojalá que aquellos que no la ven, puedan descubrirla a través de nuestras expresiones y actos porque los revolucionarios todo lo hacemos con el corazón, porque hay que ser humano para vivir en sociedad.

Pues aquí todos me conocen como Graciela, exguerrillera, con un amor incondicional por nuestro proyecto político y hago todo lo mejor que puedo e intento mantener dispuesta al diálogo pese a las dificultades y siempre he soñado con que la paz no se represente con una paloma, sino no con el maíz, porque el alimento en nuestras mesas alegra corazones y saca sonrisas hermosas de todos los que tienen la barriga llena. Esa es la paz que debemos buscar entre todos.

24/04/2020

No es mi única opción

Por: María Valentina Del Mar Rojas Londoño

Transcurrían los días y los meses viviendo en este pueblo del Llano, donde pasé un tiempo de mi infancia, allí no me importaba nada más que jugar, hacer mis tareas y sentirme libre, así como siempre me he sentido desde que tengo memoria. Con tan solo 10 años recuerdo haberme postulado a la personería del colegio y a ser el cambio que yo quería para el mundo. Una pequeña decisión que logró cambiar mi vida y hacerme creer que lo que me proponga lo podía lograr y sí, gané el ser personera del colegio Antonio Nariño cuando estaba en quinto de primaria; pero esta historia no va por allí, ese pueblo que me había ayudado a creer también me hizo madurar y me ayudó a darme cuenta de que la vida no siempre es color rosa.

Mi papá tenía un taller de electricidad en el cual trabajaba todos los días, mi mamá como buena esposa, lo acompañaba en su labor. Era un pueblo pequeño, sus calles estaban cubiertas de arena, muy cerca del parque pasaba el río Manacasias, un río caudaloso y navegable, en determinadas épocas del año las toninas rosadas —una especie de delfín— llegan muy cerca del pueblo, lo cual lo hacía un atractivo para los turistas, era bastante lejano de la capital, con altos grados de temperatura.

El conflicto armado estaba en todo lo alto, día a día había toques de queda desde las 6:00 de la tarde, la población recibía bastantes amenazas y al cementerio que estaba ubicado pasando la calle y doblando la esquina de mi casa, llegaban cantidades de cadáveres desmembrados y quemados con ácido, al final todos corrían con la misma suerte, resultaban en una

fosa común.

Mi papá recibió una propuesta de trabajo que iba a cambiar nuestras vidas, el monto que le ofrecían para trabajar era exagerado para esa época; mi mamá y yo estaríamos en casa y no nos faltaría nada económicamente, pero el corazón lo tendríamos sin paz y dentro de la selva.

Los paramilitares, conocidos también como *paras* o paracos, querían que papá trabajara para ellos, que estuviera en la selva arreglando sus carros, pero tarde o temprano resultaría involucrado en sus andanzas, de no aceptar aquel trabajo su familia no correría con buena suerte y atenerse a las consecuencias no era una opción.

La decisión era muy difícil, estaba entre trabajar para los paramilitares o quizá la más loca y arriesgada idea, huir, dejando todo atrás, todo lo que habíamos conseguido y desaparecer del pueblo de la noche a la mañana sin dejar rastro.

Mi papá un hombre consciente de las cosas y con una gran valentía y amor por su familia, decidió hablar con mi mamá, en aquella conversación se dieron cuenta que no valía la pena arriesgar nuestra vida por unos pesos de más y hacer parte de un grupo que le ha hecho daño a Colombia, nuestra decisión fue muy clara, al día siguiente planeamos nuestra huida.

A las 10:00 de la noche iniciamos a guardar las cosas en nuestro carro, *Ford* cortina modelo 71 de color azul, comenzamos con lo esencial como la ropa, libros, algunas cosas de la cocina, mis juguetes y repuestos del taller de papá, esa noche el miedo se atormentaba de nosotros, debíamos ser muy sigilosos y no levantar sospecha de nadie.

A las 2:00 de la mañana abandonamos el pueblo, solo recuerdo que sentía que nos perseguían, entre susto y lágrimas por dejar todo lo que teníamos allí, a mis amigos y a mi colegio me quedé dormida. A las 2:00 de la tarde llegamos a la capital del Llano, Villavicencio, nuestro carro iba embarrado, lleno de polvo, ya que toda la carretera por la que habíamos transitado era destapada.

Rumbo a la finca de unos amigos nos paró la policía, querían saber que había pasado y porqué nuestro carro estaba en esas condiciones, le pidieron los papeles a mi papá, ¡vaya sorpresa!, el seguro del carro estaba vencido, por ahí dicen *al caído, caerle*, pero para que no nos inmovilizaran el carro, mi papá sacó un billete y se los entregó, ellos lo recibieron muy gustosamente y continuamos nuestro camino.

Al fin sanos y salvos llegamos a la finca, a empezar de nuevo una vida llena de incertidumbres, sin dinero, pero lo más importante, estábamos juntos. Doce años después agradezco a mis padres, aquella decisión tan astuta que tomaron, decidieron dejar todo y comenzar desde cero, reinventarse y buscar alternativas para sacar a su familia adelante.

Así como nosotros, más de 7'816.500 desplazados internos en el país han tenido que dejar todo atrás y comenzar con una vida nueva, en el 2019 según el diario El Tiempo: “Colombia ocupó por cuarto año consecutivo —desde 2015—, el primer lugar en el mundo en víctimas de desplazamiento forzado dentro del mismo país” y es increíble pensar que en un país donde somos ricos en fauna y flora, donde nuestra cultura es pluriétnica y tenemos el café más suave del mundo, estemos sufriendo el conflicto armado a flor de piel.

Puerto Gaitán, Meta, 2007.

¡Nunca será un adiós, Martín!

Por: Luz Adriana Ramírez

A Martín lo conocí en agosto de 2004 en medio de revueltas y asambleas estudiantiles en la Nacho. Era mayor que nosotras y estudiaba ciencias políticas. Su círculo de amigos cercanos trabajaba en la revista estudiantil de la Facultad y además siempre alguno de ellos moderaba los acalorados debates en la asamblea.

Era un líder nato, atento al escuchar, claro y preciso al intervenir, pero se destacaba sobre todos los otros líderes estudiantiles porque trataba siempre de hacer más y hablar menos, eso lo noté desde el primer momento. Nosotras siempre estábamos fascinadas al verlo hablar frente a todo el estudiantado en la Asamblea, siempre con iniciativa y propuesta, siempre con la utopía como bandera, siempre con el colectivo como escudo.

Nos pasábamos los días en la oficina estudiantil —nuestra trinchera—, allí estudiábamos, debatíamos, conspirábamos y soñábamos todos los días con cambiar el mundo, rodeados de afiches y fotos de Bolívar, el Ché, Fidel, eventos y movilizaciones a las que fuimos, calcomanías de campañas de boicot a *Coca-Cola* y de libertad para los prisioneros y prisioneras políticas, ahí estaba Simón Trinidad siempre digno. Me parece estar otra vez ahí, escuchando a Silvio o la salsa brava que ponía Martín, mientras fumábamos y conversábamos. Me parece estar saliendo de nuestro sótano, caminando por los pasillos del 46 hasta donde doña Beatriz, comprar tinto y sentarnos bajo el mango, me parece verlo, verlas, verlos, me parece estar juntos ahí de nuevo.

Los ánimos en la Nacho y en la de Antioquia por ese entonces estaban

bastante agitados. Medellín era una caldera en la que los habitantes de los barrios populares y sus muchachos, los milicianos nacidos en esas barriadas resistían el embate del bloque Cacique Nutibara en el primer gobierno de Álvaro Uribe. Los claustros no eran ajenos a esta situación. Por ese entonces empezaron a salir listados de estudiantes amenazados en ambas universidades. En la cafetería central de la Nacho pusieron un papelón con el listado, yo lo leí cuando iba un martes para clase a las 6:00 a.m. Esa fue la primera vez que sentí un miedo profundo por su vida, por nuestras vidas, a partir de allí, no dejé de sentir que los huesos se me helaban cada vez que el ambiente se ponía turbio.

Como siempre, en colectivo, hicimos un análisis de la situación de violencia política en la ciudad y dentro de la universidad. Como la situación lo ameritaba hicimos más rígidas las medidas de autoprotección que siempre tratamos de mantener, pues Medellín es una ciudad hostil para ser joven de izquierda. Andábamos siempre pendientes las unas de las otras, y tratábamos de no estar solas tarde en la calle. Por el miedo que todas sentíamos en la universidad y la tensa calma que reinaba en ella, pensábamos que éramos más visibles allí que en los barrios con la gente y, siguiendo al pie de la letra los latidos de nuestros corazones y nuestro ímpetu rebelde, decidimos continuar trabajando en las barriadas de primavera.

En ese entonces, él junto a otros compañeros y compañeras iniciaban con un colectivo estudiantil llamado Contracorriente, un proceso de acompañamiento a las comunidades asentadas en la Honda y la Cruz. Me invitó a subir al barrio con ellos y ellas. Por supuesto y con una emoción de niña que descubre el mundo le dije que sí. Llegó el sábado y en un bus de servicio público llegamos a ese rincón donde el afecto se hizo colectivo. Yo desbordada completamente por el deseo de ligar nuestro compromiso social a una causa real, con la ilusión de aprender y apoyar a esta comunidad de campesinos y campesinas desplazadas de diferentes territorios de Antioquia, entregué mi energía a esa tarea. En ese entonces, los habitantes parecían refugiados de guerra en su propio

suelo. De la mano de Martín conocí, por primera vez, el rostro de la pobreza y la guerra. El impacto emocional que esto me produjo lo siento aún hoy al recordarlo: casas de cartón, calles polvorientas y pedregosas, velas encendidas apenas empezaba a caer la noche para iluminar los ranchos, fogones de leña y petróleo y la excluyente Medellín, a lo lejos, titilando como millones de luciérnagas al tiempo.

Transcurría el año 2005 y vivía el aprendizaje constante, el trabajo con la comunidad, la amistad inquebrantable que surgió de esta experiencia. Son unos de los recuerdos más bellos que tengo de mi vida en Medellín.

Para finales de 2007 las cosas no estaban nada fáciles, los *paras* llegaron al barrio y ya habíamos tenido algunos encontrones con ellos. Nos habían parado una tarde cuando íbamos caminando hacia el paradero del bus, nos preguntaron quiénes éramos y qué hacíamos allí. Doña Merce, Doña Gladys y Don Luis Ángel nos dijeron que era mejor no volver, no arriesgarnos, pero nosotras tercas y persistentes, como él nos enseñó, continuamos. Varias veces al llegar al centro de Medellín después de una larga jornada de trabajo en el barrio, sentíamos que nos seguían, que nos observaban, que nos vigilaban. Nosotras entonces preferíamos dar vueltas antes de regresar a nuestras casas. Con eso creíamos evitar el seguimiento, pero nada de eso fue suficiente.

Llegó el cumpleaños de Martín a mediados de diciembre. Ese día nos juntamos para celebrarlo, una torta y cervezas, nuestra familia, nos contamos historias y nos reímos. Recuerdo que ilusionada le conté de mi próximo viaje a Cuba. Él ya había ido con otros compañeros, así que, con mucha curiosidad le pedí detalles. Él me lo describió cómo en una fotografía de la Habana Vieja y el Malecón, me habló del Museo de la Revolución y de las librerías. Era casi la media noche, Martín notó un par de hombres que nos observaban muy de cerca, él tenía la impresión de que llevaban varias horas siguiéndole, nuevamente sentí ese frío que me recorría cuando tenía miedo. Nos despedimos, un abrazo, besos, los mejores deseos para esas fiestas de fin de año y prometimos juntarnos

de nuevo después de mi viaje.

Regresé de Cuba un mes después, exactamente el 16 de enero. Aquel día, tarde en la noche sonó el teléfono de mi casa, contesté. Al otro lado una mujer lloraba desesperada. Era Carolina.

—¿Estás sentada? —me preguntó.

En un primer momento, me pareció gracioso que me preguntara eso, no hablábamos desde mediados de diciembre porque yo estaba viajando y no entendía el porqué de su pregunta, apresuradamente respondí

—¿Qué pasó Carola?

—Nos mataron a Martín —respondió seca y estalló nuevamente en llanto.

Todo se puso negro para mí, enmudecí, no pude decirle nada a Caro que tanto lo amaba, colgué y sentí que todo se venía abajo. Jamás había sentido tanto miedo de la muerte o de la vida, o de vivir la vida siempre al límite por querer cambiarlo todo. Quise con todas mis fuerzas hacerme invisible, aprendimos a caminar en las puntas de los pies para que nadie sintiera nuestros pasos.

A Martín lo asesinaron los paramilitares del bloque Cacique Nutibara en el barrio Castilla, el 14 de enero de 2008 mientras salía de su trabajo. Era profesor de colegio. Nadie vio nada, nadie escuchó nada. Yo no alcancé a contarle cómo me fue en mi viaje, no alcancé a despedirme, no alcancé a decirle lo mucho que lo admiraba, lo importante que fue y es para mí. No alcancé a darle el último adiós. Cuando regresé, a Martín ya lo habían enterrado. No puedo describir mi dolor y mi tristeza. Me arrebataron para siempre a mi amigo, mi héroe del barrio, mi ejemplo, mi hermano, mi camarada. A Martín, nuestro Martín, querían condenarlo al olvido por pensar diferente, pero lo que no sabían quienes cegaron su vida es que Martín, así como todos los héroes y heroínas anónimas de este país, seguirá siendo semilla. Que la paz nos permita hacer memoria sobre su vida. Jamás olvidaré ese fatídico 14 de enero.

¡Nunca será un adiós, Martín!

Rutina

Por: Marcela Gutiérrez

Esa mañana salí, quería que fuera algo especial, me subí al bus integrado del Metro cuya parada final era la estación Estadio. Allí estaban una señora recién bañada con los ojos muy abiertos, un joven con cara medio dormida, otra señora cargando a su bebé y el conductor del bus bien vestido, peinado y perfumado.

Después de un breve recorrido, el bus detuvo su marcha para recoger a un joven calvo, alto y delgado quien se veía cojear, se sentó justo a mi lado y me preguntó que si ese bus iba para el centro, al enterarse que se había montado en el bus equivocado se puso muy nervioso, decía que ya no tenía más dinero y que le tocaría bajarse en dicha estación, la cual estaba ubicada en el centro occidente de la ciudad, y caminar hasta el barrio Santo Domingo que estaba ubicado en la zona nororiental, me dijo que allí lo esperaba su madre con un rico desayuno, unos frijolitos recalentados, con un pedacito de chicharrón de 47 patas y una tazada de chocolate con parva.

Lástima que le iba a tocar caminar tanto y llegaría prácticamente a la hora de la comida. Sentí consideración por aquel joven, busqué en mi bolsillo para ver si encontraba una menuda que todavía me quedaba, pero solo encontré algunas pocas monedas, sin embargo dentro de mi billetera tenía un tiquete del Metro muy bien guardado. Sin pensarlo mucho se lo entregué para que no se fuera caminado, él se puso muy contento, ya no le tocaría irse caminando si no que cogería el Metro el cual lo dejaba casi en la puerta de su casa. Como aquel muchacho contaba historias tan interesantes yo pensé “¿por qué no acompañarlo

un rato? igual aún esta temprano”, decidí escucharlo y montarme en el metro con él y escuchar esas historias, que aunque era muy joven, tenía mucho para contar.

Cuando íbamos pasando la estación San Antonio, por un momento me distraje y sin imaginármelo siquiera, lo vi, estaba tan fresco y limpio que pensé “¿en qué lugar lo he visto?”, después de dar muchas vueltas esculcando en mis recuerdos por fin encontré la respuesta, se parece al primer vestido que me dio mamá y yo que pensaba que era el único.

Después de esa pausa seguí mirando al joven que continuaba contando sus historias las cuales eran tan entretenidas y amenas de escuchar, que cuando menos lo esperaba nos bajamos del metro en la estación Santo Domingo y resulté en la casa de su madre comiendo ese rico desayuno: unos frijolitos recalentados con un pedacito de chicharrón de 47 patas y una tazada de chocolate con parva.

Ese día llegué muy tarde al trabajo, después de un gran regaño del jefe pensé que valió la pena recorrer algunas estaciones del Metro con una buena y grata compañía, por medio del metro conocí aquel joven y a su madre, y aún conservamos una linda amistad y también valió la pena ver y recordar el primer vestido que me dio mamá.

Mi acercamiento con la paz y el feminismo

Por: María del Pilar Valderrama Ramírez | @Seudónimas

El transcurrir de mi vida de niña a mujer, estuvo siempre marcado por lo que escuchaba y veía respecto al concepto paz: cuando era pequeña observaba en los noticieros y oía a mis profesorxs hablar sobre eso, siempre me pregunté ¿qué es eso de la paz?, ¿cuál es su fin?, ¿por qué la gente trabaja para encontrar algo tan abstracto como esto? A pesar de mis constantes cuestionamientos, no fue sino hasta hace poco menos de siete años atrás que pude dar respuestas a estos interrogantes y trabajar en la construcción de ella, la tan anhelada paz y sin buscarlo, también para que las mujeres logremos derribar las barreras que nos impiden ejercer con liderazgo cada espacio de nuestras vidas.

En 2012 ingresé a la universidad. Esto implicó en mí un encuentro conmigo misma y empezar a ver y sentir mi mundo más próximo de una manera distinta. Cuestionaba todo y esto incluía mis creencias más profundas aprendidas de niña. Aprendí y apliqué el concepto deconstruir, y esa ha sido mi norma hasta ahora: construir y deconstruir mi existencia e ir la adornando poco a poco, como una casita. Así encontré el feminismo.

Hago énfasis en mi paso por la universidad, porque considero que si no hubiera tenido esta oportunidad, sería una persona completamente diferente, con otra visión de vida, más superflua y vacía, y no hubiera entendido jamás que los conflictos que se viven en Colombia son el resultado de siglos de desigualdad social provocada por nuestros gobiernos y el sistema económico. Pero principalmente porque soy una convencida de las invaluable transformaciones sociales que trae

la educación y que debería ser considerada un bien público y no un privilegio de pocos, como lo ha sido históricamente en Colombia. Y entendí que esto también es paz.

Aferrada a mis convicciones, en el 2016, en pleno año de la consolidación del Acuerdo de Paz, quise conocer y vivir de cerca la desigualdad social que se vive en la mayoría de las regiones y zonas rurales de Colombia —ya que, como es bien sabido, en Bogotá la mayoría nunca supimos qué fue la guerra o sólo veíamos lo que nos mostraba la televisión— y lo hice a través de mis prácticas profesionales en el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en alianza con la Alta Consejería Presidencial para el Posconflicto, en el Programa Manos a la Paz. Me fui a vivir a la ciudad de Montería a hacer pedagogía de paz, en Córdoba, tierra rica y próspera, donde vi los mejores atardeceres de mi vida, pero cuna —tristemente— del paramilitarismo en Colombia. En este lugar descubrí, por supuesto, esta desigualdad, pero también muchos escenarios que lamentablemente me impedían ejercer mi liderazgo y aportar mis conocimientos a las comunidades para fortalecer sus capacidades y lograr transformar en cultura de paz y desarrollo sus conflictos e imaginarios; por supuesto, no fue sino hasta que hice un proceso de retrospectiva que entendí que todas estas dificultades, en gran medida, fueron por mi condición de ser mujer.

Esta retrospectiva fue dolorosa, pero me permitió analizar porqué ser mujer, en algunas ocasiones, se convirtió en un obstáculo que dificultó mi desempeño como pedagoga de paz en una ciudad diferente a la mía y con dinámicas absolutamente distintas y complejas. En primer lugar, y como un universo complicado, estaba el machismo y la cultura patriarcal que predomina en casi toda la población —tanto en mujeres como en hombres—, aunque considero que en general toda nuestra cultura colombiana está permeada por este mal, se exagera en las ciudades del Caribe Colombiano. Lo viví en carne propia y en distintos ámbitos: en el laboral por sentir absolutamente invisibilizada mi voz, mis conocimientos y opiniones por ser una mujer joven; hasta en

el personal por ser víctima de acoso callejero y propuestas indecentes por ser diferente a las mujeres de la región.

En segundo lugar, estaba la constante estigmatización que sufría por abiertamente declararme pedagoga de paz y afín al Proceso de Paz entre la guerrilla de las FARC-EP y el Gobierno Nacional. En ocasiones hubo ataques en contra mía o de mis compañeras, señalándonos de ser guerrilleras o esposas de guerrilleros. Este tipo de señalamientos son gravísimos antes y ahora, en un país como Colombia, donde los odios que se han sembrado de un bando o de otro superan cualquier capacidad de razonamiento y son en gran parte la causa del actual exterminio de líderes y lideresas sociales en el país.

El último análisis que hice de mi experiencia fue el trato diferenciado que daban a mujeres y hombres, incluida yo, sobre todo en las reuniones en las que asistían hombres de las comunidades o de las autoridades locales: para referirse hombre a hombre, compañero de trabajo, era respetuoso y serio, pero con las mujeres se referían en tono chistoso e infantil, aún cuando teníamos la misma información.

Hoy día agradezco a estos y otros aprendizajes por haber sido y a la vida por haber permitido que fueran para mí, que, aunque en su momento fue doloroso comprender, y entender, he ido aceptando la importancia de incorporar una visión feminista y de género en todos los ámbitos de mi vida y la vida de las mujeres, que entienda sus desigualdades históricas y pueda trabajar por ellas y con ellas. El reto es grande, no es fácil entrar a los espacios que históricamente han sido dominados y ocupados por hombres, pero con iniciativas como éstas que les dan voz a las mujeres y fortalecen sus capacidades, algún día todas seremos feministas.

Mi paz es

Por: Liliana Velandia Arango

Todos los días al despertar siento como si mi cuerpo fuera ajeno a mi espíritu, lo que hago no es aquello que soñé, o quizá sí, pero pensé que sería distinto. Soñé con vivir en un país por fin en paz, con garantías de sobrevivir al caos y la injusticia, soñé con un mundo donde la voz y la palabra eran las mejores armas, las noticias me hablan de otra realidad, por eso me levanto con una sensación extraña, porque lo había soñado y lo estoy viviendo, a medias, pero aquí estoy, intentándolo una vez más, porque el miedo nunca podrá ser mi amigo y porque yo nací para ser una mujer fuerte y resiliente.

Decidí un día firmar este sueño de construir paz, por eso con dolor en el alma, con muchas expectativas de vida y estando convencida de que mi país lo necesitaba, cogí un lapicero y puse mi nombre: Ángela Avendaño. Desde ese día no soy la misma, porque no solo dejé mis armas, desarmé mi espíritu y alma.

Despierto cada día en un sueño incompleto, porque en la realidad me hablan de muertes, hambre, escasez, abandono estatal y oscuridad, debo confesar que esto me desmotiva un poco, sin embargo, hoy es el día, hoy es el gran día.

Me levanto decidida porque si no es hoy, nunca será, me baño, me pongo crema en todo el cuerpo, me visto con ropa cómoda y peino mi cabello quebradizo por tanto tiempo de abandono. Me miro al espejo y nuevamente me digo, ¡hoy es el día! Cierro los ojos, pensando en lo que vendrá y en lo que lograré, hoy por fin empezaré a hacer realidad la paz por la cual firmé y prometí llegar. Necesito estar cómoda, así que decido

sentarme en mi cama y cerrar la puerta de mi habitación para evitar que me vean o distraerme, el momento ha llegado.

Pienso en si es posible ganar las batallas de afuera cuando yo no he logrado estar tranquila internamente, así que decido centrar mis pensamientos, imagino un bosque, con un árbol gigante en medio, como ese que vi una vez en una película, al lado pasa un río cristalino, pequeño pero sanador. Apoyo mi espalda y dejo mi cabeza recta, miro al frente y dispongo mi ser, el momento llegó.

Imagino que me siento en dicho árbol y que de repente el sol llega, me da calor así que decido entrar al río, en este floto y miro al cielo, pasan pájaros de mucho colores y yo sonrío, de nuevo me encuentro acá, en mi lugar favorito, de nuevo estoy en este paraíso y ahora estoy desarmada, estoy feliz porque nunca me he sentido tan bien conmigo, porque al habitar este lugar vuelvo a renacer, empiezo a recobrar la esperanza y a sentir que todo lo puedo, la naturaleza me sana, me limpia las lágrimas y me da energía.

Me reincorporo, soy yo de nuevo, han pasado treinta minutos y mi alarma suena, *pi-ri pi-pi pi--ri-pi-pi*, la meditación ha terminado. Ahora que pude centrarme 30 minutos en mí, tengo el resto del tiempo para ocuparme de mi familia, mi comunidad, mi ciudad y mi país. Ahora estoy más guerrera que nunca, porque cuento con la fortaleza del universo que me dice que por fin he logrado mi paz, mi paz es la conexión interior.

La vida no ha sido fácil

Por: M.V

Tuve la dicha de tener unos excelentes padres. A ellos toda mi gratitud y admiración porque me formaron con valores y principios de los cuales me siento orgullosa. Desde los ocho años empecé a estudiar, tenía muchos sueños por realizar, pero como en casi todos los hogares de los campesinos pobres de Colombia, por la escasez de recursos no pueden brindar un bienestar social a sus hijos, por lo tanto, esos sueños empiezan a truncarse.

Todos los padres desearían brindarles a sus hijos una mejor educación, pero como mis padres eran de extracción campesina no tenían entradas económicas suficientes para brindarnos apoyo para estudiar. Mi padre, jornaleando de sol a sol, logró conseguir por lo menos dónde vivir para que pudiéramos tener un lugar propio sin temor de que nos desocuparan. Los padres por sus hijos han hecho lo imposible.

Mi padre me sacó del colegio a los doce años porque sus condiciones económicas no eran las mejores, él decía que por lo menos aprendiéramos a leer. Yo no tenía la capacidad de entenderlo, pero había que respetar las decisiones de nuestros padres, y yo, ya sabía leer.

Pasados dos años sin tomar un cuaderno o un lápiz, me di cuenta de que lo que había aprendido en la escuelita de la vereda ya se me estaba olvidando, sentí una gran preocupación porque soñaba con estudiar y convertirme en una profesional y tener la posibilidad de que mi vida cambiara. Pedí a mi padre que me permitiera estudiar y me lo concedió, seguí estudiando y terminé toda mi primaria a la edad de 16. Tenía aspiraciones de seguir estudiando. Empecé a buscar trabajo y así

poderme ayudar y costearme los estudios, pero no fue así. No conseguí empleo, era menor de edad y no es permitido según la ley, que un menor trabaje.

Veía que mis padres se esforzaban demasiado. La situación no era fácil para mi padre. Él tenía que educar a mis otros hermanitos y asumir los gastos de toda una familia de siete hijos. No tenía opción. Me tocaría esperar a cumplir los 18 años para poder ser empleada, o conseguirme un novio e irme con él a hacer una nueva vida, como le sucede a la mayoría de las hijas de los campesinos que no tienen la posibilidad de tener una buena educación. Una vez más veía mis sueños lejos de la realidad. Así que tome la decisión del ingresar a las FARC-EP. Hablé con mis padres y les dije que me iba para la guerrilla, lo cual molestó mucho a mi madre, mi padre me respaldó.

—Tú puedes decidir que te conviene y que no —me dijo, y me fui a la guerrilla.

Empecé a recorrer el camino por la vida. No es fácil estar lejos de la familia, pero con el tiempo uno se adapta. No voy a hablar de cómo fue mi vida en la guerrilla porque tendría que escribir muchas páginas y de eso saldrían muchos tomos, pero aprendí con el trasegar de mis años muchas cosas que me sirvieron para formarme y tener un nivel de preparación, que aunque no es está certificado 100% por una institución de educación formal, si está certificado por la exguerrilla, que es sin duda, una gran universidad de la vida, y ese paso que di hacía la insurgencia me convirtió en una mujer con la capacidad de comprender y analizar muchas cosas, pero no todo ha sido fácil.

Estando en la guerrilla perdí a mi padre por una mala información que le dieron. Él tenía una enfermedad en el corazón y se enteró de una noticia que informaba que yo había muerto en un combate. La información lo agravó y eso le ocasionó un paro cardo respiratorio y murió. Él partió haciéndome muerta, eso es algo que aún no supero. Sentí lo que es perder un ser querido y no poder ir a darle el último adiós. No podía ir a despedirlo por mi condición de guerrillera, era perseguida

por el Estado y el corregimiento estaba lleno de paramilitares. Lo más probable era, que si llegaba me matarían y prefería evitarle otro dolor a mi familia, debido a que en el sepelio me esperaban para darme captura o matarme. Ese fue el motivo por el cual no pude acompañar a mi padre, ese gran hombre que admiro y que extraño todos los días de mi vida.

Entre las experiencias bonitas que tengo para contar de mi vida en la guerrilla fue la de la gran posibilidad de ser madre. Ese hijo que tengo es mi motorcito para seguir adelante en la lucha por mis sueños. Ahora que estamos en este proceso de reincorporación que se dio tras la firma del Acuerdo de Paz, tuve la posibilidad de reencontrarme con él. Hoy en día está conmigo y quiero brindarle todo lo que esté dentro de mi alcance.

No es fácil tener que empezar de cero sin un lugar propio donde vivir. Me reencontré con mi familia, lo cual ha sido muy bonito después de más de dos décadas sin verlos. Ha sido muy bonito poderlos volver a ver. Estamos esperando que lleguen los proyectos para las personas reincorporadas.

Hay algo que debo mencionar y que no puedo omitir. Los excombatientes vivimos en una incertidumbre constante y esto se debe porque no todo lo firmado se está cumpliendo. Nos están asesinando y hay una persecución sistemática. A pesar de eso seguimos comprometidos con la paz.

Actualmente estoy estudiando y aunque me gradúe, seguiré esforzándome para salir adelante por mis sueños. Quiero ser una mujer con un empleo digno para poder educar a mi hijo y que no le haga falta nada. Quiero un futuro diferente para él. Deseo que mis padres se sientan orgullosos de mí.

Con la firma del Acuerdo de Paz muchas madres están agradecidas por volver a ver sus hijos, por lo que quiero decirle a mi madre: gracias por soportar tantos años de angustia sin saber de mí, porque fueron muchas las lágrimas derramadas sin saber qué sería de su hija. Aquí estoy, nuevamente feliz de verla. A mi padre que, aunque no está

conmigo físicamente, todos los días me acompaña en cada paso que doy. Su ejemplo lo mantengo vivo dentro de mí. De ellos aprendí la lealtad, la sencillez, la nobleza y muchos otros valores.

Ahora, desde las estribaciones de la Serranía del Perijá me asemejo al Cardón Guajiro, que canta el gran poeta Leandro Díaz, que no lo marchita el sol y que no tiene su tiempo perdido.

Mi infancia

Por: Adriana María Flórez

En el año 1976 nació una pequeña niña muy frágil, era la cuarta hija de sus padres, ya que decidieron ponerla de nombre Adriana María Flórez. Bueno, los días pasaban y la niña se ponía más fuerte, ya me sentía con ganas de jugar, pero aún no tenía juguetes porque mis padres no tenían la forma de darme esos gustos, ellos decían que solo había para comprar la sal.

Un día mi papá me llevó al pueblo a donde mi madrina, ella me regaló una muñeca, yo me sentía muy feliz, pero rápidamente me puse muy triste porque mis hermanas no tenían y me tocaba compartirla con ellas. Cuando llegué a mi casa escondí la muñeca para que no me la vieran, pero un día la encontraron y se pusieron a jugar con ella, yo les dije que la muñeca era mía y ellas dijeron que no porque ellas se la habían encontrado, bueno, ahí perdí la muñeca por no compartirla con mis hermanas, yo les dije que yo le hacía la ropa a la muñeca, saqué un día para eso le hice varias mudas de ropa de toda clase.

Otra cosa que me gustaba mucho eran los animales, pero mis favoritos eran los gatos, y cuando fui a visitar a mi abuela, la gata había tenido gatitos y mi abuela me regaló dos, yo más contenta con mis gatos llegué a mi casa y me dio por bañarlos y los gatitos se murieron de frío, mi mamá se dio cuenta y me pegó una pela y de allí dejé de querer los gatitos porque ellos eran los culpables.

La infancia es una época inolvidable en la que sucedieron divertidas y conmovedoras historias.

Somos Movimiento: Mujeres, Paz y Territorio

Por: Viviana Bedoya Franco

Muchas veces basta con asomarse a la ventana para tener serenidad y hacer un poco más liviana el alma, eso siento cuando en mi memoria puedo ir a una tierra que tiene en sus entrañas mi historia, esa misma que con amor y dolor me devuelve cada vez que le da la gana hacia ella, con el aire de olor a café recién hervido, a tierra mojada por el rocío que a veces empaña los ojos, aunque después sepa por un suspiro que ya se ha convertido en lágrimas, de esas que duelen, aman, pero que llenan de esperanza un regreso para siempre.

He tenido que remendar las heridas en mi familia por todas las veces que se ha desbaratado, pero también las carteras, faldas y blusas que más me gustan para resistirme a perderlas y he fruncido las heridas de mi alma cuando los seres que más he amado se han ido, tal vez sin haberles aprendido lo suficiente y sin profesarles todo el amor. Con el tiempo he tenido que descoser los dolores que no han sanado y preparar pócimas de perdón para lograr que sanen así sepa que quedarán queloides eternamente.

Mi premisa ha sido creer en lo posible y por eso siento que la vida florece cada día y para una mujer como yo aún más, porque el sentido, la sal y lo vinagre se lo he puesto yo y porque las decisiones no importan su tamaño han terminado siempre en mí, y con ello entiendo que estamos siempre en el lugar apropiado, que lo que nos sucede no podrá ser castigo nunca, porque sin duda nuestra presencia es la sanación para alguien y porque seremos útiles en la medida que nos reconozcamos como únicos y necesarios con otros, valoremos las batallas que hemos

librado y sintamos cada casualidad como el privilegio de vivir.

Berlín siempre será mi refugio y admiro estas tierras porque se han sobrepuesto a todo lo que ha pasado por ellas: las confrontaciones entre legales e ilegales, la indiferencia de las instituciones, el silencio de los que todo lo han visto, las pestes, las plagas, las enfermedades, el desplazamiento, la separación de las familias, la gente perdida en el asombro de la muerte y lo más doloroso, el eco de las voces de los que ya no están, pero que se escuchan en las noches aun cuando se confundan con el chasqueteo de las herraduras de algún caballo que se salió del potrero.

He trabajado la transformación de mi vida y dejé de batallar hace algunos días con mi carácter y mi voz retadora y cortante porque son mi escudo, y son las aristas de la mujer valiente, sincera, sencilla, soñadora, protectora visceral y máster en catar café, caldo de gallina criolla y frijoles con pezuña. Con este trasegar, me aliviana saber que los pies de mi hijo Emiliano son mi soporte, la flor amarilla pequeñita significa la promesa a mis padres de cuidar a mis hermanos y unir las familias con mi ejemplo, mi dedo en el alambre de púas me obliga a estar de frente con la vida y que la angustia, la tristeza y la frustración no son más que el cedazo para alejarme de lo que procura dañarme y las velas encendidas somos mi esposo y yo que zarpamos el barco hace unos años y las tempestades son llevaderas si sentimos latir nuestros corazones muy cerquita, procurando ser luz.

Un corazón agradecido es la más sublime alabanza a Dios y esta tierra tiene fuerza porque su gente no se lamenta, más bien recrea la vida sin perder la memoria y tenemos el pecho henchido por quienes nos labraron el camino hacia Río Manso, hacia la laguna de San Diego y nos develaron los oficios honrados que nos mantienen libres y sin hambre.

Gracias a Dios, a la vida y al Samaná de mi alma que me ha dado todo cuanto soy. Amén.

Mi historia en las FARC-EP

Por: Katerin

Cuando ingresé a la organización —FARC-EP— estaba muy joven, no sabía hacer nada, ni cocinar. Al pasar el tiempo mis compañeros me enseñaron, para que la vida no se me complicara y no sufriera. Cuando tenía tres años en la organización, me asesinaron mi compañero sentimental, en una emboscada del Ejército, para mí como compañera sentimental y compañera de lucha fue algo doloroso, pero sabía que la lucha continuaba, que este no podía ser el fin, que debía continuar en la lucha y era un motivo más para continuar en ella.

Los camaradas encargados del Frente me dieron la posibilidad de que me formara como enfermera. Comencé mi proceso de aprendizaje, para mí era una de las experiencias más bonitas que tendría, después de tener la preparación de enfermera, me dieron la oportunidad de aprender sistemas, todo esto me llenaba de mucha motivación.

Ingresé al 18 Frente y a los ocho años fui trasladada a una unidad mixta, las unidades mixtas se llamaban aquellas que de todos los Frentes sacaban personal y conformaban un Frente nuevo fuera para orden público o financiero, esa unidad mixta podía moverse por muchas partes y tuve la oportunidad de conocer muchas partes hermosas que no conocía.

A los dos años de estar en esa unidad quedé embarazada de una hermosa niña, mi primera hija, para mí fue lo más hermoso que me pasó en la vida, pero lo más preocupante fue que no medí las consecuencias que vendrían, yo no la podía tener, pero la felicidad no permitía medir las consecuencias, me sentía la mujer más feliz del mundo. Después vino lo

más trágico, la separación yo sabía lo que tenía que pasar porque daban dos opciones cuando saliera a tenerla: quedarme con la bebé o regresar a la organización sin ella. Yo sentía que no podía traicionar la lucha porque para mí era colectiva y no individual y eso me motivaba a continuar en la lucha: un pueblo que confiaba en mí y que jamás traicionaría.

Cuando por fin di a luz a mi hija me sentía tan afortunada que en una lucha tan dura había podido lograr esta oportunidad de dar a luz a esta hermosa luchadora, porque tenía entre mis planes lograr darle la educación revolucionaria que yo obtuve y que se convirtiera en una nueva luchadora. Cuando cumplió los 40 días mandaron a buscar a mi madre para que se llevara a la niña porque no podía estar más conmigo por el peligro que corríamos las dos. Lo que me consolaba era que mi mamá sería la que cuidaría de ella.

No fue fácil pero cuando estamos entregados a una ideología no podemos permitir que nada nos derrote y sabía que mi lucha no era en vano y lo que yo estaba haciendo era para lograr un mundo mejor para todos y dejar a las nuevas generaciones una Colombia digna y sin violencia después de todo esto, regresé a mi vida normal en la organización.

Sin título

Por: *Marta Lucía Serna Quintero*

A veces nos preguntamos cómo superar la violencia que vivimos. Una violencia que nos golpeó tan fuerte que nos arrebató parte de nuestros familiares, que pese a eso tuvimos que seguir adelante perdonando todo el dolor causado.

Yo, Martha Serna, he aprendido a vivir sin ningún rencor contra nadie, así he logrado ser feliz y poder transmitirle eso a los demás. Vivo en la vereda Honduras, acá conocí un programa llamado PDPMC¹ el cual me ayudó a comprender muchas cosas bonitas de la vida donde pude lograr vincular niños y jóvenes a través de los entrenamientos de fútbol, donde han aprendido a tener sentido de pertenencia con la vereda, con el medio ambiente, donde han perdido el miedo para expresarse y donde han aprendido a escuchar, creo que de esta forma se trasmite paz. Porque en lugar de estar buscando pleitos por algún motivo, es mejor expresar amor por alguna causa bonita que nos competa a todos como seres humanos.

Muchas veces nos preguntamos cómo vivir en paz con las demás personas y he encontrado la respuesta: cuando aprendes a vivir en paz contigo mismo, cuando no guardas rencor por nadie, cuando no existe la envidia. Cuando no señalamos por ignorancia, cuando aprendes a moderar tu boca y a manejar el pensamiento solo así lograrás transmitirle paz a los demás.

Cuando Dios nos creó a todos de distintas formas es porque cada uno vino a ocupar un lugar diferente porque todos nos podemos

1. Programa Desarrollo para la Paz del Magdalena Centro

ser iguales, debemos aprender que todos tenemos errores en vez de juzgarlos es mejor darles una solución, entender que todos no pensamos de la misma manera, pero si obtenemos la opinión de cada uno lograremos sacar una buena idea, si cuando aparezca un problema no lo fomentemos si no buscar la forma para solucionarlo. Si todos nos juntáramos para aportar en vez de fomentar no tendríamos que hacer fronteras para separarnos sino abrir brechas para unirnos.

Un amigo un día me dijo que no había malos vecinos que el mal vecino era uno, me puse a pensar y después de pensarlo mucho concluí que tenía la razón porque debemos estar en los zapatos de los demás para comprender lo que siente. Si todos pensáramos en motivar con palabras lindas al que está triste serían más los alegres, si pensáramos en las discapacidades de algunos aprenderíamos a dar gracias a Dios por lo mucho o poco que tenemos y valoraríamos más las cosas.

Debemos llenar el mundo de esperanza ayudar al otro, levantar vida, transmitir fe y fortalecer la confianza de todos, todo tiene remedio, lo único que no se puede recuperar es la vida ni el tiempo, mientras haya vida se pueden remediar las cosas.

Enfocarnos en nuestros hijos que son el futuro, formar personas de bien con sentido de pertenencia, con corresponsabilidad sobre todos los hombres para que aprendan a tener consideración con las mujeres.

Más unión entre todos vivir una sola pasión amando nuestro prójimo. Hay que recordar siempre que un buen líder es aquella persona que no manda sola si no que delega funciones esperando primero el beneficio de los demás antes que el suyo.

La unión hace la fuerza, la unión hace la paz.

¿Pesimismo verde o violeta o feminista?

Por: Karime Ortiz García

Al parecer mi pesimismo se ha sustentado una vez más, un mes más. Y es que este inicio de año ha empezado fuerte y tal vez un poco más pesimista de lo usual. La realidad es que mi mente se ha llenado de imágenes moradas, violetas, rojas, negras, de flores, de velas, de niñas, de mujeres, de hermanas, de madres, de abuelas, de compañeras, de golpes y de dolor.

Me ha invadido la tristeza, la rabia, la impotencia, el miedo. Unos le llaman cambio, otros le llaman luto, hartazgo, tantas palabras se dicen, se escriben ¿qué siento?: Siento una pausa, un freno, un tornado, un huracán. Un algo que me tiene dispersa, como un pendiente, como el hambre. Como este algo que advierte peligro, que no permite caminar, que te congela, que te deja sin aliento, sin voz. Siento a mis hermanas, mis compañeras, siento su dolor, su angustia. Y duele, duele mucho.

¿Cómo puedo salir a pensar en nuevas formas si el dolor y el miedo se encuentran aquí, ahora, intermitentes, latentes y vigentes? No solo nos quiero con trabajo digno y derechos y un grupo colectivo de apoyo, quiero que estemos vivas mañana y pasado y hasta la vejez. Es verdad que no he podido pensar, que me levanto y me duele la cabeza y el pecho, que voy a clases y estoy ausente. Es verdad que mi mente divaga, que mi pecho tiene dolor y mi cabeza dice ve y lucha.

Quisiera saber ¿a quién le beneficia mi miedo?, ¿qué busca?, ¿qué quiere?, ¿por qué lo hace? complejo, complejo, complejo. Capital, capital, capital. Sistema, sistema, sistema. Círculos, vueltas, mareos. Solo en un lugar me siento segura, con ellas, de negro, con paliacate morado,

gritando, aullando.

Es verdad que la tierra cura, sana y transforma lo malo, lo reverdece. A la tierra le pido que nos cure, que nos sane, que nos transforme. Que reverdezca el dolor, que de las lágrimas y la sangre salgan flores, frutos, semillas. Que no sea en vano. Que nos recuerde el infinito amor del universo, de los seres, del mar, del sol. Que nos permita reconstruir el mundo en el que queremos vivir.

Mi historia en la vida de las FARC-EP

Por: Jasmín López.

Me uní a las filas de las FARC en el año 2000 en el departamento de Cundinamarca. Tomé la decisión de irme a la lucha armada porque miré otra forma de vida mejor para mí. Este departamento era un escenario de continua confrontación armada y violencia, donde nosotros los jóvenes no teníamos oportunidades por ser pobres y estar en una zona roja.

Fue poco el tiempo que duré en armas por motivos de una herida en mi cuerpo que me cambió para siempre mi vida. Es la pérdida de una parte de mi cuerpo en el año 2008 que me impidió seguir aportando en armas, pero me llenó de más fortaleza y valor, por tal motivo me llevó a dar muchas vueltas en mi vida porque éramos un ejército irregular, era complejo andar en estas condiciones y aún más en una zona como la que operábamos que siempre había operativo de todas las formas, por tal motivo me reubicaron en la casa de una familia campesina, amigos nuestros y tenían familia en la organización.

Al ver el sufrimiento que estaba pasando por mantener lejos de mis compañeros y sabiendo que todo no iba a ser lo mismo para mí, decidí rehacer mi vida civil y conformar un hogar, no era muy fácil para mí tomar esta decisión, pero era la mejor para no seguir poniéndole más obstáculos a mis compañeros, ellos siempre estuvieron pendientes de mí, ayudándome en todo lo que yo necesitaba al igual a la familia donde me dejaron. También cuando conseguí pareja.

Ya había transcurrido mucho tiempo cuando escuché la noticia del Proceso de Paz, me llené de mucha alegría solo de imaginarme el reencuentro con mis compañeros, pero me llevé una sorpresa muchos

de ellos ya faltaban, pero era claro que así es una confrontación. Ya tenía mi hogar y mis dos hermosos hijos, pero soñaba volver a compartir con mis compañeros y estrecharles las manos como hermanos de lucha, porque nunca he podido olvidar lo bueno que se pasaba a pesar de las circunstancias que vivíamos, por lo tanto tomé la decisión de acogerme al proceso de paz y empezar a hacer parte de una reincorporación colectiva, ya que el colectivo de la organización era siempre la unidad, lo cual hago parte de una cooperativa donde puedo decir que me han ayudado más ellos que el Gobierno que es el encargado de nuestra reincorporación.

Por lo tanto, sigo día a día luchando para lograr las metas que teníamos trazadas.

Mi Historia de vida en los FARC -EP.

Me uní a los filas de los FARC en el año 2000 en el departamento de Cundinamarca.

Tome la decisión de irme a la lucha armada, porque mire que forma de vida mejor para mí, este departamento era un escenario de continuas confrontaciones arma y violencia, donde nosotros, los jóvenes no teníamos oportunidades por ser pobres y estar en una zona rural.

Fue poco el tiempo que dure en armas por motivos de una herida en mi cuerpo que me cambió para siempre mi vida es la pérdida de una parte de mi cuerpo en el año 2008 que me impidió para seguir a por donde en armas pero me llevo de más fuerza y valor, por tal motivo me llevo a dar muchos vueltas en mi vida, porque éramos un ejército irregular era complejo andar en estas condiciones y aun más en una zona como la que operábamos que siempre había operativo de todas las formas, por tal motivo me reunieron en la casa de una familia campesina ~~me~~ amigos, maestros y tenían familia en la organización, al mirar el sufrimiento que estaba pasando al mantener lejos de mis compañeros y sabiendo que todo no iba hacer lo mismo para mí, decidí reocer mi vida civil y conformar un hogar que no era muy fácil para ~~esta~~ ~~dar~~ mi tomar esta decisión, pero era lo mejor para no seguir poniéndole más obstáculos a mis compañeros, ellos siempre estuvieron pendiente de mí ayudándome en todo lo que yo necesitaba y al igual a la familia donde me dejaron. También cuando conseguí pareja.

Un camino para alcanzar la paz imperfecta

*Por: Sandra Milena Betancourt Rodríguez
Lina María Rojas Ortiz
Julieth Catherin Sanabria Rincón*

En Colombia, previa culminación de las negociaciones del Acuerdo de Paz en el año 2016, entre el Estado y las FARC-EP, era tema de conversación y despertaba el interés de todos los colombianos, la viabilidad de los acuerdos y su concreción en el futuro. En este marco, tres mujeres bogotanas, con diversas formaciones académicas y sin contacto previo, decidimos tomar acción para cumplir un objetivo en común: trabajar en la construcción de un país mejor.

Sin embargo, nuestra realidad académica y laboral, nos impulsó a continuar con nuestros estudios de maestría, por lo que resolvimos realizarla en el exterior, debido a las facilidades económicas y por el reto que significaba para nosotras el vivir esa nueva experiencia.

Caminante no hay camino, se hace camino al andar las palabras de Serrat aún hacen eco en nosotras, tan cierto es que no tenemos un camino fijo, sino que vamos construyéndolo en cada paso y que finalmente lo que importa es el recorrido y no el punto final de nuestro destino.

Durante el tiempo de estudio en la Universidad de Málaga, además de los conocimientos técnicos y académicos, entendimos que nuestra historia debe ser contada y preservada como un tesoro, que nuestra voz como pueblo no debe ser acallada; y al trabajar con las víctimas del conflicto colombiano exiliadas en España, entendimos que para algunas de ellas es necesario contar sus experiencias para sanar. Al finalizar los estudios y regresar a Colombia sabíamos que nuestro camino era largo

para alcanzar la paz, pero que con trabajo duro algún día lo lograríamos, porque ya fueron más de cien años de soledad.

Al regresar a Colombia, estábamos emocionadas, con mil expectativas y retos por delante, por lo cual, empezamos a enviar hojas de vida a diferentes organizaciones sin ánimo de lucro, estatales e internacionales, relacionadas con temas de paz y derechos humanos. Sin embargo, nos estrellamos con otra realidad, por un momento los sueños se volvieron frustraciones y el camino labrado había perdido sentido, o al menos así lo creíamos.

Sin resultados positivos, nos dimos cuenta de que en nuestro país estos trabajos no están bien remunerados, no ofrecen condiciones laborales estables y requieren de contactos familiares, sociales o gremiales, con los que no contábamos.

A la fecha, solo una de nosotras ha logrado vincularse laboralmente con una organización estatal relacionada con justicia transicional, mientras que las dos restantes, nos encontramos laborando en campos distintos a la paz.

Por último, debemos mencionar que esta experiencia nos deja un aprendizaje de vida, si nuestro deseo es contribuir a la paz, no debemos depender de un puesto de trabajo, así el camino sea difícil, podemos aportar en la construcción de un país mejor, perdonando nuestra historia sin olvidarla.

La pirita y la esmeralda

Por: *Jenny García González* | *Colectiva Florescencia*

Y así los días en cuarentena, más intensos, muy virtuales, libres con una locomotora de emociones horarias infinitas. Cree unx en felicidad, tristeza, angustia, alegría, ofuscación, locura, infinitesimales, éxtasis, pero mire, mire mientras escribe, mientras lee, mientras baila, mientras llora, mientras corre en una baldosa, mientras piensa. Es su tiempo, mal, bien, difícil, llevadero, solx, acompañadx, libre, en cadena, es su tiempo y todo lo que se haga en ese tiempo está bien, apruébelo, vívalo, sonríale o llórele. ¿Qué sabe quién de llevar una cuarentena? ni con dinero, ni sin dinero, ni en compañía, ni en gran espacio o en pequeño lugar.

Es un cuaderno con lapiceros de colores azul turquesa con magenta y negro que marcan el quehacer diario desde el mes de enero y coincide para presentar al coordinador del proyecto las actividades que hasta la fecha ha desarrollado para cumplir su contrato, es la videollamada en familia con la abuela y sus magias, es hablar de amor con el amor más lindo del universo, lo más negrito de mi corazón, es mirar en la ventana que en el parque aparece un barranquillo y un halcón volando como *pedro por su casa*.

Así vamos, así estamos, tomando café sin azúcar con un chocolate, despertando cada día viendo las rocas de colección y entre sueños el árbol de la abundancia al lado del San Miguel que me dio la tía, la pirita y la esmeralda. Como cuando llaman los papás y dicen que esto es solo cuestión de acoplarse al cambio.

—¡Salsa, son y sabor! —dijo mi papá

¿*Uaa?* ¡sorprendente!, como cuando cambio las letras de lo que

vamos escribiendo todos los días, vea el teclado cuando escribe, ¿va rápido?, sí, ¡*tacatacatata!*, hay que hacer el capítulo 3, capítulo 9, la matriz de impactos, el marco geológico regional para un artículo, un escrito para mujeres, paz y territorio y retomar, ¡ah!, tomar una cervecita mientras charla por chat con el hermanito, mi sobrinito Agustín —tan lindo— y el amor más bonito, otra vez, ¡sí!

Y es solo ver mi mochila favorita colgada de una manija del closet esperando cuando salimos a pasear, a recorrer las playas bellas de amor y magia en el Tayrona o la calle de al lado. Es cuarentena *fiuu fuuuuuu chucuchucuchuu* ¿y ha escuchado las alternativas de su mamá?, las de mi mamá son las mejores, hacer yoga, caminar 40 minutos dentro de la casa y leer, y a las 7:30 a.m. ya está lista, ya hizo todo eso, pura energía en expansión, es como el universo, y no se incomoda.

A veces se cae de la silla mientras nos conectamos, pero sale bien, unx no sabe. Cómo la mejor amiga en Argentina está también en cuarentena cuidando al perro y al gato, y dice

—Tranqui nena, por acá todo va bien, *sha' sta*.

Como cuando uno recuerda el cuento del que hablaba Walter, de Zaratustra y es que en Piaget fuimos felices, el Piaget nos enseñó a ir más allá, ambiental, matemáticas, Claudia, Robinson, el *volley*, los chicos ¡*fiuu!*, ni cinco con cuarentena, buen tiempo. En fin y sin fin, ¿qué sabemos de una cuarentena?, #cuarentenacongeociencias.

Cada cual la pasamos como mejor nos va, pensando cosas varias, así básicas, con hilo ¿si ve?, dijo mi mamá:

—No se preocupe, todos estamos bien, mejores tiempos vendrán.

Manizales.

Relato de una faena

Por: Angélica María Varela

Podría empezar diciendo que a pesar de su aparente absurdo la vida tiene sentido, esto lo he ido comprobando en el tiempo. Nací mujer, afortunadamente en una época menos rígida, porque ser madre a los veintitrés años sigue siendo una faena temeraria y aún no había terminado la universidad.

Fue un proyecto en el que la que la vida, el espíritu, los sueños y el futuro de otra persona dependen de ti. Nunca había sentido tanto miedo a fallar, cómo no iba a fallar si aún me faltaban tantas cosas, si no era suficiente, si no tenía experiencia. Como si esto fuera poco, día a día me enfrentaba a la decepción y a los reproches de los demás, ellos daban por hecho que no lo iba a lograr.

¿De qué me podía agarrar? Decidí que del principio del sacrificio, así lo llamé. Esta definición lingüística le quedaba corta a este sustantivo que ha determinado la evolución humana.

Incrustado en nuestra mente y cultura desde antes del cristianismo está socialmente aprobado y valorado. Aunque no me interesa defender la veracidad de este concepto, quiero decir que me sirvió para criar a mi hija; gracias a él, mi mente aprendió a programarse con ideas tales como: ella merece algo mejor, una mejor madre, un mejor entorno, mejores oportunidades. Entendí que, desde esta perspectiva, todo el miedo y mis propias limitaciones pasan a un segundo plano, actúo, tomo decisiones, fallo y sigo.

Tuve un amigo muy querido, con una historia de vida muy dura por el alcoholismo y las adicciones del papá, era una persona tan noble,

dulce y respetuosa que me resultaba difícil creer que había pasado por tanto dolor. En alguna ocasión, le pregunté a una amiga en común, psicóloga, por qué ni él, ni sus hermanos terminaron como el papá.

—Para que te des cuenta lo importante que es la madre —me respondió.

Ella no dijo que la madre era más importante que el padre, pero así lo entendí y recibí el mensaje: el vínculo es determinante, una madre fuerte tiene hijos fuertes. En ese momento, mi hija tenía diez años.

Durante esta etapa, mis preocupaciones abarcaban más aristas, porque me desempeñaba como profesional, como pareja, en el manejo de la casa y el autocuidado; mejor dicho, todos los aspectos que le conciernen a una mujer. Entonces, ¿cómo podía conciliar todo aquello?

Nuevamente con el sacrificio, de modo que el agobio lo manejaba desde un propósito y podía seguir marchando, aunque no había claridad de la meta. En esta etapa además aprendí a moderar mi temperamento porque considero que, como mujer, si te exasperas y gritas, te conviertes en una vieja histérica, mientras que para el hombre siempre hay una justificación; si gritas en la casa eres una cantaletona y una intensa. Donde sea que ocurra, creo que a una mujer no se le perdona, solo se le sentencia.

Con todo a favor y todo en contra, mi hija entró a su adolescencia, que en mi caso empezó a los doce años. Las discusiones se volvieron rutinarias, la frustración también. Fue una etapa muy crítica, para mí era como estar en cuidados intensivos, se requiere el 100% de tu atención y disponibilidad porque con cualquier descuido pierdes. Fueron 4 años definitivos para formar un carácter, recibía poco reconocimiento, mucho menos gratitud, solo exigencias y más compromisos. Aquí pude entender, en medio de una tiniebla, que la incertidumbre para mi hija era exponencial, así que mi papel se convirtió en ser una contenedora, en una mamá que va a sujetar cuando todo lo demás se caiga. Logré estar ahí, a pesar de mis errores y de mis propias limitaciones.

Buscaba espacios neutros, en el supermercado, en el carro, para

propiciar charlas premeditadas, sacando recuerdos de mi propia vida para ambientar la confianza, tratando de sonar fresca y divertida. Todo un *performance* donde yo era la actriz, principal, la de reparto, la villana y la heroína. A veces, solo a veces, lograba 60 segundos de franca intimidad con mi hija. Nunca fueron conversaciones perfectas con final feliz, solo honestas e íntimas —y esto me lleva a añadir que la intimidad está subvalorada y distorsionada en estos tiempos—. Recién cumplió 15 años, mi hija tuvo una pelea con sus amigas del colegio. Tuvo que enfrentar la desilusión y la traición, fue un caso típico de las rivalidades y novelas propias de la edad, lo cual no significaba que no fuera importante, porque para ella —y para las otras— todo su mundo ocurría en esas paredes. ¡Era el fin del mundo, de su mundo!

Por la misma época se distanció de su padre, quien ya brillaba por su ausencia, situación perfectamente justificada en el hecho de que él no vivía en la misma ciudad. Él y su familia decidieron alejarse de ella poco a poco. Para este entonces, fue muy evidente su intención de no asumir ninguna responsabilidad ni compromiso con ella.

Mi hija se sintió mortificada y rechazada. El colegio era pesado, la soledad inmensa, la tristeza profunda y la realidad desalentadora. Yo misma me sentía triste y agobiada por esta situación e impotencia. Por ende, la llevé a la psicóloga y en una de las sesiones me pidieron que fuera, ella me contó su versión de las cosas, su realidad, yo decidí creerle todo sin minimizar ningún daño. Ella veía demonios que la perseguían, se sentía culpable y yo creí en su historia sin tapujos. En ese instante no lo noté, pero cruzamos al otro lado, pude ser la mamá que la contenía, la que sin juzgarla —como los otros hacían— la ayudaba a levantarse.

Los demonios son reales para todos —unos más grandes, otros pequeños, pero están ahí—. Esto suena dramático, pero para mi hija y para otros jóvenes el vaso de agua es profundo. Si como mamá lo minimizaba perdía la oportunidad de ganar su confianza, si lo maximizaba ella no podría enfrentarlos. Así que lo único que pude hacer era acompañarla en su lucha, no tomar partido, no dar su batalla.

Yo pude demostrarle que ella tenía que agarrarse a personas que se preocupan por su bienestar, nos aferramos a lo que teníamos y no a lo que nos faltaba. Aprendimos que si del cielo te caen limones hacemos limonada. Con el tiempo ella fue sanando y reafirmó que yo siempre estaría de su lado, aunque no necesariamente de acuerdo con ella. Así terminó el noveno grado, los dos años posteriores fueron más sencillos de llevar, ya la tormenta había pasado, se presentaban nuevas amigas y sueños, todo se construía de nuevo.

Así fue como pude enseñarle la gratitud y que se sintiera bendecida, por las cosas buenas que llegaron a su vida, por las oportunidades que tenía. Le entregué la coherencia, aquella que me dice que no todo se lo puedes dar, que no todo lo puedes hacer. La coherencia me guió cuando la incertidumbre era inmensa o cuando el orgullo me cubría la razón. Aprendí que la coherencia nos ayuda a hacer realidad los sueños.

Siento que ya culminé mi tarea, mi hija ahora está por su cuenta, porque es una joven agradecida que está terminando su universidad, que es independiente, que se rodea de gente que la aprecia y valora, que nunca me llama porque sabe que yo la llamo todos los días, solo para oírla.

Siempre he creído que todos tenemos un propósito y los que somos más privilegiados, tenemos la oportunidad de compartir más con los otros, de ser más generosos, retribuyendo lo que la vida nos ha dado. Con el tiempo he observado que muchas mujeres nos sentimos juzgadas y observadas en nuestro rol, en especial cuando las cosas no salen bien: tu hijo se enferma, le va mal en el colegio, no es deportista etc. Esto es lo que me motiva a compartir este mensaje.

Yo comprobé que soy la mamá que mi hija necesitaba y necesita, no más y no menos. Tú eres todo lo que tu hijo necesita, justo con lo que tienes, tal y como eres. Con amor y constancia todo va a salir bien.

“Creo que, a pesar de su aparente absurdo, la vida tiene sentido

y aunque reconozco que este sentido último no lo puedo captar con la razón, estoy dispuesto a seguirlo, aun cuando signifique sacrificarme a mí mismo. Su voz la oigo en mi interior siempre que estoy realmente vivo y despierto. En tales momentos, intentaré realizar todo cuanto la vida exija de mí, incluso cuando vaya contra las costumbres y leyes establecidas. Este credo no obedece órdenes ni se puede llegar a él por la fuerza. Solo es posible sentirlo”— Herman Hesse.

Relato de una exguerrillera del NPR La Pista

Por: Marta Geles

Yo empecé mi vida guerrillera en 1996, en el área rural del municipio de Uribe, Meta. Mi entusiasmo de hacer parte de la organización guerrillera era esa forma de organización y estructura que manejaba y más aún cuando vi mujeres allí que luchaban y daban su vida por una causa justa, todo esto lo fui aprendiendo a través del diálogo con ellos y con mi padre que me inculcó cuáles eran los objetivos o los motivos por los que luchaban en la guerrilla.

Recuerdo tanto cuando pisé un campamento guerrillero, me sentí en el calor de una guerrilla, convirtiéndose en mi nueva familia por años. Desde entonces empecé a recibir formación y a comprender la realidad de cuál era el papel que cumplía un revolucionario y más el papel que jugaría yo como mujer y hasta el día de hoy es inolvidable para mí.

En el transcurrir de mi vida guerrillera donde viví tantas experiencias unas bonitas, maravillosas, exitosas, también viví experiencias muy tristes que me llenaron de coraje para formarme cada día más y sumarme a todas aquellas mujeres que han luchado y siguen luchando por su libertad y por la clase más desprotegida de este país. Siempre recordé lo que nos decía el camarada Manuel Marulanda Vélez: *toda confrontación armada se debería solucionar por la vía del diálogo.*

Me causó expectativa cuando llegaron las primeras gemas sobre los diálogos con el Gobierno, pero al mismo tiempo recordé todo el proceso fallido del Caguán, que yo lo viví en la realidad, el cual se quedaron en mi memoria todas aquellas atrocidades que se desencadenaron después

del rompimiento, el 22 de febrero de 2002, y que no es muy ajeno a lo que se está viviendo en la actualidad después de que se firmó el Acuerdo, se puede decir que este presentimiento no estaba muy lejos de la realidad. Aunque hoy en día emplean otra estrategia de cómo callar nuestra lucha y cómo desbordar nuestra moral.

A pesar de todo lo sucedido en los anteriores procesos llegamos a éste haciendo todos los tránsitos desde los puntos transitorios de normalización, las zonas veredales donde empecé a participar en la pedagogía de paz con las comunidades y hablar por primera vez del Enfoque de Género, de ahí salí a hacer parte del mecanismo de monitoreo y verificación que estaba al frente de verificar el punto 3 del Acuerdo, Fin del conflicto.

Y así sucesivamente comencé a desarrollar tareas del proceso, con esto no quiero decir que la reincorporación no ha sido la mejor ruta para los que nos acogimos al Acuerdo firmado en La Habana. Porque es muy complejo vivir en la zozobra donde cada día asesinan líderes sociales, compañeros del proceso de reincorporación, mujeres defensoras y luchadoras de sus derechos, jóvenes, niños huérfanos y no solo eso sino el temor y el daño psicológico que se le está haciendo a la niñez.

A pesar de todas las dificultades sigo soñando y aspirando en convertirme en una lideresa y seguir mi preparación de empoderamiento y defensora de los derechos de los niños, las mujeres y los ancianos, y de todo el pueblo en general.

y que no es muy ajeno a lo que se está viviendo en la actualidad después de que se firmó el acuerdo. Se puede decir que este presentimiento no estaba muy lejos de la

realidad aunque hoy en día emplean otra estrategia de cómo cultivar nuestra lucha y cómo desboronar nuestra moral.

apesar de todo lo sucedido en los anteriores procesos llegamos a este haciendo todos los transitos desde los puntos transitorios de normalización las zonas verdes donde empezó a participar en la pedagogía de paz en las comunidades y hablar por primera vez

Enfoque de género de ahí salió hacer parte del mecanismo de monitoreo y verificación que estaba al frente de verificar el punto 3 del acuerdo Fin del conflicto.

y así sucesivamente comencé a desarrollar tareas del proceso, con esto no quiero decir que la reincorporación no ha sido la mejor ruta para los que nos acercamos al acuerdo firmado en la Habana.

Por que es muy complejo vivir en la zona donde cada día asesinan líderes sociales, compañeros del proceso de reincorporación, mujeres defensoras y luchadoras de sus derechos, jóvenes, niños huérfanos y no solo eso sino el temor y el daño psicológico que se le está haciendo a la niñez.

apesar de todas las dificultades sigo soñando y aspirando en convertirme en una líderesa y seguir mi preparación de empoderamiento y defensora de los derechos de los niños las mujeres y los ancianos y de todo el pueblo en general.

Flora Gales.

Ciudad Bolívar con voz de Mujer

Por: Érika Hernández

Cuando las mujeres cumplimos 15 años se dice que dejamos de ser niñas y pasamos a ser mujeres, que debemos empezar a asumir con madurez la vida y ante todo cuidarnos para no quedar embarazadas y arruinar nuestro futuro. Es como estar a la defensiva de la vida, limitarse a soñar, crear contextos de vida diferentes a los que se vive cotidianamente en la mayoría de los barrios populares de Ciudad Bolívar.

En medio de la pobreza en la que vivía, el tener a mi madre trabajadora, responsable y cuidadora de mi hermano y de mí era un gran regalo para mi vida, sin embargo, la vida a esa edad me dio otro hermoso regalo, conocer a un movimiento de jóvenes que trabajaban en los barrios temas sociales, con ideales políticos de transformación social, compartir con agrupaciones musicales de diferentes géneros, parches que hacían radio y televisión comunitaria, entre otras expresiones artísticas en Ciudad Bolívar, como manifestaciones al rechazo de la mal llamada limpieza social.

Los años 90 fueron una década de mucha violencia en Ciudad Bolívar, su principal víctima fue la población juvenil. Ese movimiento en el que empecé a participar hacía resistencia a todos estos actos de muerte que aún están impunes. Trabajábamos bajo el slogan: para que la vida siga siendo joven. No me importaba las tundas que me daba mi mamá por estar todo el día y a altas horas de la noche en las tertulias, marchas, espacios formativos y haciendo labor social.

Desde entonces comprendí que mi vida tenía un propósito más en este mundo, que no sólo era construirme como individuo sino apostarle

a sueños colectivos con identidad y apropiación del territorio, acercarme a mi gente, conocer la realidad de mi localidad que el 78% es rural y el resto urbano. El barrio no es realmente lo que muestran los medios de comunicación masiva, quienes contribuyen a la estigmatización de ciertas dinámicas sociales, desmotivando a las y los habitantes para que no continúen luchando por construir sus proyectos de vida en un mundo donde aparentemente no hay esperanza, víctimas del determinismo, en donde quienes nacen o viven en la pobreza, parecieran estar condenados a pensar y actuar pobremente el resto de su existencia.

Me vinculé al parche de audiovisuales, donde aprendí conceptos técnicos y de contenido en video, dirigí una película *Soñadores de ilusiones*, su protagonista unos meses después fue víctima de la violencia y quedó en sillas de ruedas. Seguí conociendo más parches de diferentes áreas, consolidamos una red juvenil, conformada por más de 10 organizaciones juveniles en donde fui elegida representante legal, empecé entonces a asumir retos administrativos, de trabajo articulado, entre otros, fue una escuela de formación desde el hacer.

Con el tiempo por diferentes motivos estos procesos no continuaron, sin embargo, no deje de soñar y trabajar para hacer esos sueños realidad, conformé mi propio colectivo audiovisual que desde el 2011 se convirtió en la Corporación Mundos Diversos, donde empezamos a trabajar proyectos no sólo audiovisuales sino con enfoque de género.

Proyectos enriquecidos gracias a las experiencias de las mujeres diversas de Ciudad Bolívar que han asumido diferentes liderazgos, desde ser fundadoras de sus barrios, hasta ser pioneras de la Casa de la Igualdad de Oportunidades de la localidad y aportar en la construcción de la Política Pública de Mujer y Género, consolidándose como un movimiento de mujeres de Ciudad Bolívar. Gracias a ellas quienes fueron mis maestras en lucha por la igualdad de género, por la defensa de los derechos de las mujeres, por brindarme herramientas de empoderamiento, hoy soy una hija más que le apuesta decididamente a la construcción desde el hacer y el ser colectivo a la construcción de paz.

El temor que me inspira

Por: Ángela González Ortega

Ella sabe que vale mucho.

Mujer descomplicada, alegre, justa, sincera, amorosa, creativa e inteligente, termina su carrera profesional, sin duda alguna lo que alguna vez proyectó desde su niñez, pretendientes a montones como cualquier joven a su edad, físicamente no es hermosa, pero es simpática y atrae con lo poco que tiene a tantos. Siendo el año 2013 y dando sus primeros pasos a nivel laboral, conoce a alguien, que hoy en día es su martirio y el papá de sus dos hermosos hijos.

Él, hombre posesivo y frágil a la vez, inteligente, irrespetuoso, desobediente, autodenominado temeroso de Dios, con un recorrido de todo tipo, y diez años mayor a ella. Dentro de su recorrido viene de la mano con un hogar, el cual nunca había respetado ni la esencia de su mujer, quién aún lo ama, ni la presencia de dos hijos.

Dentro de sus mil acciones para conquistarla a ella, cierto día logro el objetivo, sin pensarlo dos, tres, cuatro y cinco veces se separó, todo el mundo hablaba lo que era y no era. Ella mientras tanto se imaginaba un mundo lleno de fantasías, lleno de respeto, de amor, de paz, de sinceridad y honestidad, no se le venía nada bueno, así le decían, pero ella hacía creer que se tornaba ciega, sorda y muda, aunque siempre estuvo consciente de la realidad de las cosas y realmente sabía lo que le esperaba.

La relación no era aceptada por nadie cercano a ellos, sin duda alguna ella era catalogada, como la quita macho, la entrometida. Empezó a vivir frente a la crítica, el cual era aceptado por la misma porque

entendía y se conectaba con la mirada de los otros, pero aquella persona que la conocía y sabía de ella, con certeza afirmaban que su corazón era muy valioso y no merecía hacer vida con él, ya que de ella esperaban y se merecía más y más.

Como toda relación los primeros años fueron un poco normal, la gente seguía señalándola, y ella sobreviviendo al rechazo, a la vergüenza, al hociqueo. Mientras ella se sometía a vivir bajo la desconfianza exagerada, tanto así que hasta con el perro y el jabón con que se bañaba la celaba. Entre tanto con la poca demostración de afecto nació su primera hija, la vida de ella, las cosas no eran como siempre se imaginó, por las noches lloraba hasta el cansancio, lo único que le pedía a su Dios, era que le regalara una niña llena de salud.

Ella mientras tanto esperaba detalles y antojos satisfechos a montones, pero nada fue así. Él, sin empleo, tampoco buscaba la manera de hallarlo, porque ella trabajaba y compraba a su hija lo que a él le tocaba, por lo tanto, solo hacía de ella momentos llenos de ira, tristeza, melancolía y rechazo. Todo seguía gris, ella, sabía que valía mucho, pero tampoco hacía fuerza de voluntad para seguir sin él, ya que estaba su hija y no quería que su hija repitiera la misma experiencia de ella, vivir su niñez, sin un padre. No saben la falta que le hacía.

Los meses pasaban y con ellos se vino una infidelidad, tras de eso coqueteos y admiraciones para otras. Ella siempre lo vio esa persona que no busca su felicidad, que no conoce del respeto, que no distingue la manera de tratar con el coqueteo, que es aprovechado, oportunista, egoísta, mal hijo y sí era mal hijo, era mal padre, en fin, su calificativo de manera impredecible es despreciable

Ella sabía lo que valía, pero seguía ahí, con algo de esperanza de ver un cambio. Para ella el hombre perfecto que siempre soñó, así como aquel que llegara de su trabajo y la recibiera con caricias, la llevara al parque, la consintiera, mirara por los ojos de ella, —con esto último digo mucho para catalogar el hombre perfecto, el cual creo que no existe o si, bueno no sé—.

Después de pocos meses él, por fin le sale un empleo, el cual tuvo que cambiarse de domicilio. Ella contando con el acompañamiento de su madre se queda en casa para seguir la labor en el trabajo y de madre a la vez. Aquí los celos se fueron a la profundidad del asunto, debido al distanciamiento que se presentó, pero nada de lo que él se imaginaba siquiera se le pasaba por la mente a ella. Para esos momentos todo era por celular —cuando digo todo, es porque es todo, queda a su imaginación—.

Fue tanta la desconfianza que ella, acepto renunciar a su labor e irse hacia él, pensó que allá solos las cosas iban a ser diferente, pero nada paso como se imaginó. Ni a la ventana de la casa se podía asomar porque creía que ella lo hacía era para ver a un ex que precisamente vivía en ese pueblo. Todo era caótico primera vez que ambos se sometían a vivir juntos y apartados, nada fue como algún día lo soñó, cabe resaltar que ella siempre se imaginó lo mejor para ella en su vida adulta, porque siempre ha estado segura de que vale mucho y por lo tanto merecía lo mejor de la vida.

Esto duró poco nuevamente ella quedó embarazada, regresó con el rabo entre las patas donde su mamá, mientras tanto él, solo por allá hacía y deshacía la vida de algunas tontas que lo veían como hombre de capa y espada, ese al que ella algún día también vio así, aquí la responsabilidad aún era mayor —como pueden ver ya había dos hijos—. Nuevamente a repetir la historia del primer embarazo, él sin empleo, lo echaron por sus malas acciones, ella laborando en lo mismo, porque buena en sus funciones sí que era, por eso y otras cosas.

Los niños crecieron, ella se volvió fría, altanera, agresiva, humillativa, despreciable con él. Siguen ahí, según él, ella es la mala del paseo que les tocó vivir, pero él no se da cuenta que la convirtió en ese ogro. Tanto así que ella le grita sin piedad que es un bueno para nada, que es huevo muerto, que es lo peor del mundo, que es el peor de los hombres, que busque nuevamente a su ex, que se vuelva a enamorar de otra, que se aleje rotundamente, que ella apenas pueda se enamorara

de otro —en fin, cantidades de cosas y de palabras que jamás en su vida pensó pronunciar y desear—.

Ella sabe que vale mucho, por eso en sus oraciones pide al todo poderoso que sea él, Dios, quien haga justicia sobre él, ya que muchas veces ganas no le han faltado de hacerle daño.

Él solo cree en lo que él piensa, desea y anhela. Ella con la fe, en que algún día él recapacite, reaccione, y se reinvente, no siendo esto muy tarde. Porque la vida continua, ya sea hasta hoy, mañana o pasado. Solo Dios sabe, los sinnúmeros de experiencias pasan para bien o para mal.

Yo construyo o destruyo mi felicidad . Ella sabe que vale mucho.

*Fragmento del libro de mi vida que aún no está escrito,
pero sí se está viviendo*

Si los taxis fueran violetas

Por: Paula Andrea Duque García

Asuntos pendientes:

- *Revisar la huerta comunitaria.*
- *Ir al plantón frente a la oficina de la secretaría de seguridad del municipio.*
- *Cita con el abogado para la defensa de los predios de los que expropiaron a los campesinos.*
- *Talleres de género en el barrio.*
- *Café con la vecina para explicarle que el hecho de que me llame guerrillera no justifica sus amenazas, ni me hace inferior.*
- *Enviar hojas de vida (marcada con asterisco).*
- *Ir a bailar.*

Mayor fracaso en casi todo. Del C.H. me llamaron a entrevista, pero la razón de la no contratación la acuñaron a un presunto desorden emocional que halló la psicóloga en su conversación con la aspirante. Conmigo. Así es como la familia y el barrio entienden al feminismo o a la que se quiere feminista. Como un trastorno psíquico emocional que nada tiene que ver con la estructura social.

¿En qué estaba pensando cuándo me presenté allí? ¿Qué intereses tenía en educar a jóvenes y a niños para que nos ayudaran a comprender como sociedad que ser un cuerpo sexuado significa mucho más que la condición para la reproducción, el acceso carnal al otro o el matrimonio? Esto sólo

podía ser interpretado como el deseo de pervertir, descontrolar y fomentar el desorden social.

(Había una mancha que debilitaba el papel en el que este párrafo estaba escrito. Supongo que era una de esas tantas lágrimas que se le escapaban a la medianoche antes de irse a dormir).

¡Claro! Ya entiendo, un prejuicio se legitima en el otro y se va convirtiendo en verdad. Esto me ayuda a entender más o menos las razones de mi desempleo y de mi soledad, que cada vez tienen menos que ver conmigo que con lo amenazado que se siente el entorno con mis decisiones, mi pensar y mi actuar. Quiero decir que me resisto a darle la razón al mundo. Yo no soy la culpable de no poseer ninguno de esos bienes ni de ser la víctima de sus injusticias organizadas.

Esto lo encontré aproximadamente hace un año dentro de su libreta de apuntes. Entre tachones y reprogramaciones de horario estaba esta lista de pendientes y esta pequeña reflexión que seguramente se le había escapado en un suspiro. Lo primero que pensé era que de verdad la transformación del mundo era una urgencia para ella.

A Herminia la encontré hace un año, haciendo de todo, incluso más de lo suficiente. Y, a pesar de que todos sus días estaban hasta el tope de un ajeteo similar e imparable, el mundo sigue estando al revés convencido de que está al derecho. Pude conocerla, es decir, aprender a su lado, porque ella no ofrecía más que sabiduría, fuerza y sensatez. Una mujer cautivadora. No por lo que primero se piensa cuando se califica así a alguien. Si no porque al escucharla hablar la primera vez me fue imposible no sentirme involucrada con las razones de lo que ella llamaba su lucha; bien sea porque descubriría cierta afinidad apenas ideológica con sus actitudes y oficios o porque, lamentablemente evidenciaba mi falsa conciencia y me avergonzaba al descubrirme como partícipe de lo que ella rechazaba.

Esta amargura nos acompañó todos los días de este último largo y sufrido año, lleno de lágrimas, decepciones e indignaciones causadas, como es ya costumbre en nuestro país, por algo que le es ya imprescindible: la injusticia social. Costumbre a la que Herminia se resistía haciendo pedagogía crítica puerta a puerta, hablando de movimientos sociales, de educación popular, de soberanía, de feminismo.

Algo le aprendí: era necesario para todos los seres humanos defender la dignidad, luchar por la libertad y la igualdad. Meterse en problemas, en palabras de este mundo. Aquí voy con el dolor a cuestras. El de ella y el de muchas otras. Y el de mi experiencia personal. Se supone que, como bien lo ponía Herminia en su libreta, el dolor es una consecuencia de querer pintar de violeta al mundo, a la sangre. Hoy visto de violeta, porque es el color de la emancipación, pero como todavía no la logramos, sigue siendo el color del luto.

Esa noche, en ese taxi, después de un año concentrada en reclamar la justa repartición de la tierra y de haberlo alcanzado al fin luego del litigio todo el día en un juzgado, Herminia se dirigía a su casa a descansar. Al día siguiente le esperaba otra misión, evitar que la euforia extractivista del Gobierno de su país acabara con uno de los afluentes más importantes de su región y despojara de tierra y agua a los campesinos que la habitaban. Luego debía ir a reclamar frente a las autoridades de su pueblo, los procedimientos jurídicos para abrir un proceso legal frente a un caso de feminicidio o crimen de género organizado —como nadie se atreve a llamar aún— de una de la muerte de sus compañeras.

Pero volvamos al taxi, allí empezó y acabó la historia. Un taxi, dos tipos, un arma, ningún muerto: dijeron los medios. No valía ningún documento o argumento como defensa. Dedos, fierros. Por delante y por detrás. Respirándole en el cuello, lamiéndole la oreja, restregándole su sexo hasta venirse en su boca y también en su dignidad.

—Hágale duro, que a ella le gusta, y no se azare que si no se mueve es porque quiere —así también dijeron.

De tanta insistencia en su entrepierna, hasta la muerte le cupo.

Historias sobre
mujeres



La mujer de ojos color miel

Por: PP

Ella es la mujer más dulce que jamás nunca conocí, de hermoso cabello, largo y ensortijado, el cual pocas veces dejaba suelto a su merced. De contextura pequeña y piel canela, con ojos color miel, reflejo de la dulzura de su ser.

A su paso comparte todo cuánto posee, sin importar si mañana no tendrá para ella, el ahora y el otro tiene un valor sin igual para ella. Su gigantesca sonrisa, llena de alegría cada rincón que habita y su compañía acoge de manera tal, que uno se siente cobijado de su hermosa energía y bondad.

Creció a orillas del río Ité, su padre fue perseguido por los paramilitares ya que ayudaba a otros campesinos que se desplazaban de diferentes regiones de miedo de la violencia, a colonizar tierras baldías, donde no existían viviendas, para pudieran establecerse allí.

Desplazada de este territorio, junto con su madre y sus hermanos decidieron ir a Medellín, debió dejar de estudiar, ponerse a trabajar y solo descansar dos o tres horas, para ayudar a su madre a criar a sus hermanos.

Creció y la suerte la acompañó con siete hijos, decidió volver al campo a sobrevivir con ellos, aunque fue muy duro en medio de la violencia, cambiándose de una vereda a la otra.

Guerreras

Por: Magdalena Velasco M.

Daniela guarda las boletas detrás del armario, al igual que sus fuerzas de trabajo, sus palabras están rotas al intentar que su nombre sea visto en la lista. Eloísa lleva consigo a Samuel, le da una bolsa arroz, en las diásporas del silencio. El charco de las brujas guarda los secretos en sus orillas mientras el silencio se extiende desde sus aguas hasta las llaves de los tanques enlodados.

Las súplicas tejen con los vientres una colcha de sueños remendados con lágrimas de madre. Luisa sigue en la molienda para extraer el jugo dorado, ella la que está siempre en la casa, luego de soltar el fusil se quita su piel para dársela a los suyos y con una mesa en la puerta, pone una la llave que abre las manos de la caridad.

Las piernas que alguna vez fueron arrodilladas por el monstruo de la guerra sostienen los cuerpos, vendan la angustia, curan con su aliento los dolores enajenados de la pandemia que empiezan a quebrarse en cada escondrijo, los curan con su aliento, los vendan con la preñez de mañana.

Segovia, Antioquia.

Camino a casa

Por: Camila Ussa Villamil | Veneno

Un débil rayo de sol en su cabeza, el entrecejo fruncido, los ojos apretados, tan apretados que más que ojos parecían dos líneas separando su frente de sus mejillas rosadas y carnosas, el pelo café desordenado y escondido bajo un gorro, y este a su vez sepultado bajo las interminables capas de invierno.

—Abrígate bien— le decía su mamá cada vez que la veía salir de casa así afuera no hiciera frío, consejo que ahora era una obligación ya que incluso después de vivir en la ciudad por cuatro inviernos, parecía no acostumbrarse a sentir su alma helarse por las ráfagas de viento que llegaban desde los ríos que circundaban su isla.

Mientras caminaba mordía sus labios rojos con ansias, nerviosa como siempre de un tropiezo, de una caída, de los ojos que creía que la veían o no. Sus manos sudaban en los bolsillos, se tocaba las uñas, luego unía las huellas de sus dedos pulgares, primero con el índice, aire, respiraba. Segundo: pulgar con corazón, fuego, respiraba. Tercero: pulgar con anular, tierra, respiraba. Finalmente, pulgar con meñique, agua, respiraba, repitiendo el movimiento al mismo tiempo en sus dos manos como un espejo, haciéndose la que practicaba lo que había aprendido en clase cuando realmente sólo buscaba un ancla que la trajera aquí y ahora.

Aunque trataba de bloquearse del mundo exterior, no podía evitar la frustración cuando su mirada se encontraba con la de algún hombre que mascullaba algún piropo que ella no quería recibir. Imaginaba respuestas arrebatadas, y a veces, cuando se sentía atacada

respondía de vuelta:

—¿Qué pasó hijo de puta?

Todavía le asombraba la crudeza de los hombres, aún no lograba entender que los hacía pensar que ellas estaban dispuestas a sus palabras. Su sangre hervía cuando veía a un hombre mirar con morbo a la mujer que pasaba a su lado, sin vergüenza. Les lanzaba puñales con la mirada, pero poco parecía importarles mientras babeaban, torciendo su cuello siguiendo los pasos del objetivo, sin importar su edad, tamaño, forma o negativa.

Caminaba rápido, siempre lo había hecho, así no tuviera afán, así no tuviera frío, sus piernas largas se movían ágilmente entre las calles llenas de basura. Veía las bolsas plásticas volar y enredarse en las ramas de los árboles con la destreza de las aves, a veces se frustraba y veía este paisaje como la respuesta perfecta a la pregunta de por qué no quería tener hijos, y tal vez si quería, pero no quería tenerlos si debía criarlos en un mundo donde parecía no haber futuro, donde en vez de aves había basura, donde en vez de mares había plástico, donde en vez de naturaleza había destrucción.

Nada la hacía sentir más ansiosa como el saber que ya estaba cerca de casa, deseosa de llegar a ese templo construido por ella, para ella, con retazos de otros que ahora eran suyos. Su corazón palpitaba impaciente por ese momento, por abrir la puerta y sentir el aire tibio contenido en contraste con el frío que cargaban sus pasos, por quitarse los zapatos y empezar a liberarse de cada una de las capas que la cubrían hasta quedar desnuda.

Apuraba el paso, quería estar ahí ahora. Su mirada saltaba del piso al cielo, viéndolo todo, pero sin enfocar nada realmente, ignorando las caras de quienes cruzaban su camino. Pensaba en todo y en nada, en él, en su cara en las mañanas, en su abrazo en las noches, en sus besos dulces sobre su piel desnuda, en el olor de su barba que a veces le recordaba a su papá. Había decidido creer en el amor nuevamente y esta vez sentía que realmente estaba recibiendo de vuelta todo lo que estaba

dando. Se perdía en el recuerdo de sus palabras, en lo romántico de su intimidad, se sonrojaba y escondía un poco su cara entre los hombros para que nadie viera la picardía de sus pensamientos. Y ahora, con él en su memoria, parecía que flotaba y nada más importaba hasta que sentía la puerta de su casa cerrarse detrás de ella. Finalmente, en casa.

Sin título

Por: Reciclando Paz

Esto inicia en un sitio donde la guerra está escondida tras cortinas de paz, esto inicia en Metamorfosis, el cual es un territorio donde a pesar de que las necesidades pululan, sus casas pequeñas están llenas de color y solidaridad, es un territorio estigmatizado por su pasado el cual ha sido golpeado por la guerra de la delincuencia.

Pero dentro de sus habitantes existe una guerrera que cuenta con muchos escuderos espadachines, estos son guerreros muy singulares, ya que sus espadas son sus palabras, sus palabras cargadas con saberes ancestrales, saber agrícola, saber de memorias, saber que solo ellos pueden tener, sus escudos son enormes, gruesos y brillantes pues han sido lustrados por valores de amor, solidaridad y experiencia y sus armaduras son doradas tan doradas tan doradas que solo con su presencia deslumbran a muchos de sus oponentes ya que irradian sabiduría.

Pero entre todos ellos está ella, una mujer echa a base de tenacidad, fortaleza y grandeza, su piel es tan tersa como los pétalos de una rosa, su pelo tiene los colores de las nubes que habitan el cielo, sus manos muestran la rudeza de sus luchas y su corazón es tan noble como sus palabras, esta guerrera de luchas incansables se llama Menchis.

Su tenacidad es reconocida en muchos territorios pues Menchis domina mejor que nadie el don de la palabra, con ella ha logrado conseguir hacer realidad cosas que un arma o una espada no pudo, también dentro de sus proezas está la defensa a la soberanía alimentaria, con la que procura abastecer su ejército de espadachines.

Su mayor osadía está en demostrar que la victoria a las guerras contra la desigualdad, el hambre, la necesidad y la desesperanza se consiguen colectivamente a través de solidaridad, buen liderazgo y ante todo a través del ejemplo.

El solecito de la reconciliación

Por: Leany Lopera Carrasquilla | Unidad de Paz y Posconflicto

Solecito es una mujer que vive en el municipio de Briceño, lugar donde se empezó a implementar el acuerdo de paz, ella siempre lleva una vitamina color morada que se llama reconciliación, ella es una mujer trabajadora, fuerte y decidida, participa en todo lo que realiza en las comunidades, orienta a la comunidad, además ayuda a que todos estemos contentos. Ella siempre está dispuesta a mediar cuando se necesita y llamar la atención cuando no estamos trabajando en comunidad.

Ella pone en marcha todo su trabajo social con enfoque rural dictando talleres para la generación de capacidades de superación de la violencia y la pobreza, fomentando el espíritu emprendedor realizando como práctica actividades lúdicas, de formación y de emprendimiento, construyendo un futuro mejor, construyendo paz; enseñando a realizar el proyecto más lindo, el proyecto de vida. Con el aporte de cada uno de los campesinos y campesinas que la acompañan en esta valiosa labor de construir un mejor territorio con oportunidades que lleven a mejorar la calidad de vida de las familias como núcleo fundamental de esta comunidad Briceñita, solecito se levanta siempre ha construir un país desde la reconciliación.

Solecito le gusta aportar a la transformación social del territorio de Briceño, Antioquia con la mirada puesta a la población rural y con un enfoque especial a la inclusión de la mujer rural como pilares fundamentales en dicha transformación. Es una mujer Briceñita que ha vivido al igual que todos sus coterráneos las inclemencias de la violencia en sus diferentes formas. Su pueblo Antioqueño ha empezado

voluntariamente apostarle a dicha transformación y ella ha querido con sus capacidades y habilidades contribuir a la implementación de diferentes actividades con inclusión especial a la población rural víctima del conflicto armado y dar una mirada propositiva frente a las condiciones de vida de la comunidad.

Solecito sabe que Briceño ha puesto en marcha el Acuerdo de Paz, este proceso ha generado una serie de acciones concernientes a la planeación participativa y la materialización de algunas iniciativas comunitarias; en tal sentido ella despierta el interés por realizar el acompañamiento a la transformación social del territorio.

Ella tiene la oportunidad de contribuir con su trabajo social al desarrollo de su gente. El pago por esto es el más valioso, el agradecimiento de las comunidades, su sonrisa, su calidez, en los hogares campesinos de su pueblo nunca falta un gesto amable para con ella y eso es lo que a ella hace amarlos.

Briceño, Antioquia.

Carmen

Por: Andrea Romero Guzmán | @andrearguzman

El día que le dispararon a mis dos hijos y a mi esposo sabíamos que era el momento de irnos. Mis cuatro hijas con sus críos me insistían que de quedarnos en el pueblo seríamos nosotros los próximos muertos, así que no tuvimos más remedio. Agarramos unos cuantos trastos, cobijas para los niños, unos panes en una bolsa. También alistamos los recuerdos, las ganas y la nostalgia en otra bolsa, era como saber desprendernos sin querer escapar, pero ya sabíamos que éramos nosotros, que era nuestra historia, eran nuestros pasos los que debían huir como muchos otros del pueblo lo habían hecho ya.

Cuando salimos del pueblo quedaban unas cuatro familias, contando la nuestra. Ramón mi marido, decía que de irnos era con las piernas palante y sí, a él le tocó morir así, pero no pudo salir. Nos tocó dejarlo allá, allá en la casa donde les dispararon a él y a mis hijos, todo por no permitir que nuestros dos hijos varones Alberto y Alirio, se fueran con ellos. Claro mis hijos también forcejearon y prefirieron morir a bala y no por el recuerdo que laceraría sus pasos lejos de nosotros.

Y mire ahora la ironía, somos nosotras, mis hijas y yo las que tuvimos que escapar al dolor, y siguiéndole el curso al miedo, ese que nos trazaba la ruta y nos respiraba en la nuca. Huimos, pero no sabíamos para dónde agarrar, simplemente irnos. Manuela, mi hija la mayor compró unos pasajes con lo que le quedaba de sueldito para Bogotá. Durante el trayecto de seis horas de camino y el silencio entre nosotras parecía querer gritar esas ganas de volver, esa rabia que se nos ahogaba en la impotencia y el olvido que sería posiblemente, nuestra única arma

para volver a empezar.

Llegamos a Bogotá con cinco críos que no superaban los 4 años de vida —tres niños y dos niñas—, figúrese usted. Eran nuestros tesoros y nuestro mayor reto, nos habían dicho en el pueblo que una conocida vivía en Usme, nos dieron su dirección e intentamos llegar hasta allá. El día que pisamos esa ciudad por primera vez, parecía que el cielo lloraba nuestras desgracias y solo agua corría por esas calles. Como pudimos hablamos con la gente, pedíamos ayuda para poder comprar algo de comer y coger algo que nos llevara hasta Usme.

Nos indicaban que estábamos cerca a la calle 68, que camináramos hasta la principal y que ahí, ahí pasaba el bus.

—Mire joven, es que no conozco, ¿usted nos podría acompañar por favor?—, el muchacho en medio de su asombro pensando que algo le íbamos a hacer cogió su paraguas muy fuerte y se echó a correr.

Así fue, éramos nosotros en la mitad de un desierto de cemento, carros y carros que se movían a la velocidad de nuestra angustia. De pronto pasaron una, dos y tres motos, sin pensarlo me tiré al piso y empecé a llorar, sentía que la respiración me faltaba, se me vino a la cabeza el día que me los mataron

—Mire, en una igualita a esas me le dispararon a su papá y a sus hermanos—.

Socorro y María Engracia se abalanzaron conmigo al piso, lloramos y lloramos como pidiéndole fuerzas a mi dios pa' poder seguir, mejor dicho, para vivir. Mientras Manuela y Piedad tenían los niños, todos lloraban desde donde se habían quedado petrificados de ver la angustiada imagen, de su abuela tirada en el piso y pidiendo auxilio.

Finalmente, yo no sé qué pasó, alguien le dio un billetico de \$10.000 a Piedad, como pudimos y entendimos llegamos a una avenida grande, el cielo no paraba de lanzarnos rayos y estruendos de lluvia, según entendimos estábamos en la calle 68 y nos paramos debajo de un puente para escampar el frío, el agua y el miedo.

Una vendedora de dulcecitos que se encontraba justo en el

sitio donde llegamos se puso en nuestros zapatos, y nos preguntó si necesitábamos ayuda.

—Sí, vea vamos para esta dirección en Usme— le dije sin pensarlo dos veces.

La señora, paró un bus amarillo y a su paso le gritó al conductor

—Vea patrón ellas van para Usme, no las deje tiradas. Llévelas hasta el lado del portal de Transmilenio ahí avíseles y las deja bajar— el conductor con algo de sacrificio nos dejó subir, Piedad le fue a pagar, pero el señor no quiso recibir.

Tal como nos dijo el conductor, nos bajamos pasadas las 4:00 de la tarde. Le preguntamos a una persona la dirección y empezamos a subir, y subir, y seguíamos subiendo. De momento Manuela preguntaba en las tiendas, a vecinos a los que se nos aparecieran si conocían a la señora Gabriela y les pasaba el papelito ese de la dirección. Finalmente, después de mucho caminar llegamos a casa de la señora Gabriela y cuando me vio nos abrazamos como queriendo borrar el miedo. Ella nos hizo pasar y bueno, los primeros meses dormíamos en colchonetas y hasta en el piso.

La vendedora de dulcecitos, Blanca, resultó ser hermana de la señora Gabriela así que con el tiempo fuimos acostumbrándonos al frío, mis hijas empezaron a vender arepas al lado de la señora Blanca. Con el tiempo pudimos sacar una casita en Usme en arriendo, no teníamos más que nuestra palabra para firmar y así paso a pasito nunca nos faltó comida, ni techo donde dormir.

Luego cuando ya todo lo sentíamos en una calma mezclada con nostalgia por haber dejado nuestros campos, los niños seguían creciendo y ya iban al colegio, y yo me quedaba sin nada que hacer, me metí a la junta de acción comunal.

—Funciona igualito que en el pueblo, así como lo hacía y lideraba allá— me decía Gabriela— la diferencia es que es Bogotá.

Pues bueno primero me anoté como afiliada del barrio, y ahora soy la presidenta. Han llegado como nosotros muchos paisanos de otros pueblos, pero así, como nosotros desplazados y llenos de rabia. Así que

como podemos los ayudamos, los recibimos y los abrazamos como un día lo hicieron conmigo, con mis hijas y mis nietos.

Quiera o no, en esta ciudad he encontrado paz, esa que no sentíamos en el pueblo, con los vecinos del barrio nos organizamos, don Pedro que viene del Catatumbo maneja la tienda comunitaria; la señora Esperanza viene de Chaparral y era la profe de la vereda Las Hermosas, es la encargada de conseguir los cupos de los niños en los colegios; y yo, yo he peleado para que nos pusieran un punto de venta de tiquetes para el transporte aquí en el barrio y logramos pelearle platica al Gobierno para una de las trochas del barrio.

Lo que aún no hemos podido conseguir es que nos le bajen a ese bendito transporte, pero así estamos, y vivimos nuestro día a día en Bogotá, seguimos creyendo con fe en que habrá paz en el país, aunque le admito estamos aquí respirando esa paz que tanto añoramos sentir allá de dónde venimos.

Es casi un cuento

Por: Itayosara (Dora Luz Syro Vélez)

Amanece, el lecho tibio parece no querer dejarla ir, pero las labores matutinas imperan. Entre dormida saborea el sueño que aún está presente en las pupilas, es tan dulce el despertar en las altas montañas, el frescor de la mañana llega hasta las mejillas y como un beso de aprisa le hace estremecer como una novia núbil, toda la sonata de los ruidos propios del campo traspasan las cerradas puertas de la pintoresca casita e inundan con algarabías el recinto, ya se escucha el escarbar de las gallinas que con afán buscan las lombrices mañaneras como su único y succulento desayuno. En las ramas altas de los pomos los pájaros entonan sus trinos sin una concordancia de notas pero los distintos tonos parecen traer aires de una filarmónica, en la cocina de leña crepitan las llamas de colores, alguien antes que ella tuvo la delicadeza de adelantar esta labor, un gallo cantor interrumpe las mil sensaciones, avisando que el momento impostergable ha llegado, debe levantarse y enfrentar la cotidianidad de un día de tareas.

Existe un ritual en ese acto humano de dejar el lecho y disponerse a vivir la cotidianidad, un largo estiramiento pasa revisión a los huesos y articulaciones, un profundo bostezo ingresa torrentes de aire frío sacudiendo los aperezados pulmones y una agradable sensación de vida le recorre de pies a cabeza.

Sin saber cómo, llegan las labores habituales, corretear las gallinas, recoger los huevos, barrer la casa con su escoba de yerbas que dejan a su paso un olor fresco de campo, traer flores silvestres para ponerlas en el improvisado jarrón que en otro momento fue una

chocolatera. Sacudir aquí y limpiar allá, como una danza sensual y provocativa.

Los aromas inundan la casa; huele a humo de leña fresca, a pomos al viento, los pomelos del huerto dejan un olor cítrico que rodean el lugar y lejano llega el olor sensual de los lirios del campo que al paso de la brisa sacuden sus más profundas fragancias.

Un sol tenue y juguetón se deja ver en lo alto, las tibiezas de sus manos envuelven la tierra en una caricia larga que aumenta su temperatura a medida que el día avanza, como un amante intenso que sofoca a su amada en dulces y sudorosas caricias. Allá a lo lejos en un dibujo sinuoso las montañas trazan líneas irregulares en el horizonte azul celeste que se pierde en la inmensidad, alejado el río apenas si deja escuchar sus cuchicheos, haciendo olvidar lo bravío que se torna cuando sus rugidos dejan claro que es el señor de estas tierras.

Qué feliz es cuando llegan de prisa los hombres sudorosos, dejan al desnudo dorsos fuertes que deleitan la vista ante ese entramado de músculos y nervios; aquí su hermano, allá su padre y casi oculto el hombre que a hurtadillas parece gritarle con la mirada la pasión que le envuelve cuando ella está presente, y que sin saber porqué torna turgentes sus crecientes senos de hembra joven bajo la blanquísima blusita de holán bordado, mientras un arrebol pinta de colores sus mejillas dejándola sin aliento.

Corre el día y la modorra propia de las horas de media tarde parecen dejarla sin fuerzas y es allí en aquel momento de la jornada que entretiene su tiempo en tejer y soñar, de reajo, da largas miradas al calendario ajado y viejo que cuelga allí, en un poste del corredor envuelto en un plástico transparente como si fuera una valiosa obra de arte; es que ahí está el motivo de sus sueños aquello que le roba los suspiros, la promesa de un eufórico futuro que le hace crecer emociones secretas.

Desteñido y gastado con los bordes ruñidos por el tiempo, el calendario deja ver la estampa de una delirante ciudad, edificios altos de ventanales enormes con pulcros vidrios que capturan como espejos

unas nubes casuales, autos de colores que parecen desplazarse con la lentitud del tiempo tardío, hombres y mujeres bien trajeados que deben oler a perfumes caros, calles con jardines y flores que dan un elegante toque de matices que ordenadamente hacen la simetría al cuadro, ahí está su sueño, el que tarde o temprano cumplirá.

Un alarido largo le pone los pelos de punta y un retumbante trueno sacude la tierra, en la casita blanca de la media loma todo cambia, una turba de hombre sucios y vulgares brotan de todos lados, las aves huyen despavoridas, el perro faldero que dormía perezoso en cualquier rincón de la casa yace tirado en una curva del camino, las gallinas corren hacia todos lados. Sucios, maltrechos y con heridas sangrantes los hombres, sus hombres, que son arrastrados con las manos atadas; sus rostros no los reconoce porque el miedo deja asomar una expresión de terror que los desfigura, todos tienen sus miradas puestas en ella; el padre teme porque sabe que dañarán esa hermosa flor del campo, el hermano porque tendrá que callar tanto dolor, aquel que la ama porque sabe que ya no será la misma niña que vio crecer y esos los hombres sucios y vulgares dejan entrever la lascivia y el deseo.

En un momento su cuerpo es manoseado, baboseado, lamido, ultrajado y penetrado, un terrible dolor desgarrar su carne y un olor putrefacto de bocas podridas la invaden, como una flor pisoteada es lanzada de mano en mano hasta que su sencillez de mujer es completamente mancillada, sus hombres dolidos y humillados han vociferado y forcejeado hasta desgarrar sus pieles, sus ojos hinchados del llanto y su orgullo ultrajado, de pronto un zumbido de abejas la envuelve y se adentra en un sopor que la lleva a otros mundos, al ultramundo, en donde se pierde en un abismo oscuro e insondable.

Pasa el tiempo y como en un remolino es devuelta a la realidad, su padre sangrante de rodillas se curva sobre sus piernas como un maniquí roto, el hermano de espaldas deja ver un tercer ojo de pupila roja que no mira a nadie y él, aquel que la amó en silencio, cortado en pedazos solo es un amasijo de músculo y carne. Sombras, humo, restos

flameantes, escombros es lo que quedan de aquello que fue su vida, su hogar, ni el gallo cantor se escapó a tanta barbarie, allí están sus plumas esparcidas por todo el patio como un testimonio de lo que fue y no será más.

Amanece, la noche ha sido especialmente lluviosa, torrentes escurrían por las félicas paredes, un cierzo helado recorre las desiertas calles, todos van de prisa como si quisieran huir del frío mañanero que no parece tener compasión. Por unos momentos cierra sus ojos y parece estar de nuevo allí en la lejana montaña que no se parece en nada a estas que circundan la ciudad.

Tímidamente empieza a desenvolverse como una oruga que sale de su capullo, un bostezo largo la trae de nuevo a este mundo que es ahora su cotidiano, allí a unos pocos pasos todavía humea el fogón de piedra que la noche anterior prodigará un poco de calor y le sirviera de hornilla para hacer la sopa de sobras que fue su única comida del día, un mugriento y roto suéter le trae recuerdo de su blusita de holán bordado y la soledad le golpea el rostro con fuerza, ya no es más aquella joven núbil que correteaba los caminos de una montaña sinuosa y olorosa que la abrigaba con amor como una hermana celosa; qué lejos está ese que fue su mundo.

Allá al otro lado del puente otros desamparados como ella empiezan a salir de sus capullos de papel, cartón, trapos sucios y plástico, ahora estos son “sus hombres” un viejo enjuto, desdentado con la mugre como una piel pegada al rostro y un hombre joven que parece viejo son su compañía, pero igual que ella son habitantes de un mundo ajeno que los repudia y ultraja todos los días. Se ha perdido en las calles de aquella bella ciudad de póster que adornaba el corredor de la casita blanca de la montaña.

Qué distinta es ¿dónde están las calles con jardines de flores que hacían una simetría de colores?, los edificios de altos ventanales siguen allí tan distantes como en su calendario y las nubes cautivas hacen todo el esfuerzo por escaparse y caer a la tierra convertidas en goteras fétidas

con olor a químicos, los autos de colores circulan a velocidades suicidas y dejan a su paso humos asfixiantes que se roban el oxígeno, los hombres y las mujeres parecen maniqués autómatas que van a prisa y que han olvidado para que construyeron las ciudades, aquí nada es grato, todo es doloroso, siente muy en el fondo de su corazón que ha sido engañada por la vida y que sus sueños son solo quimeras efímeras que se han llevado sus ilusiones.

Ha perdido su identidad, ahora no sabe a ciencia cierta quién es, solo sabe que ha sido castigada sin compasión, por algo que no hizo, trata de ponerse de pie pero sus fuerza le fallan y un profundo sollozo le agita el pecho, otro día para deambular, otro que le recuerda que no es nadie y que nada le espera; el viejo se acerca, una tos recurrente le ahoga, saborea su boca como buscando un buen sabor que le aleje el amargor que le llega del estómago, el otro hace sus descargas mañaneras en un rincón y de paso marca el territorio como si con su olor nauseabundo nadie se atreviera a ocupar este su espacio nocturno.

Ahí van los tres, con sus historias auestas, dolorosas, secretas, entre ellos no se las cuentan, van en busca de un pedazo de pan que seguramente encontrarán en los botes de basuras, basura para la basura, eso son ahora, los desechos de una sociedad que tira lejos aquellos que han caído en desgracia. ¡Cómo recuerda ahora su huerto con olor a pomelo y sus gallinas bullosas que compartían las lombrices de la tierra!, ella ahora es menos que eso, ahora es nada.

En una acera una mujer sin edad duerme expuesta, su cara no se parece a nadie, un bulto de basura le sirve de almohada, las moscas circundan su boca entre abierta, es joven porque entre sus piernas seco está el fluido que habla de su feminidad, pero la maraña de pelo desnutrido no permite un cálculo, en un pie un zapato viejo y roto, el otro desnudo con toda la roña que indica que lleva mucho tiempo sin lavar, es la viva estampa de la desolación y el olvido, alguien con el pie la golpea y se aleja, otras personas le miran con curiosidad pero no se detienen, son tan comunes estos desechables, por las calle murmuran

unos que caminan y pasan por un lado. Corre el día y allí sigue la mujer un hombre pasa y la mira con fastidio, una señora que se aproxima cambia de acera y apura a un niño que lleva de la mano para que no vea semejante espectáculo, otro indigente se acerca y con cautela le roba su bulto de basura, allí están sus pertenencias, pero nadie dice nada, ella no tiene quien la defienda.

La luz del día trae otro paisaje, una calle limpia recién lavada, han recogido las basuras y desechos, allí un grupo de personas comentan, sobre la mujer muerta, murmuran sobre la indiferencia de la sociedad, de lo inoperante del Estado, lo poco eficaz que son las autoridades.

Se rumora que era la indigente que dormía debajo del puente, que posiblemente la mataron sus amigos el viejo aquel que de tarde en tarde la llevaba de la mano y el hombre joven con cara de viejo que recogía comida para los tres, o quizás, o tal vez, en fin, conjeturas. Cuchichean y de pronto alguien dice:

—Pero lo más curioso era que tenía pegado a su pecho un viejo almanaque de esos calendarios de ciudades gringas que fotografiaban para alegrar las casas en donde no había cuadros que adornaran las paredes.

A Mary

Por María José Romero | @MariejosephRG

Entre la Sierra Nevada y la Serranía del Perijá, en tierra labrada por botas cargadas de historia, yace en un chinchorro, que dos árboles de mango osan sostener, un David. Aunque sus manos aún no forjan objeto alguno para uso consciente, a su corta edad ha batallado contra un gigante. Uno institucionalizado, que amenaza en derrumbar el adobe constituido de tierra infértil, representación física de la voluntad de la construcción de un futuro a partir de un suelo bastardo, que ansía que la narración en sus senderos sea distinta al discurso que el devastador titán insiste en manifestar.

La exaltación de este guerrero, ahora apaciguada por la calidez de la saliva que sus pequeños labios han de succionar, y de la que aún no es capaz de reconocer la evolución que debió transitar el firme tejido para ahora permear el preciado elixir que ha nutrido su existencia y así, de la misma manera, el ser digno de contenerlo no imaginaría años atrás, siendo tan solo de trece años, reclusa de una inocencia que las hostilidades no habían logrado corromper, la solemnidad de este vivo momento.

Junto a su pareja, decididos, buscaban llevar su vida a donde las oportunidades parecían existir, resguardándose entre proyectiles y aferrándose a una latente esperanza; se armaron por la convicción de un futuro volcado hacia la justicia social, declinaron de ellas en apuesta a hacer de la paz una revolución.

De aquella experiencia quedan actividades que, si bien están anegadas de simbología, el significado ha mutado; la actuación de guarda

del área, al estilo del depredador que también es presa, activaban en la oscuridad en velo la vacilación con la parca; hoy el desvelo es vivificante, porque en el desgaste del centinela está la población a Irene.

A quiénes ruegan esas manos, maduradas por el metal y el níquel y suavizadas ahora por las caricias incesantes, que el vástago de su vientre no sólo reverdezca en el terreno apenas arado, sino que fructifique la siembra actual que lucha contra un suelo desvalido y el gigante aspersor de estigma, que amenaza con la rendición del cultivo.

En un principio me dirigía a David, a quien ahora el papel parecería un cúmulo de materia para rasgar, quizá más tarde líneas de códigos sin descifrar y de contar con la suerte que la tierra no absorba su componente, que el agua desintegre su esencia o el viento lo dirija a lugares inaccesibles, alcanzaría inciertamente a cumplir su objetivo.

Entonces lo remito a Mary, cuyo rostro pese a no estar estampado junto al de Mariana Páez, Lucero Palmera y Damaris Lee, he de reconocer que transmite la misma esencia perceptible en un espíritu esculpido por la lucha, unas manos ávidas para labrar, unos ojos que vislumbran el sentir de un pueblo que anhela liberarse de los rastros de una perpetrada cosecha de desigualdad e injusticias, y en el indescriptible sentimiento a ese ser, mensajero de Irene, en quien reside la esperanza de una sociedad que la historia ha relegado.

Un No lugar común

Por: Nelly Pérez Zapata

*“Una noche entre sus brazos, le escuchaba a un sabedor de la Cábala: si tu alma gemela está con otra persona, algo parecido al karma no dejará que estén juntos en esta vida. Explicaba que éramos almas viejas encontrándose, conscientes de que no tendrían posibilidad de estar juntos, en esta, cual fuera la vida. Cerré los ojos, me aferré a su alma, le di un beso de amor profundo y lo entendí, jamás podríamos ser libres.
—Nepeza, 2020.*

Las mujeres tenemos un no lugar común donde se encuentran nuestras almas, el dolor. El dolor que producen los otros en nuestras cuerpas, el dolor que decidimos sentir por el solo hecho de respirar, el dolor que nos suscita el quedarnos, el irnos, el dolor que está preñado de consecuencias al defender una o varias ideas de modelos políticos autoimpuestos, el dolor a parir, hijos, escritos, el dolor del no parir y el dolor físico que genera mantener la sonrisa.

Al pensar en ese no lugar que determina nuestras vidas, aparecen unas mil respuestas en mi cabeza y en la cabeza de tus colegas que se pasean entre descalificativos y aprobaciones, unas darían una ovación a tus sentimientos, otras los tirarían a la caneca. Esos sonidos repetitivos, como un perfecto soneto, sería algo así, pero sin ritmo: tú como Sujeta tienes la capacidad de decidir sobre tu sentir, límpiate las lágrimas y sigue tu camino, porque tú sabes que hemos venido a este mundo a sufrir, decide, dónde y cómo hacerlo. Ya hemos encontrado la respuesta en una conversación con tinto de quinientos pesos en la calle —servido por una mujer— ¿Entonces?, ¿qué hacer?, ¿es que alguien

prestó atención a las mujeres que nos antecedieron?, ¿qué procuraron enseñarnos?, ¿las escuchamos? ¿o es que acaso no nos alcanza la vida para aprender las lecciones? y vuelvo a meterme en el caracol de los calificativos negativos que alimentan el dolor, la ira, la desilusión.

Para ilustrar el no lugar, optaré por hacer un inventario de experiencias de este gran avatar llamado MUJER.

Desde pequeñas —y esta idea la tomo prestada de mi médica de infancia— la conciencia del dolor se alimenta poco a poco a través de nuestras experiencias, por ejemplo cuando el organismo es atacado o se lesiona, sientes inmediatamente una molestia localizada en ese lugar de tu cuerpo que se vio afectado por una coalición externa, que no es más que lo que sientes cuando caes de la bici de la abuela —una popular panadera con cobertura de óxido—, o cuando eres abusada sexualmente por alguien de tu casa, al cual querías tanto que nunca creíste te podría hacer daño, ese daño que ocasiona dolor de múltiples maneras.

Seguimos inventariando experiencias de vida que se relacionan con el dolor, como la primera menstruación, los cólicos abdominales siguientes, la inflamación de nuestras vaginas al ser penetradas por primera vez, el ya no te quiero adolescente, los golpes que recibes en la vida adulta, por no tener estabilidad económica, ni emocional, sumados a los insultos y lecciones de un macho violento que te van convirtiendo en hada madrina del dolor, que fuera de ser brillante, tornasolada y esperanzadora, está hirviendo de sangre, ira, culpa, miedo, frustración o depresión, incrementando tu resistencia al dolor. Hoy a tu mediana edad tienes un récord de experiencias que se entiende cuando se siente en tu cuerpo, en tu mente, en tu espíritu.

Nosotras como buenas mujeres vamos encajonando en la mente, el estómago y el corazón, estos dolores, físicos, emocionales y espirituales, en el armario de donde se coleccionan nuestros pensamientos, nuestros sentires. Esos que no deben ventilarse en lo público, pues a los ojos de los hombres con derechos, tu no lugar en el mundo no es su problema, ellos son esos otros, quienes habitan los lugares de manera desalmada

y no tienen la obligación de empatizar con lo que sientes, con lo que piensas; y si logras decir lo que te aqueja, encontrando refugio y backup ante tu situación. Quizás pase por el hecho de que eres una mujer de mediana edad, que puede tener acceso a un grupo de estudio, terapia o aquelarre social donde te escuchan y puedes gritar por la tan anhelada libertad de momento, al encontrar un lugar transitorio de seguridad — los privilegios de clase persisten, debemos ser realistas—.

Los privilegios de unas pocas me llevan a pensar en las mujeres y la guerra, una no se puede separar de la otra, como diosas danzan la marcha del dolor, alimentando múltiples decálogos que se recrean cada noche en forma de pesadillas; y no es algo que se me dé, que se te dé exclusivamente, pues encontramos múltiples símiles de este sentimiento en la literatura, la violentología, los libros de viaje y hasta en el Rin Rin Renacuajo —que mi madre me leía de bebé—, historias que muestran claramente los roles de la mujer y su no lugar en las sociedades, donde las mujeres dirigen la apertura del primer acto, llamado el cuidado, que se ubica en una esquina, en una finca, en las iglesias, en las cárceles, en la calle, donde ocurre el daño, plegando o transformándose en un segundo y tercer acto de llanto, sufrimiento, melancolía y resignación .

Hemos de ver que su actuación se centra en garantizar el teatro de quienes van a la guerra, los héroes, los mártires, los próceres. A quienes garantizamos el desarrollo del hombre guapo, ario y blanco que defenderá con honor los principios de la patria, o al mulato, candente, sexy, trabajador que reivindicará su ascendencia a través de la consecución de una curul en las instancias de poder político. Esos son precisamente los no lugares del dolor, donde lo público es de ellos y lo privado es de nosotras, donde llorar es permitido para nosotras, donde el dolor es válido solo si es físico y si se puede calmar con acetaminofén o naproxeno.

Quisiera terminar estas ideas sueltas del no lugar llamado dolor, decir que se puede, que salimos de esa oscuridad, pero no lo haré, porque precisamente por eso es común, sobrepasa nuestras intenciones

individuales de superarnos y las colectivas de apoyarnos. Sin embargo, sí creo que las mujeres aprendamos a caminar más livianas, asumiendo cuando y cuanto tenemos que sacrificar para mermar el dolor en el músculo del corazón. A mí me funciona amar sin esperar que me amen de vuelta, acallando los pensamientos, cambiando de piel como las serpientes, mirando a la montaña para decirle a mi negra interior: cálmate, respira, sanar te lleva por caminos escarpados donde la confrontación desgasta, ámalo sin esperar su amor de vuelta. Así, sana mi alma ¿Cómo lo hace la tuya? ¡Ánimo, tú puedes!

Sin título

Por: Marcela Hackerman

La vida de mamá siempre estuvo rodeada por la violencia, nació en el campo, en una vereda retirada de Armero, cuando los liberales y los conservadores se enfrentaban a muerte. Su infancia quedó marcada por las constantes huidas de su padre hacia las montañas para evitar morir atropellado por una volqueta como muchos otros que para la época llamaban bandoleros. Como casi todos sus hermanos y hermanas, tuvo que salir del campo y del pueblo por la ausencia de oportunidades, para ellos la ciudad nunca fue la promesa de un futuro, era tan solo la única manera de sobrevivir.

Mamá no alcanzó a ver la firma del Acuerdo de Paz, desde la tranquilidad de nuestra casa, lo anhelaba, cómo no, sí vivió siempre para otros, para su convulsa familia en los primeros años en Bogotá, para mi padre en el inicio de un matrimonio que le enseñó como a muchas otras mujeres que la violencia está encarnada en el hombre que se supone es tu compañero de vida, para mi hermana menor por quien sentía una compasión ciega que trasladó irremediabilmente a su nieto. De manera inexplicable, toda la vida nos rodeó de amor, de compañía, como si la violencia que otros y que la misma vida ejerciera en ella se hubiera convertido en una muralla que impedía que nos alcanzara; para nosotras anheló un futuro y lo construyó a partir de cada pequeño paso que daba, decisiones que no siempre se comprenden, pero que gracias al tiempo y la distancia cobran sentido.

Aun así, ¿qué sentido tiene ser víctima de un feminicidio, perder la vida a manos de tu propio nieto? Mi sobrino, hijo de mi hermana menor,

fue el niño que acogí en mi hogar, uno hecho con esfuerzo y trabajo para nosotras tres, madre, hija, sobrino. No tengo una respuesta y tal vez nunca la encuentre. La vida me ha obligado a transitar un camino bien diferente a partir del asesinato de mamá, ahora tengo algunas certezas y un trayecto empinado para explorar, mientras que el camino que queda atrás ha sido inevitablemente el encuentro con una violencia de la que poco hablamos o de la que tenemos poca consciencia, una serie de actos y cotidianidades construida por todos como sociedad y alimentada por los fenómenos del narcotráfico, el paramilitarismo y el conflicto interno junto con la ausencia del Estado.

Una niña que crece en un hogar en el que la madre le teme a su esposo, no por golpes físicos, sino por los golpes del corazón como ausencias prolongadas, mentiras, gritos, imposiciones y engaños, se convierte en una adolescente inestable, quien aprende de su padre que la ira aleja a todos y así nadie la puede cuestionar, que su verdad es única y quien la contradiga no está con ella, sus palabras casi que por una desafortunada herencia paterna se tornaron agresivas e hirientes, sus ausencias, sinónimo de angustia y dolor para mi madre; fuimos muy inocentes al creer que algo cambiaría debido al divorcio. Pero mi madre que apenas pudo trabajar siete años porque mi padre no se le permitió, tuvo que seguir cargando con esa hija vulnerable, iracunda e inconsciente, mientras se preocupaba por nuestro día a día.

Ese panorama construyó en parte el origen del asesino de mi madre, un embarazo adolescente, un bebé sin una gestación sana en el medio de una familia fracturada. El semestre no terminó a tiempo por cuenta del paro y aquella madrugada, yo aún estaba en casa, sola con ella, así que el sentimiento de hermandad y mi arraigada fe en la vida me llevaron a salvar un recién nacido que hasta ese momento supe que existía, ¿cómo intuir que diecisiete años después, ese pequeño bebé, mi sobrino, cortaría el cuello de su abuela con un cuchillo?

Las certezas que mencionaba anteriormente pueden ser pocas y sin embargo tan importantes para construir la paz propia y transmitirla

a quienes nos rodean. Dichas certezas surgen de los últimos años que compartí con mi madre y del camino transitado en su reciente ausencia. El silencio puede ser necesario en un principio, así como la rabia, el dolor profundo e inexplicable, la amargura o el resentimiento, después hay que trabajar día a día por desterrarlos del corazón, hablar, narrar, relatar, contar, pintar o expresar como sea la experiencia que vivimos, nos permite encontrarnos, ser soporte o apoyarnos en otros. Hacemos parte de una cultura que promueve el chisme, la envidia y la criticadera. Alimentarlos es una práctica tan natural que terminamos por desconocer la fuerza negativa que redundaba en cada uno de nosotros.

Con mamá, por ser un territorio conocido y amado por mí, emprendimos bajo mi guía y su entusiasmo una alianza entre libros y películas que nos llevó a compartir un sinnúmero de conversaciones, caminatas y cafés alrededor de temas que nos atraviesan como seres humanos e inevitablemente nos cambian la perspectiva. Abandonamos los prejuicios y nos hicimos llamados constantes a la compasión y al reconocimiento de las necesidades de los demás. No creo que sea la única manera, pero transformar la mirada hacia los otros y volcar en ella lo mejor de nosotros mismos es definitivamente sentirnos con mayor benevolencia.

Hay aspectos que aún no logro comprender e imagino que hacen parte del camino empujado del que hablaba, porque siempre habrá días más fáciles que otros. Uno de mis retos es transformar la mirada hacia mi hermana menor y mi sobrino, a pesar de que ambos cerraron la puerta de la verdad. En todo caso, me siento profundamente agradecida, porque la muerte de mamá representa claramente una oportunidad, esta búsqueda y este trasegar no serían los mismos si a través de su amor y de su entrega incondicional, ella no hubiera forjado la mujer que escribe hoy.

Historias sobre territorios



Así fue nuestro proceso educativo en La Elvira, Cauca

Por: Xiomara Martínez

Cuando iniciamos el proceso educativo en La Elvira, Cauca, éramos entre 300 y 350 personas. Estábamos muy emocionados porque era lo que habíamos esperado por mucho tiempo y por lo que muchos y muchas nos habíamos ido para el monte: la falta de oportunidades sociales, económicas y culturales, entre ellas, la educación.

El proceso inició con un tamizaje que realizaron Lucas Carvajal y Alexandra Nariño. Ellos eran los encargados de educación en la zona. El tamizaje consistía en hacer una evaluación de los saberes que tenía la persona y valorar en qué grado podría iniciar su formación educativa. Había personas que cuando ingresaron a las FARC-EP ya tenían un título universitario; otras, el bachillerato; otras, tan solo la primaria; pero en la organización aprendimos muchas cosas, obtuvimos muchos conocimientos en literatura, geografía, economía política, historia, matemáticas, química, entre otros, y era necesario evaluar ese conocimiento.

Primero empezaron a hacer tamizajes en todas las zonas veredales del suroccidente. Hicieron tamizaje en Tumaco, en Caldoño, en La Elvira, en lo que era —en esa época— Policarpa, en Planadas y en Miranda. Ese tamizaje fue diseñado y realizado en cinco zonas de las mencionadas por gente que trabajaba en Cali con el Partido, gente del Partido Comunista y que eran unos magos para eso. Era un censo y el tamizaje. En el censo quedó especificado: hay tantas mujeres, hay personal de tales y tales etnias, la gente quiere esto, cómo se proyectan. Pero también decía: la gente tiene este nivel en lectura, este nivel en

matemáticas, le falta comprensión lectora —solo para poner unos ejemplos—.

Basándonos en ese trabajo y cómo realmente el trabajo de educación no arrancaba a nivel nacional a partir del CNR, Lucas, que tenía buenas relaciones con universidades, habló con varias y, finalmente, la Universidad Javeriana de Cali y la Universidad Libre de Cali entraron en acción. La Universidad Libre empezó a organizar un curso de alfabetización y un curso de comprensión lectora en diferentes niveles, todo eso estaba basado en el método de Paulo Freire y a nosotros nos gustaba mucho. Había una profesora que se llamaba Orfa —le decíamos doña Orfa—, que tenía un grupo de estudiantes y ella les impartía instrucciones y ese grupo daba clases de alfabetización; todos los materiales que ellos utilizaban los financiaban ellos y ellas: cubos con letras, juegos, cartillas, de todo. Tengo que decir que en esa época todo el mundo iba a algún nivel, dependiendo del tamizaje que habían hecho se metía en el grupo de alfabetización, el grupo de comprensión lectora.

La Universidad Javeriana empezó con el nivel más avanzado a hacer preparación para la validación de bachillerato; también un diplomado de Gestión en Diálogo Social Intercultural, Planeación Territorial y Construcción de Paz; entonces las personas que ya tenían universidad se metían en ese diplomado. Para cada persona había algo. La gente caminaba una hora para llegar a la clase, porque había poco transporte en la zona. Las clases eran en aulas que nosotros mismos habíamos hecho de lona blanca y nos conseguíamos los tableros.

Así trabajamos un buen tiempo, los profes subían a la zona con un sacrificio enorme para llegar allá todos los fines de semana. También llegó una vez el rector de la Universidad Javeriana de Cali. Él fue a inaugurar el proceso educativo en La Elvira, se puso las botas y allá estuvo. Dentro de la zona la gente estaba muy esparcida, le tocaba a Lucas y a Alexandra ir a los diferentes campamentos, repartir los libros y estar pendiente de todo el proceso educativo y de la logística.

Cuando ya estábamos terminando todo esto llegaron los del

CNR y FUCEPAZ, ya con el censo nacional de la Universidad Nacional. Llegó un grupo de diez personas, los compañeros de nivel nacional con el Consejo Noruego para los Refugiados y el Programa Arando la Educación. Entonces se retiró lo que se estaba haciendo a nivel regional. Al mismo tiempo entró la ARN (Agencia Nacional para la Reincorporación y la Normalización) y empezó a hacer un trabajo como de caracterización y de registro de toda la gente que estaba en la zona. Ya no se podía prácticamente llevar a cabo ninguna actividad donde no estuviera la ARN.

El Consejo Noruego nombró, con las FARC, un encargado por zona, que nombró gente cercana a la organización. A pesar de todo esto fue muy difícil el proceso logísticamente, pero también en términos de contenido de la educación.

Después de una larga discusión, se había acordado un sistema de etnoeducación y era una educación que ya habían probado en otros lugares y en las zonas del Pacífico habían tenido buenos logros; pero en la zona no cayó tan bien, porque efectivamente era muy centrado en las comunidades del Pacífico.

La gente indígena, la gente campesina, incluso la gente negra — que no éramos del pacífico— teníamos una desventaja muy grande con ese programa. Y no solamente eso: era muy diferente, si lo comparamos con lo que estaba haciendo la Javeriana, la Universidad Libre y el Voluntariado de Paz, que eran estudiantes de la Universidad del Valle, de la Universidad Javeriana, Icesi, Autónoma, Libre, Universidad Nacional de Palmira, Universidad Santiago de Cali y Universidad Cooperativa; bajó mucho el nivel educativo, por no decir enormemente.

Con ellos durante la validación del bachillerato mirábamos de todo: Filosofía, Geografía, Ciencias Sociales, Biología, Historia, Química, Física. Cuando llegó Arando la Educación no estudiábamos nada de eso y uno notaba, cuando la gente terminaba o salía del programa, que fueron muy pocos —no recuerdo bien cuántos empezaron en la zona— pero al terminar el proceso terminamos unos diez o doce compañeros y

compañeras.

Hubo un problema logístico muy grande con el Consejo Noruego. Ellos después de que terminaron el primer ciclo educativo tenían problemas para firmar la financiación desde el Ministerio de Educación —la burocracia de siempre—, la gente esperando en la zona, desesperada por estudiar: entonces yo me inscribí en un programa virtual y me fui para otro lado.

No se caía en cuenta de que, entre más se esperaba, la gente se iba saliendo del proceso educativo, porque la gente quería empezar a hacer algo y esperaron muchísimo tiempo para arrancar. Cuando hablo de muchísimo tiempo me refiero a dos o tres meses —cada que terminaba un ciclo—, y a veces hasta cuatro meses, y el próximo semestre otra vez en las mismas y que no llegaban los materiales.

Prometieron materiales, sillas, tableros y finalmente llegaron, pero llegaron tarde, no había ya alumnos para recibir los materiales y quedaron como cuatro estudiantes. Entonces, lo que empezó como un proceso masivo en la zona —yo diría que con el 95% de las personas— terminó siendo con unos cuantos, y en este momento ya no hay casi nadie en La Elvira.



Foto por: Niomara Martínez

ASOMUJIGUA
(Asociación de Mujeres de la Cuenca del Río Jiguamiandó)
MUJIREM
(Mujeres de Jiguamiandó, Resistencia y Resiliencia)

Por: Kelin Paola Sánchez Posada | ASOMUJIGUA

La cuenca del río Jiguamiandó se encuentra en el Chocó, departamento donde históricamente se han impuesto modelos económicos fundamentados en la extracción de los recursos naturales. Estas prácticas han puesto en riesgo el territorio y sus comunidades por el fuerte impacto en el medio ambiente, al tiempo que generan ganancias económicas que no han sido reinvertidas en el departamento, dejando a las poblaciones sumidas en la pobreza. La cuenca de Jiguamiandó ha sido víctima desde siempre. Ni el Estado, ni los grandes proyectos de extracción, ni la población en medio de su actuar desmedido se han interesado en cuidar y proteger el territorio. Un lugar donde la violencia sociopolítica ha sido el medio para apoderarse de los recursos y las tierras.

El conflicto representa las tensiones constantes por el control del territorio y se fundamentó en sus riquezas. Las memorias de resistencias de las comunidades relatan la llegada de proyectos extractivistas. Desde la llegada en el siglo XVI bajo el régimen colonial esclavista, nuestros pueblos afrodescendientes han venido gestando procesos de construcción de comunidad y cultura, que les han permitido tejer una identidad y una memoria colectiva propia en territorios americanos. Es así, como elementos esenciales del territorio habitado ancestralmente por poblaciones de Jiguamiandó, como el río y las relaciones que social,

política y económicamente se tejen alrededor de él, han posibilitado además de prácticas de subsistencia basados en la pesca, la caza y la explotación de maderables a escala menor, la gestión de una identidad arraigada en el elemento del agua desde sus narrativas, expresiones artísticas y dinámicas sociales.

En el año 2000 el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (INCORA), adjudicó 54.975 hectáreas al Concejo Mayor Comunitario de la Cuenca del Río Jiguamiandó territorios colectivos. Alrededor de 200 familias hacen parte de este concejo comunitario, ubicado en el municipio del Carmen del Darién, en la región del bajo Atrato, en el departamento del Chocó.

Bajo titulación colectiva sigue siendo azotada por el flagelo de la violencia que ha dejado secuelas aún no tramitadas entre las comunidades de Jiguamiandó, quienes no han podido ejercer sus amplios legítimos derechos a dicha titulación colectiva. Desplazamiento forzado, asesinatos de líderes y lideresas, violaciones sistemáticas a los derechos humanos, implantación de monocultivos son algunos de los problemas que el conflicto armado y la explotación de los recursos dejan instalados entre las comunidades y territorios de Jiguamiandó. A pesar del recrudecimiento de la violencia, desde 1997 hubo un grupo de personas autodenominados “Los olvidados por la Patria” que decidieron mantenerse en el territorio, reclamando los derechos otorgados sobre los mismos—los resistentes del territorio—.

Nuestras comunidades se reconocen de manera consciente como grupo étnico afrodescendiente, con unos derechos, una identidad y cultura propios, configuradas por un conjunto de prácticas, valores, creencias y conceptos sobre lo que son y les rodea. Dentro de dichos conceptos se encuentra especialmente arraigado al del territorio, que va mucho más allá de una cuestión geográfica, y se inserta todo lo que les permite, junto aquello que les rodea.

Habitantes afrocolombianos y afrocolombianas habitantes del río. Campesinos y campesinas preocupados por obtener el buen vivir y

bienestar de su gente y de la etnia que nos vio nacer y alimenta cada día.

Asociación de Mujeres de la Cuenca del Río Jiguamiandó (ASOMUJIGUA)

Debido a lo anteriormente mencionado, siendo una de las grandes necesidades de organizarnos como mujeres para seguir luchando por nuestras vidas y territorios. Ya que, como mujeres emprendedoras y resistentes debido a tantas violencias de diferentes ángulos y la gravedad del desplazamiento, es una de las principales determinantes, no solo de la grave situación socioeconómica actual, sino también, de la transformación de la estructura social comunitaria, de la pérdida del tejido social.

La firma de los Acuerdos de Paz con la desmovilizada guerrilla de las FARC-EP, se convirtió en una esperanza para las comunidades de vida y paz de la cuenca de Jiguamiandó de todo el Chocó y la Colombia profunda. Dentro de esta dinámica, Jiguamiandó, que históricamente fue territorio con fuerte presencia de las FARC-EP ha recibido a las y los excombatientes que habitan actualmente en nuestra población.

ASOMUJIGUA es una organización que está formalizada y jurídicamente constituida, se creó con apoyo del señor Willinton Cuesta Córdoba, un gran líder social; él cual realizó un recorrido por las 12 comunidades de Jiguamiandó: Puerto Lleras, Pueblo Nuevo, El Ovo, Centro Jigua, Urada, Verjel, Bracitos, La Laguna, Nueva Esperanza, Caño seco, Bella Flor y Santafé.

Vimos la importancia y la necesidad de organizarnos para así hacernos notar fuertes a nivel del gobierno nacional e internacional. La asociación fue creada el 21 y 22 de octubre de 2017 en el corregimiento de Puerto Lleras. Somos 188 integrantes y 7 mujeres que hacen parte del proceso de reincorporación.

ASOMUJIGUA le apuesta a la construcción de paz territorial, a la convivencia y a la reconciliación. Las diferentes asociaciones nacidas

desde las iniciativas comunitarias han recibido el reto de formular y ejecutar proyectos que llegan a Jiguamiandó. La Asociación de Mujeres con el apoyo del Concejo Mayor, las organizaciones de bases, y —cabe resaltar también— el acompañamiento de instituciones nacionales, internacionales y organizaciones de la economía solidaria, que han podido asumir dicho reto.

Esto ha permitido que poco a poco se vaya reconstruyendo el tejido social y empoderamiento comunitario colectivo, desde el trabajo constante con él y para el territorio; enfocado en la recuperación del ecosistema y el desarrollo de cada una de las personas que lo habitan.

Coplas de Mujer y Territorio

Por: Noelia Paz | ASOMUJIGUA

Buenos días para todos
yo los quiero saludar
pa' los que no me conocen
Mí nombre es Noelia Paz.

En Jiguamiandó yo vivo
con humildad y respeto
por eso es que en este
día tenemos agradecimientos.

Jiguamiandó es una cuenca
que ha sido muy maltratada
por eso es que no queremos
seguir siendo engañadas.

Poesía a la vida

Por: Noelia Paz | ASOMUJIGUA

El desplace fue tristeza
para muchos fue alegría...
para los que no lo vivieron
no saben lo que es la vida.

Antes del desplazamiento
vivíamos con dignidad
es por eso que hoy queremos
que nos dejen trabajar.

Mi nombre es Noelia Paz
ya con esto me despido
y es por esto que hoy les pido
que se acuerden de este río.

Miradas

Por: Cindy Paternina Arcia

Después de tres años volví a mis correrías por la Costa Caribe colombiana. Buscaba un descanso, un refugio, una despedida ante la cercanía de mi viaje fuera del país. Los primeros días transcurrían tranquilos, entre la playa, el río, el camping. Nada fuera de la normalidad de la mochileada.

Un par de días después me moví a un lugar cercano. Junto con un par de amigos decidimos acampar a orillas de Río Ancho. Este es un pequeño poblado de La Guajira, como a 10 minutos de la sensación del turismo en los últimos años: Palomino. Dudo que la extensión de Río Ancho supere las tres o cuatro cuadras. A diferencia de su vecino cercano, no hay rastro de turismo más allá de unas cuantas casas bien organizadas con pinta de ser refugio de algunos visitantes en temporada alta. Por lo demás, nada fuera de lo normal de un pueblo de la costa colombiana: calles empolvadas, una iglesia, un pequeño parque y un calor cercano a los 40 grados.

A la orilla de la carretera, la troncal que comunica a Santa Marta con Riohacha, está la parada para ingresar al pueblo. En la esquina de la calle principal una tienda, la más grande de todo el lugar, en la que nos detuvimos para abastecernos de comida. Mientras mis amigos compraban, me quedé afuera sentada en una de las sillas que había en el lugar. De frente me quedó un hombre. Lo saludé, pero no le di mayor importancia a su presencia. Era joven, trozo, blanco y con una mirada fija. Me miraba todo el tiempo y, a veces, los movimientos de mis amigos. Preguntamos si el río estaba lejos y nos dijo que no. Se ofreció a llevarnos en moto, pero le dijimos que preferíamos caminar. Nos adentramos en

el pueblo y antes de media hora ya estábamos a la orilla del río. Días después salimos con la intención de conocer y comprar algo de comer. Fuimos hasta la carretera y de nuevo llegamos a la tienda. Otra vez la mirada sobre nosotros, pero ahora no de uno sino de dos sujetos que se encontraban alrededor de la mesa. Una mirada incisiva. Me sentía escudriñada, amenazada. Tenía la certeza de que lo sabían todo sobre nosotros. También en nuestro caso era fácil adivinar de quiénes se trataban, lo que significaba que fuesen los chicos de la esquina, los cuidadores, los observadores. Buscamos rápidamente un sitio donde tomar un tinto, también con la intención de escapar de su presencia y de su mirada.

Cruzamos la calle. Muy cerca un restaurante pequeño, nada lujoso. Un lugar que incluso me resultó incómodo por lo mal ordenado que estaba. A los pocos minutos de estar ahí otra demostración de poder. En la carretera, un perro casi es atropellado por un carro que pasó. Tendido en el piso no se inmutó ante el pito tocado por el conductor. Desde el restaurante hacíamos señas al animal para que se moviera. En esas estábamos cuando un hombre, de esos que también se camuflan en la carretera, le atinó un correazo al animal. No terminamos de sobreponernos a la impresión que aquello nos causó cuando le escuchamos decir

—Y al que no le gustó que diga.

Era más que evidente que el comentario era una amenaza para nosotros, los únicos foráneos en el lugar, los desconocidos que además hicimos un gesto de disgusto ante su acción. Después de eso nos movimos rápidamente de ahí. Decidimos que iríamos por una ruta diferente a la de la tienda de la esquina. No queríamos sentir de nuevo aquellas miradas.

Desde esa tarde no volví a dormir tranquila mientras seguimos acampando. Tuve la impresión de que llegarían a decirnos algo, a reclamarnos, a preguntarnos. Sentí que aquellos hombres podrían hacernos daño. Imagino que es un miedo alimentado por la televisión,

por las masacres, por la historia de horror que nos persigue.

Una conversación posterior reafirmó mi sensación. En la sala de su casa, en Medellín, una amiga me relató una situación similar que había vivido en el Urabá antioqueño, mientras hacía un trabajo de investigación. Se sintió escudriñada, observada por algunos hombres que sabían que ella no era del lugar. Sintió miedo de sacar su cámara, su grabadora. Solo las voces de confianza de algunos pobladores del lugar que la acompañaban la tranquilizaron.

Cuando el pueblo se quedó solo

Por: Anónima

Me gustaba mucho el sábado, el resto de semana solo era ir a la escuela y al parque que parecía triste. Solo veía a Juan preparando la tolda para su venta de dulces, las demás puertas, la del granero, la de la ferretería permanecían cerradas, la oficina de la Alcaldía igual ya no atendía. Claro que el río se hacía más vivo, con su andar marcaba un arrullo. Eso era bonito, aunque ya no había remeros ni pesca grande como cuando yo era pequeña.

El sábado era el día de mercado, llegaban carros, chivas, motos y bestias muy temprano antes de que amaneciera, en lo oscuro ya se oía la música de los coteros que ayudaban a bajar la carga. Las risas, susurros, andares de los caballos con sus jadeos opacaban el caminar del río, sin embargo, no alcanzaba a escuchar la llegada del mercado, por lo que me levanté y fui a ver.

Llegué a la esquina, todo me pareció quieto, ni el río se oía. La gente se veía en el fondo del parque en un corrillo, miraban algo, de pronto alguien gritó, llegó el llanto anunciándome el espanto de los pobladores.

—Dicen que María José, se quedó hasta muy tarde al otro lado del río— comentaba doña Leo.

—¡Cuántas veces le dije que no viniera tan tarde!— Todos sabían que ese cadáver que no quedó enterrado se alió con la Madremonte para espantarnos en la noche. Esa costumbre de María José de estar haciendo visitas tan tarde.

—¿Usted cree que era eso lo que hacía? Yo creo que ella era feliz

allá tirada en el monte haciendo lo que sabemos—.

—¿Cómo se atreve?

—Ella era alegre pero no sinvergüenza— alcancé a oír entre la tristeza.

—Tú, Juana que siempre estabas con ella, ¿qué nos dices? ¿Qué pasó anoche?

—Me dijo que no la acompañara, que se vería con el Guapo y que le llevaba maíz para convencerlo de que no se aliara con la Patasola y el muerto que deambula.

—¿Cómo así?, ¿acaso era amiga de ese de la pata seca que canta cuando hay problemas? Ella sabía que con ese pájaro no debía meterse y menos de noche. ¿Desde cuándo Juana, desde cuándo eran amigos y le llevaba maíz?, ¿por qué no dijiste?

—Siempre, siempre le llevó, por eso ella sabía que la Madremonte, esa que parece amiga y se transforma, en rama o niña y el cadáver ambulante se unirían para ya no ayudarnos. El último recurso era el Guapo, él era el único que podía avisar a los muertos.

No sirvieron los cánticos, ni el sonar de tambores en la noche, ni la quema de hierbas e inciensos, los muertos fueron tantos que ya ni las tumbas de cuerpo presente y de altar, ni las tumbas simples fueron suficientes para enterrarlos, desde entonces hubo más cadáveres ambulantes. El río ya no aumentó su caudal, no hubo más atardeceres, sólo un silencio más del día por terminar. Poco a poco todos se fueron yendo hasta que el pueblo quedó solo.

Historias de procesos organizativos



Un día de muchos, somos y hacemos paz

Por: Vanessa Manotas Carrillo | @funcrassula

Como las suculentas, tenemos una reserva que nos permite seguir adelante o subsistir, a pesar de las circunstancias. En Colombia, se venía cocinando bajo las líneas de una receta especial, el exquisito plato de la paz, pero como todo, los paladares no son uno, y así, no es general el gusto por tal. Un torrencial aguacero de ideas para emplatar, con ingredientes de enfoques diferenciales y planes de acción, que, a la larga, tenían el mismo sentido gastronómico; pero, hay que ver lo diversos que somos hasta para ser, hacer y acordar lo estable y duradero de la paz misma.

Al escuchar y leer las distintas posturas frente al tema, bajaba la mirada mientras viajaba en el tiempo, hasta recordar los últimos años noventa y todo ese despliegue de sangre, dolor, sufrimiento. Miedo era eso: miedo. Ocupaba mis pensamientos y generaba otro cúmulo de sentimientos hasta quedar lo suficientemente nublada y perpleja, algo así como inmóvil. Recordé, evidentemente, la más trágica de las escenas, en lo particular, donde confluían armas, cuerpos ensangrentados con y sin vida, ataúdes, lágrimas, muchas, y sentí eso que llaman dolor ajeno y lo convertí en el mío. De repente regresaba a la realidad y me decía a mí misma: ya pasó.

Mientras nacía esa voz interna de consolación, aparecía un mensaje repetitivo que alegaba la no justificación, en ninguna circunstancia, de lo ocurrido, y menos, la aceptación de las masivas excusas que surgían para bloquear la paz. Es que entendí que no había derecho a arrebatarle la tranquilidad, integridad, honra y vida a una

persona, a su familia ni a un pueblo entero ávido de oportunidades e indemnizaciones de todo tipo y en todo tiempo. Fue esto, entonces, lo que nos impulsó a ser actores y actrices en estos procesos.

En ese orden, se concretó la participación en los diferentes espacios cuya orientación era el bien común de los pueblos, bajo parámetros constitucionales y escenarios para nada virtuales. La realidad del campo, la necesidad económica, el trabajo de la tierra y la restitución de ésta, el valiente ejercicio del perdón y el procurar una reparación integral de la mano de la verdad y la justicia. Nos involucramos en el movimiento que llamaba a muchas mujeres por la paz, participamos en campañas en parques, calles, escuelas, manifestando que #SomosProPAZ —propuesta socializada— y tratamos de llevar de la teoría a la realidad este discurso de paz en nuestra cotidianidad.

Con la agenda llena, recordamos la importancia de involucrar a la niñez y adolescencia en estos procesos, sembrando conciencia y evocando los valores que se han establecido socialmente, para una sana convivencia.

Es así como nace Ángeles por la Paz. En el año 2016, luego de darse a conocer públicamente la propuesta de finalizar, transcurridos más de cincuenta años, el Conflicto Armado Interno entre el Estado Colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC-EP, damos inicio a esta campaña.

Para ese entonces, jóvenes voluntarias de la Fundación Crassula, tomamos como referencia el corregimiento de Cien Pesos Atlántico, al considerar que la sociedad debe involucrarse y preocuparse por los distintos procesos encaminados a construir y alcanzar la paz en los territorios colombianos.

Inicialmente, se realizó pedagogía de paz en la ciudad de Barranquilla, en barrios y calles cualesquiera, incentivando a la gente a que dijera “sí a la paz”, brindar apoyo a los acuerdos que se estaban discutiendo en La Habana, y cómo y a dónde acudir en caso de requerir más información del tema. Sin embargo, luego de que los colombianos

y las colombianas acudieran a las urnas a depositar su decisión frente al respaldo o no de los Acuerdos de Paz, y de los resultados inesperados por quienes estuvieron al frente de todo este proceso —y aún se está—, quedó un sin sabor y una angustia primaria con respecto a lo que sucedería al no ser aprobado por la mayoría del pueblo votante, el Acuerdo o lo pactado hasta la fecha del plebiscito.

Por fortuna, el proceso sentado en acuerdos para la referida construcción siguió su curso por decisión del ejecutivo, y en realidad, es algo que esta organización agradecerá siempre; no obstante, se tiene claro lo necesario de acercar otros grupos armados a la búsqueda de la paz con igualdad social, y, con fines completamente ajenos a político, burocrático y económicamente particular de quienes le impulsan.

Se había planeado realizar actividad en el mes de abril del año en curso, en el corregimiento de Cien Pesos, nuevamente, para no bajar los brazos frente al tema y así, combinarlo con otras celebraciones como el día de la niñez, sin embargo, la situación nacional y mundial nos hizo otro tipo de invitación, y estamos cumpliendo a cabalidad lo dispuesto. Lo que menos se quiere es que lo conquistado sea arrebatado, eso lo tenemos claro, y seguimos luchando por ello. Impulsándole.

Bordar para resistir

Por: Liliana Flórez

Aquella noche del 21 de noviembre de 2019, después de una marcha multitudinaria seguida de múltiples agresiones de la fuerza pública hacia los manifestantes, las personas desde sus casas salieron a las calles con sartenes y cacerolas, el objetivo principal fue extender el #21N. Durante esos días se prolongaron las manifestaciones y fue allí donde surgió la propuesta de empezar a bordar textiles con las consignas de los manifestantes y desplegarlos en las calles como símbolo de resistencia.

Los textiles han sido herramientas primordiales para la construcción de memoria. El bordado a mano es un instrumento para despertar emociones, busca reflexionar acerca de los hechos y también representa solidaridad y resistencia. Estas piezas bordadas también son un instrumento para rescatar la memoria de las víctimas. El empleo de las artes textiles como forma de protesta pública y política no es algo nuevo.

A finales del siglo XIX y principios del XX, las integrantes de los Movimientos por el Sufragio Femenino en Inglaterra y Estados Unidos aprovecharon su familiaridad con la costura y el bordado para confeccionar estandartes donde plasmaron sus consignas, pronunciaron sus denuncias, nombraron a sus participantes y rindieron homenaje a sus predecesoras.

Durante la elaboración de estas piezas textiles, cada puntada y cada respiración están dedicadas a todas las personas que salieron a las calles, y, sobre todo, a Dylan Cruz.



Foto por: Lilitiana Flórez

El poder de los pequeños pasos en la construcción de paz

Por: Beatriz Ramírez David

El relato que comparto ocurrió en alguno de los 30 municipios del departamento del Magdalena. Este es un territorio que no escapa al hecho de constituirse en una región con facilidades para los actores armados ilegales. Tener la oportunidad de trabajar en favor de las mujeres ha sido una experiencia gratificante y me ha permitido aportar a la construcción de la paz en Colombia desde lo cotidiano. La labor no fue fácil si pensamos en la cantidad de actores que tenían presencia activa.

Para poder aportar a un cambio se hace necesario conocer las costumbres y cultura de la región y los imaginarios que las mujeres y hombres tienen sobre las relaciones sociales en las ciudades, barrios y dentro de los hogares. Entonces conociendo su forma de pensar y sentir, me hice la pregunta: ¿qué puedo hacer desde la cotidianidad para dejar un cambio social en esta comunidad? Lo primero que se me vino a la mente fue el reconocimiento de la vida y la dignidad humana como valores fundamentales para aportar a la transformación. Que se dieran cuenta la diferencia que hay entre ser pobre y ser digno. Que la educación es una herramienta fundamental para el desarrollo personal y de la comunidad.

Con estas dos ideas me puse manos a la obra. Identifiqué cuántas mujeres analfabetas había en el municipio, encontré muchas, y además muy jóvenes y eso realmente me preocupó. Busqué la manera que una institución educativa pública me apoyara en alfabetizar a estas señoras que eran madres de familias numerosas. No fue difícil encontrar el respaldo y acordar un horario nocturno que fuera conveniente para

todas. Todo iba bien, pero tuvimos un impase, algunas de ellas no contaban con la aprobación de sus maridos para estudiar. Eso no fue impedimento para lograr capacitar a estas mujeres, me fui de casa en casa a hablar con cada uno de sus maridos y me encontré con el temor que ellos tenían y era el que sus parejas les fueran infieles o al momento de educarse los dejaran. Pero no era la única razón, su inseguridad también radicaba en que ellos igualmente eran analfabetas. Los invité a estudiar, pero no aceptaron, sin embargo, logré mi cometido que era el de alfabetizar a las mujeres.

La buena noticia es que logramos graduar de quinto de primaria a 25 mujeres y dos hombres; a ellos también los incluyo porque soy una convencida que el cambio social lo hacemos entre todos. Nunca olvidaré esa celebración que además bailamos muy animadamente con la canción *Bajo el palo de mango* interpretada por Diomedes Díaz. El cambio en estas mujeres es gratificante, porque cuando educas a una mujer cambias su hogar y si educas a muchas puedes cambiar una comunidad.

También se empoderaron a las mujeres para que fueran independientes económicamente y que entendieran que su valía no dependía del apellido de su marido. Así las cosas, varias de ellas construyeron sus propias casas con patios productivos —gallinas, pavos, cerdos y en algunos casos hortalizas—, y pequeños negocios entre los cuales recuerdo uno de materas y bateas —para lavar ropa y se pueden mover con facilidad donde era necesario llevarlas por la escasez de agua en la región—.

Realicé capacitaciones para mujeres, hombres y adolescentes en temas de visibilización, sensibilización y erradicación de las violencias contra las mujeres, para que conocieran sus derechos sexuales y reproductivos. Con las mujeres y hombres adolescentes trabajé la importancia de la educación y el cuidado del medio ambiente, realizando campañas de arborización en el municipio. Un tema que también abordé fue la importancia del autocuidado para el pleno desarrollo humano como ejercicio de la libertad, expresada en las posibilidades de participación.

Cuando terminé mi labor en el municipio me llena de emoción al saber que dejé un sinfín de mujeres que no dejarían que se les vulneraran sus derechos y adolescentes que tenían claras sus metas. Todavía tengo contacto con muchas de ellas y me es grato saber que esa semilla que sembré sigue dando frutos.

En mi incidencia en el municipio tuve claro que aportar a la paz de Colombia no era una responsabilidad del Gobierno de turno, por el contrario, era contribuir a la construcción de la paz de la cual nadie se siente responsable y es esa que edificamos desde lo cotidiano en el día a día. Es apostarle por esa Colombia que nos merecemos, con una sociedad civil que educa a sus hijos con el ejemplo y nuestro comportamiento y actitudes dan cuenta del cambio.

La paz se construye con acciones cotidianas, empezemos de una vez por todas.

Resistiendo desde nuestros cuerpos

Por: Angie Natalia Pérez Sánchez | @anne_1011

Es como si, literalmente, el cuerpo se ‘desenterrara’ para hablar y mostrara su capacidad de resistencia; como si lo que no hemos sabido o querido escuchar y decir desde la palabra, nos lo estuvieran diciendo los cuerpos: los restos, las fosas, las huellas de la violencia inscritas sobre los cuerpos
—Rubio y Torres

A continuación, compartiré una de las tantas reflexiones que emergieron en el marco de una investigación realizada en una organización feminista titulada “Agencia Social y Memoria Colectiva con mujeres víctimas del conflicto armado desde una perspectiva feminista”, un desafío personal y profesional como trabajadora social. La intención fue construir un escenario con mujeres en situación de desplazamiento forzado residentes en Bogotá, a fin de entrelazar historias y relatar colectivamente memorias no oficiales. Una experiencia que atravesó mi cuerpo, mi historia y mi ser:

Allí estaban ellas apalabreando sus dolores, evocando sus emociones, trayendo su pasado al presente, narrando su antes, durante y después, habitando su cuerpo y versando sus cicatrices. Ellas son el símbolo de lucha.

En mi mente aún hace eco la frase de una de ellas “la guerra nos quería muertas, pero no pudieron. Aquí estamos, vivas”.

Miles de sentimientos me inundaron y otras tantas alegrías se sembraron,

comprendí que la palabra justicia es irreal, se evapora en el aire,

pero la palabra paz en el territorio de nuestro corazón es inquebrantable.

Reconocimos duelos ya elaborados y otros nos acorralaron, se avivó la fuerza radiante al reconocerse como mujeres, madres, hijas, compañeras, abuelas, sujetas políticas y gestoras de memoria.

Abracé la palabra perdón y con ella logré despojarme, me abrigaron con su mirada y logré reflejarme en ellas.

Sus relatos se confabularon con los míos de manera sincrónica, fuimos cómplices y con ello, solo quedaba ampararse en su fortaleza, mientras nos sosteníamos y resistimos desde nuestros cuerpos.

Y allí estaba junto con ellas, apalabreando mis dolores, evocando mis emociones, trayendo mi pasado al presente, narrando mi antes, durante y después, habitando mi cuerpo y versando mis cicatrices.

Percibiendo así, mi cuerpo como carne y como superficie de escritura, logrando hacer las paces conmigo misma, con quien era. Su poder se propagó y terminé investigándome a mí misma, me confronté y descubrí la capacidad de defender mi primer territorio de paz: mi cuerpo. Logré liberarme de cada escenario de violencia, porque como lo dijo la lideresa de MAFAPO:

¡Las mujeres no nos rendimos nunca, carajo!

Leernos entre nos

Por: Verónica Gómez Arboleda | Club de Lectura para Mujeres Littera

“La Amistad, me parece, se construye con un pie en lo privado y el corazón, y el otro, en lo público-político del pensar... del pensar juntas. Con todo lo que esta dimensión conlleva de valores y de responsabilidades sociales y humanas”.

—Margarita Pisano.

Soy Mujer, soy Verónica y hago parte del Club de Lectura para Mujeres Littera; el club se ha convertido para mí en un círculo de confianza, gestor de encuentros y palabras íntimas que nos develan en el cruce de miradas alrededor de la literatura. ¿Qué significa leernos entre mujeres? En un sentido personal significa reconocermme como mujer portadora de un legado, de una historia ávida de encontrar un lugar inédito en mi trayectoria vital, nos leemos entre nos, desde la complicidad de una mirada, de un gesto, de un ritual, de un símbolo o una imagen.

Es el entramado afectivo lo que me permite estar atravesando una historia desde hace un poco más de diez años, que se sostiene desde un sentimiento de reciprocidad de sentidos colectivos con mis compañeras lectoras. Juntas estamos construyendo memoria, la cual no está enmarcada en una historia institucional, pues no estamos respaldadas actualmente por ninguna entidad, tampoco es una memoria académica, en tanto no tenemos la pretensión de validar nuestro conocimiento ante una autoridad hegemónica. Si bien tenemos una vocación hacia la lectura, se nutre desde la experiencia y conocimientos compartidos entre nosotras.

Leernos entre nos significa encontrar nuestra propia voz y reconocernos con múltiples rostros: amigas, hijas, madres, trabajadoras, y, sobre todo, mujeres lectoras en una sociedad que nos ha silenciado, sumándole su promoción de estereotipos de enemistad y rivalidad.

En este viaje simbólico, nos permitimos poner sobre la mesa nuestra feminidad, nuestros relatos públicos y privados, somos las biógrafas de nuestra vida. Este círculo de mujeres lectoras ha estado atravesado por la lectura de obras de mujeres escritoras, como una forma de dialogar con aquellas voces olvidadas por la literatura oficial y hegemónica de los grandes escritores. Es así como nos acercamos a una metodología de lectura feminista o gino-crítica, ya que nuestro propósito es reconstruir una genealogía de las mujeres escritoras y sostener una comunidad de mujeres lectoras de literatura de mujeres.

Nuestra intención es leernos a través de las biografías de las escritoras, de allí que hacemos un ejercicio bio-bliográfico, nos sumergimos en sus diarios íntimos, sus cartas, nos rodeamos de toda aquella escritura intimista para acercarnos a sus vidas —bios— y de esta manera, leerlas en sus propias obras —bibliográfico—. Además, desde sus personajes y líneas narrativas nos leemos a nosotras mismas, en un encuentro íntimo entre lectora y escritora nos visitamos en nuestros abandonos, silencios, recuerdos de infancia, pasiones, contrariedades y firmezas.

Hemos explorado diversas vidas y obras, cada una dejando una huella en nuestro ser de forma particular. Entre mis recuerdos están algunas que palpitan por mis intimidades, decisiones personales, tramas familiares y desamores:

—*En diciembre llegaban las brisas* de Marvel Moreno (Colombia)

—*La Cisterna* de Rocío Vélez de Piedrahita (Colombia)

—*La amortajada* de María Luisa Bombal (Chile)

—*Cerca al Corazón Salvaje* de Clarice Lispector (Brasil)

—*La habitación propia* de Virginia Woolf (Reino Unido)

Cada una de estas escritoras con su estilo personal nos llevan

de la mano con una escritura profunda que indaga en los dramas de sus personajes femeninos, es el caso de las mujeres de *En diciembre llegaban las brisas*, maltratadas por sus maridos, en una región plenamente patriarcal donde la violencia física es la clave para dominar la psique y la vida de estas mujeres, quienes se protegen con su complicidad y solidaridad.

En *La Cisterna*, una mujer encapsulada en su propia vida familiar y sin posibilidades de abrirse a un proyecto de vida propio, la escritora indaga por medio de unos bellos pasajes oníricos el inconsciente de la protagonista. También nos hemos deleitado con la escritura magistral de María Luisa Bombal, quien le da aliento a una amortajada, en esta escisión entre alma y cuerpo, Ana María desnuda sus nudos antes de dar el último despedido a quienes la observan desde su tumba y la saben muerta.

Llegamos a surcar el corazón salvaje de Joana, recorremos su vida de la mano de los acontecimientos que la han marcado: una lucha constante con la aceptación de la muerte de su padre —infancia—, la transformación subjetiva que emprende como mujer, sumados a otros duelos —adulthood—. El mar como símbolo fundamental nos acompaña a profundizar en el viaje interior del personaje a la vez que nos invita a emprender el nuestro: ¿cuántas veces huimos de nuestros propios silencios?, ¿nos hemos adentrado en nuestro corazón salvaje, con sus luces y sombras?

Finalmente, menciono el emblemático ensayo de Virginia Woolf, *La habitación propia*, el libro que ha marcado mi vida como lectora y me hizo pensar en mi independencia, en mi economía, en mi relación conmigo misma, es decir, con mi interioridad; un ensayo lleno de reivindicaciones, genealogía de escritoras y reflexión sobre la escritura que me habló muy cerquita al corazón, ayudándome a entender muchas de mis inquietudes en un momento de vida muy sensible, cuando estaba próxima a terminar mis estudios universitarios. Me despidió entonces con un pequeño fragmento de esta obra:

“Sobre todo, deberás iluminar tu propia alma con sus profundidades y trivialidades y sus vanidades y sus larguezas, y decir el sentido de tu belleza o tu fealdad tienen para ti, y qué relación tienen con el mundo vertiginoso y siempre cambiante de guantes y zapatos y telas que se agitan entre los vagos perfumes que se escapan de los frascos de las farmacias bajo arcadas de trapo sobre un piso de pseudomármol”.

Virginia Woolf, Un Cuarto Propio.



Foto por: Verónica Gómez Arboleada

Escuela de comunicaciones Victoria Sandino

Por: Angie Vanessa Álvarez Cepeda

Realizada por las mujeres del Comité de Mujer, Género y Diversidades de FARC en el NAR San José de León, ubicado en Mutatá, Antioquia. Esta hace parte de una las iniciativas de las mujeres reincorporadas para comunicar sus propuestas, actividades, proyectos y demás de interés hacia la comunidad de San José de León, compuesta por hombres y mujeres en proceso de reincorporación, familias y comunidades aledañas con las que se construye paz a diario.

Febrero de 2019.



Foto por: Angie Vanessa Alvarez Cepeda

ASMUPERIJÁ **(Asociación de Mujeres Cafeteras de la Serranía del Perijá)**

Por: Integrantes de la ASMUPERIJÁ.

Después de 12 años del desplazamiento regresamos a Conejo a ver qué podíamos recuperar de lo que habíamos dejado abandonado desde el 5 de julio del año 2000 cuando a las 5 de la mañana aparece un grupo armado con personas vestidas con prendas militares tocando las puertas de nuestras casas e invitando a una reunión en la plaza del pueblo.

Todo el pueblo muy atemorizado fue a ver de qué se trataba. Cuando estábamos allá vimos personas encapuchadas y sentíamos mucho miedo. Después de 4 horas parados y con el sol caliente nos mandaron a dar media vuelta y fue su donde sacaron a siete personas para matarlas. Desde ese momento fue muy triste para nosotras porque tuvimos que irnos y dejar toda la vida que nuestros padres con tanto trabajo nos habían dado. Desde ahí comenzaron nuestros traumas y dificultades.

En el año 2013 regresamos a Conejo cansadas de pasar necesidades en la ciudad, sin tener ni una casa donde vivir. El 17 de mayo del 2013 llegó un funcionario de la Federación Nacional de Cafeteros y nos invitó a una reunión a la que asistimos alrededor de 20 mujeres. En ella nos propusieron recuperar las parcelas y los cafetales. Fueron 6 meses en eso. En septiembre del mismo año nos legalizamos como Asociación de Mujeres Cafeteras de la Serranía del Perijá (ASMUPERIJÁ) y ahí comenzó nuestro proyecto de vida.

Esta es una asociación sin ánimo de lucro donde hoy en día contamos con la maquinaria necesaria para la transformación de nuestro producto el Café Dorado del Perijá, un café con sabor a paz, un producto

100% natural cultivado en las montañas de la Serranía del Perijá por madres cabeza de hogar, víctimas del conflicto armado. Ahora, después de tener los cultivos recuperados, contamos con registro INVIMA, código de barra y una muy buena presentación del producto. Estamos buscando nichos de mercado para poder venderlo.

Mayor información sobre el Café Dorado del Perijá contactarnos en el correo: maye210674@hotmail.com



Foto por: Integrantes de la ASMUPERIJÁ.

Poemas



Mi niña bonita

Por: Katherine Gerena | @envntiodromiv

Mi niña, despacio y no corras
aprenderás a soplar con tu boca antes de recibir el sorbo
escribirás en un diario todo aquello que te cala y concierne
reconocerás las personas que te rodean y tus familiares
por un momento conocerás el dolor y lo apreciarás
querrán hacer de ti un funjo, pero serás única.

Mi niña, ya caminas y hablas, juegas y te ríes
lloras y te hurgas aprenderás a volar sobre tu propia cabeza
llenarás tu mente de criterio y justicia
serás paciente contigo misma y amable cuando aprendas de tus errores
diferenciarás lo malo de lo bueno, el amor del dolor, el silencio del ruido
la nada del todo.

Mi niña, vivirás las ilicitudes y te llenarás de rabia
verás con los mismos ojos de las otras personas y te volverás comprensiva
sentirás lo que otros viven y serás amorosa
observarás las necesidades del mundo y te henchirás de simpatía
irás en contravía con lo esperan de ti y ese será tu primer acto de rebeldía
cuidarás de la tierra en la misma forma que lo harás contigo
y te embarcarás en un camino
producto de la dialéctica de la vida
donde lucharás ante las incoherencias sociales.

Harás de este camino el significado de tu existencia

única como efímera
para comprender tu substancia como mujer.

Mi niña, querrás a otras y conocerás el verdadero amor
conocerás a otras mujeres y sabrás el sinónimo de compañía
hablarás con otras chicas y construirás una sinceridad
Ellas te amarán por tu unidad y las admirarás
y entenderás que no puedes estar a la mesa
cuando afuera hay quienes que no tienen dónde sentarse.

No podrás pasar saliva
si todavía hay personas que no tienen qué tragar
y comprenderás que no eres del todo libre si existen mujeres
encerradas en cuerpo, alma y mente
serás una con quienes te rodean
y emprenderás el vuelo que llegará al nuevo norte
que se encuentra en el sur.

Sin título

Por: Juliana Garcés Sarmiento | @_juliana.888

A las crisis que se hacen poesía
y a aquello que nos hace seguir en pie de lucha.

Mis manos han recogido las lágrimas, los gritos, el desasosiego y los hijos
que ha parido la guerra
mi canto ha hecho eco a los innombrados, los señalados, los silenciados,
y a las almas quebrantadas que me han atravesado los huesos
mi vientre ha visto a la muerte abrazando los cuerpos en el pavimento,
en los cañaverales, en los ríos, en las montañas y en los aires húmedos
de la selva

Y es que hay cosas que se quedaron en mis ovarios, en el fondo de mis
entrañas y en el mismísimo corazón que perdona en horas de un nuevo
amanecer
las tonadas se me han ido llevando los dolores y las tristezas
hoy mis ojos observan las montañas caminadas por mis abuelas, el aire
frío del amanecer me cobija
las polillas del campo alegre hacen que los pájaros trinen, las vacas
pastan tranquilamente, hay flores naranjas y flores amarillas.

Descalza sobre la tierra camino, tejiendo susurros y palabras con
presagios de libertad
y es que son los abrazos coloridos de la gente de mi pueblo,
las resistencias de sus voces,
las risas de los niños

y los jardines que destilan esperanzas lo que me hace cantar.

Cantarme libre, cantarme ávida,
cantarme en esperanza, cantarme en colores,
cantarme dejando el alma en porvenires de paz.

20 de abril de 2020.

Patrón

Por: Lucrecia Di Santa Lucía

*“Teníamos dos opciones: estar calladas y morir o hablar y morir.
Y decidimos hablar”.*
—Malala Yousafzai

Cuándo romperé esa mortaja en vida
el mandato en la mañana,
cada mañana de café y afán
su reloj contando mis rodillas de cemento,
digi-dedos, audio-bips.

Marca, a cuánto la hora de cansancio
número dispensador medicamentos
pedazo de papel simula brillo.
Transacción de arroz, azúcar y huevos
papas que no puedo cosechar
con mis propias manos.

Ellas, un grito entre llamas
sus vestidos arden, costuras inconclusas,
dedales al rojo vivo entre
bolsillos de faldones sucios.
Yo, entre el fuego cruzado
voz de soberbia en el insulto maquillado.

Nosotras, molienda urbana

gota diaria
nuestras sienes lloran
somos tejido de mimbre que
acolcha su comodidad,
costal de cabuya de
acumulación,
Blondor Volumen 30
que cae en puntillas de tacón.
Mis horas de sueño
por sus sueños de lujo.
El Gini entre nosotras
mujeres del norte y del sur,
nos recibe la brecha
así como se arrojan muertos
a una fosa común.

Urge sanar esa grieta
a cambio quebrar el imperio
nos llama esta marcha
pieles de colores y el amor
xilófono de tonos y estaturas
polifónicas juntas al rescate.

¡Cerreemos la hendidura!
¡Cosamos juntas!
¡Brebaje, brebaje!
Dancemos esta noche
Por mujeres que partieron
Por mujeres que nos quitaron a la fuerza
Por mujeres enajenadas en el siglo
Por las que aún quedan
Las que marchan

Las que sueñan
Las que cantan
Las que labran y cosechan con sus propias manos
Las que resisten el mandato
La marca, el número, la tarjeta
la vitrina, el horario, el precepto, la moral.
Aquellas que se juntan,
se abrazan y
golpean fuerte el piso,
suelo que sus pies descalzos en caminanza
ondulan a la esperanza.

Poema al amor

Por: Azucena en Flor

Bendito sea el sentimiento
que une los corazones
entrelazando el alma
con el infinito,
y los ojos con el placer mundano.

¡Ay!, quién pudiera entender
quién pudiera comprender
la grandeza y la pureza
del amor que es don de Dios.
Que se nutre en la confianza
se hidrata en santidad
y su alimento es la verdad.

Pero ¡oh!
qué osadía la de aquellos
que en pecado y con mentiras
profanan la inocencia
que del cielo ha sido dada.

Sin título

Por: Sofía De la Hoz T.

Anhelos llenando plazas
la paz que se vislumbra se lucha
se gesta entre un sí y un no.

Tu ser que ahora se nombra, existe
barullo desde La Habana
el ellas, el todxs, nosotras que se abren paso,
pidiendo ser registradas sin la violencia que anula,
banderas, flores y gritos.

Arengas que se entrecruzan sonrientes, resuelven la paradoja
el triunfo del feminismo, enorme, en medio de este reinando indolente
que fuerza a la otra a no ser.

El triunfo de quien recuerda al mundo, que está aquí para vencer.

Cartas



Recuerdos de mi infancia: 1987

Por: MH

Correteaba las mariposas, me bañaba con el agua del rocío en los pastizales en la finquita El Porvenir, escuchaba el cántico de las aves que jugueteaban en los árboles de majaguas, Guamal que sombreaban el cafetal, fijaba sus ojos tupidos de pestañas indias en el aleteo de los colibrís, sonreía entre los piñales de papi, tomaba las flores y el rico aroma de los geranios y los alelís de mami. Caminaba descalza casi siempre, peinada con dos enormes colas o trenzas que se podían tejer en su larga cabellera que con sus cansadas manitos mami cuidaba con penca de sábila. Papi y mami siempre le abrazaban, le aconsejaban, la consentían y enseñaban sus primeras vocales a, e, i, o, u.

Papi humilde campesino, hombre de piel trigueña, en sus ojos se dibujaban ilusiones, nariz aguda, cabello indio, sus manos rústicas por el trabajo de campo, la camisa manchada del cultivo de plátano, sonrisa serena, altura 1,80 m. Ese era mi viejo, mi querido padre, mi profesor, mi primer amor. Mami mujer de baja estatura, cabello negro ensortijado y muy largo, mujer feliz, sonreía en todo momento, mi reina hermosa la que me trajo a este mundo, una mujer protectora, mujer libre de pensamiento, luchadora social junto a mi padre.

La niña, la otra niña, el niño y la otra niña, mi padre y mi madre fuimos muy, pero muy felices hasta que llegó la violencia. Vivíamos en nuestro propio espacio, no teníamos miedo, no pensábamos en la muerte, aunque ella sea una realidad que nos sigue, nadie hablaba de las torturas, a pesar de que por años esto es una práctica, no conocíamos las armas, aunque ellas son herramientas que las van modernizando y fueron utilizadas desde la era primitiva.

Yo no sabía lo que eran los huérfanos y las viudas, a pesar de que en el mundo entero todos los días ocurre, vivíamos lo nuestro; el campo, la tranquilidad, las montañas, el aire puro, los animales, la inocencia de los niños rurales, mi papi y mi mami procuraban que no conociéramos de eso para que tuviésemos una infancia sin temor. Pero no fue así, empecé a darme cuenta de que había secretos, compartimentación, política, lucha social, amenazas, asesinatos, sangre, desplazados, terror, muertos.

Qué horror, dios mío, no quiero vivir, no quiero estudiar, ¡me quiero ir! ¿pero a dónde?, ¿con quién?, no lo sé.

Un día de pronto se fue mi madre, partió a la eternidad dejando una niña acabada de nacer. Mi viejo, mi viejo agotado por el trabajo, por la edad, sin mercado asegurado para sus productos, sin transporte y a tres horas para llegar a la carretera, con sus ojos húmedos de las lágrimas que se deslizaban por su demacrada mejilla, una flor blanca sobre el féretro de mi mami, abraza el cajón y le da el último adiós a su amor del alma, se va una mujer líder comunitaria, madre, esposa y amiga, integrante de la UP.

¡Qué está pasando! ¡No soporto más! Me voy, yo me voy, a las filas de las FARC-EP.

Llegué, ahí pasé mi adolescencia, me hice mayor, me formé, aprendí a leer a escribir, aprendí muchas cosas bonitas, solidaridad, fraternidad, pero también a experimentar el dolor de perder a mi padre, el primer amor de mi vida, el ejército con máscara y brazalete de paramilitares a sangre fría tortura y asesina a mi viejito.

¿Qué me sucede?, ¿por qué tanto dolor?, ¿por qué tanta maldad?, ¿por qué a mí?

Dos años después, me informan que el ejército presentó un falso positivo.

¿Quién es? Sí, ese es mi único hermano, ¿dónde está?, ¿a dónde lo llevaron?

Nadie dio razón, lo uniformaron, le colocaron un fusil y cuando se dieron cuenta que estaban descubiertos por los campesinos, que les gritaban asesinos, lo envolvieron en un plástico, lo subieron a un helicóptero, no sabemos dónde lo arrojaron, a quién se lo entregaron o si lo enterraron.

Entréguenmelo por favor, ese es mi hermano.

Hoy en este proceso de reincorporación conservo los recuerdos dentro de mi corazón como un tesoro, a pesar de lo doloroso que ha sido para mí y mis hermanitas nadar en contra corriente con el corazón hecho hilachos, con una herida que sangra lentamente, tratando de dar forma a lo destruido, estirándonos como el elástico para alcanzar los objetivos, secándonos las lágrimas, apretando el micrófono para denunciar lo sucedido.

Aquí sigo de pie, luchando como he prometido, con las mujeres, adultos y los niños, porque lo que me enseñó mi papi, mi mami y el Partido es que no se desfallece a pesar de lo sucedido.

*ETCR Amaury Rodríguez,
Pondores, La Guajira.*

A ti, mujer

Por: Katherin Sánchez, 16 años

Te escribo reconociendo mis errores y mis victorias, dejándote conocer un poco más de mi historia. He luchado desde hace algún tiempo conmigo misma, por comentarios y acciones que han cometido personas ajenas a lo que verdaderamente he querido ser; he sido insultada, humillada y hasta casi a punto de ser derrotada, pero a pesar de todo, he podido mantener la cordura y salir pronto de ello. No hay edad exacta para ser violentada, pero ¿Sabes? tampoco para luchar. Somos guerreras desde el primer momento que dudamos de si lo que recibimos es lo correcto, lo justo o lo que merecemos, porque desde ese punto reconocemos nuestro valor, nuestra fuerza y eso es maravilloso.

Quiero que sepas que, aunque muchas no estemos, somos una fuerza, una unión y te aseguro que lo que lucho hoy por ti, por mis amigas, por mis compañeras y por mí lo vas a lograr tú también. He estado en bastantes cambios, he participado en charlas sobre género, sobre feminismo y sobre la paz. Ha sido un camino bastante extenso, incluso a mi corta edad, pero me anima pensar que cuando sucede alguna situación negativa, siempre tengo algo con lo que aportar, incluso con mis amigas. Logramos construir un círculo tan empático que cuando alguien requiere ayuda, podemos acercarnos y conseguir al menos un toque de paz en la vida de dicha persona.

Encaminarse hacia la luz cuando alrededor sólo hay oscuridad es difícil, pero cuando incluso caes y encuentras una mano, todo puede mejorar. Te cuento mi historia porque sé que en algún punto tal vez te funcione y porque me encantaría escuchar la tuya alguna vez. No dudes jamás en dar una mano, en empatizar, en conocer.

He recibido bastantes comentarios sobre “no puedes opinar, eres una mujer”, “esas cosas son para gente que sí tiene cosas que hacer”, “no vas a lograr nada” y comprendí que a veces es mucho mejor ignorar y dejar de lado aquellas energías negativas que nos rodean, hablando incluso de las personas. No hay nada mejor que reconocernos como personas libres y capaces que cuentan con la oportunidad de perdonar, de superar y de seguir adelante.

Hoy estoy encaminada a buscar mi luz, a brillar tanto que pueda conseguir ayudar a las demás y sé que tantas noches de llanto, de sufrimiento y de malos momentos van a ser una inspiración más adelante para conseguir todo aquello que queremos. Te invito a hablar contigo, conmigo y con todas, a ser partícipe de un cambio que te hará ver la vida de una manera mucho más hermosa. Eres capaz de todo, eres fuerte, eres mujer y con ello, quiero que entiendas que jamás estarás sola. Porque decidimos siempre ser, unidas.

Carta abierta

Por: Carolina Villegas Vanegas

Le escribo porque me da tranquilidad hacerlo y porque hay algo que me hace creer en usted. Creo en usted para hablar de mi tristeza o mi angustia a pesar de no poder verle. Hace un par de días quería escribirle, preguntarle por algo que me desconcierta, que no comprendo, porque cuando se presenta, me resisto a considerar que esa sea la única salida.

Como usted bien sabe, han venido sucediendo muchas cosas, algunas de ellas me han hecho sentir muy molesta porque veo en ellas las políticas impúdicas, el lado más salvaje de todo esto y me he sentido ultrajada, impactada al ver los alcances que eso tiene, la dimensión que ello toma en gran parte de nosotros, los que vivimos en este país. Detrás de esa molestia ha llegado la angustia, llega por medio de las palabras de los que día a día son carne de cañón, todas esas personas que son puestas en la escena de una guerra sin haberlo pedido, una guerra heredada por error. Esta angustia me altera hasta el llanto, porque no quiero esa respuesta para la vida, porque siento que la muerte en su forma más violenta no ha dejado de transitar entre nosotros.

Hace unos días leía en algún post que, al hablar de la propia muerte, siempre se hace de espectador, como si eso sólo pasara a través de los otros, y pensé: no quiero morir. Entienda usted que la idea de morir algún día es algo que no desconozco, pero sigue siendo difícil de aceptar, quizá por haber visto y escuchado tantas veces el lado violento del asunto.

Tal vez también se debe a que siento que aún hay mucho por hacer y quisiera participar de ese hacer y pensar en la posibilidad de una muerte cercana, es sentir que perdería una parte importante de la

vida, justo cuando me siento más dueña de ella, dueña en el sentido de poder vivirla, de estar autorizada para hacerlo con la convicción de mis propios pensamientos, de mis propios actos. Le recuerdo que no ha sido fácil llegar hasta aquí, me ha tomado mucho tiempo y esfuerzo lograr autorizarme.

Tengo que confesarle que después de sentir esa angustia he empezado a oscilar entre continuar por el camino que hemos ido construyendo y tratar de controlar todo lo que no funciona; esto último, es un intento siempre inconsciente, un empuje a resarcir los improperios que se siguen cometiendo allá afuera, obstáculos al ánimo y a la esperanza, porque déjeme decirle que han sido muchas las veces que he sentido un cansancio infinito, mientras insisto en construir espacios donde se le pueda otorgar otra dignidad a la vida que vivimos aquí. Esto me hizo pensar en un par de cosas que me tomaron de repente.

Lo primero es una frase que escuché en una clase ajena “lo que se quiere de una mujer”, la cual me llevó a formular lo segundo: cómo se supone que es la mujer que quieren los otros, cómo se supone que debe ser una mujer para ser aceptada allá afuera. Tratar de responder aquellos interrogantes me hizo sentir confundida y un poco extraviada, pues vinieron a mi mente muchas experiencias mías y de otras mujeres, por lo que finalmente decidí escribirle esta carta, esperando que usted me pueda ayudar a resolverlo. Le contaré un poco sobre aquellas experiencias.

Cuando fuimos apasionadas por nuestro quehacer y en consecuencia exigimos que las acciones se realizarán de la mejor manera posible, los otros nos respondieron mal o quisieron entrar en una especie de competencia, no con el fin de hacer las cosas mejores, sino para vernos caer. Sinceramente, nunca ha sido mi interés la competencia.

En otros momentos, cuando expresamos nuestros deseos —esto involucra también lo sexual—, fuimos calificadas de demasiado sexuales, machitos o perras. En las calles nos agreden con miradas hipócritas que juzgan nuestra sensualidad y a la vez la desean con morbo, con rabia

—debo decir que si sus miradas expresaran admiración por mi imagen, sería capaz de diferenciarlo y me sentiría bien con ello— incluso hasta el punto de acceder a nuestros cuerpos con descuido, como si contaran desde siempre con el derecho a hacerlo.

Entonces he revuelto a más no poder mis pensamientos. Acaso para ser querida o aceptada allá afuera y que los otros no se sientan mal —impotentes, apocados— ante nuestra presencia, debemos actuar sumisas todo el tiempo, sin exponer nuestro pensar, nuestro querer, quedándonos atrás, de un modo pasivo, siempre a la espera de un lugar cualquiera que nos ofrezcan y tomarlo sin chistar. No, no lo entiendo, ¿usted lo entiende?

Aún no tengo respuestas y espero que usted me pueda dar alguna o al menos, ayudarme con algunas palabras a construir una, quizá una respuesta entre los dos pueda resultar mejor. Sin embargo, me adelanto a afirmar que eso no es estable, se cae todo el tiempo y no es posible de sostener. Por mi parte, quiero ser alguien que habla de lo que le gusta sin temor a que el otro se incomode por ello, que le gustan los adornos tanto en los vestidos como en las palabras. Quiero ser alguien con la posibilidad de hacer su propio dinero, pagar sus propias cosas y que pueda ayudar a otros con él cuando le plazca.

Quiero ser alguien que siga sintiéndose capaz de construir espacios para sí misma y para otros, donde se pueda crear. No sé si todo esto valga para otro, pero para mí lo vale todo. No puedo esconder la incomodidad que me causa esa idea de convertirse en una mujer para los otros, para recibir su aceptación, pues considero que debería ser más importante que cada mujer se hiciera mujer para ella misma, para su propia aceptación.

Siento ansias de saber qué piensa acerca de todo esto. Déjenme saberlo a través de sus palabras, sólo le suplico, no me pida someterme otra vez, no me pida callar, no me pida dejar de pelear por cosas que me importan, porque si para usted ser una mujer es algo de eso, quiero tener la opción de no ser mujer para ninguno.

El Sistema Dominante Cambia de Color como el Camaleón

Por: Eliana González

Yo nací en 1953 en mitad del siglo pasado. En Colombia para esa época predominaba el feudalismo, los campesinos trabajaban la tierra como aparceros, terrasgueros, mitaca, intercambiaban días de trabajo por semanas de una finca a otra. En esa época empezaba o comenzaba la industrialización en las grandes ciudades, es como aprovechan la mano de obra barata producto del desplazamiento forzado por la violencia que se ha vivido en Colombia.

Todavía en esa época la mujer no era reconocida como ciudadana, porque para la mujer no existía el documento de identidad, no tenía voz ni voto, el trabajo de la mujer no era reconocido por nadie, empezando que cuando la madre quedaba embarazada lo primero que decía el padre era:

—Que sea varón para que lleve mis apellidos y tenga derecho a la herencia y sea el que manda en el hogar. Si es mujer solo va a servir para cocinar, para parir hijos y para todas las labores de la casa.

No tenía derecho a la educación ni siquiera la primaria —sólo servía, según la historia para barrer, lavar, buscar la leña, el bastimento como la yuca, plátano y criar sus hijos—, porque el hombre por ser hombre no tenía que ver con la crianza de los hijos, no sabía preparar un tetero, cambiar un pañal, era tanto el machismo que había hombres que ni siquiera consentían a sus hijos.

Cuando yo rompí con ese esquema y decidí ingresar a la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia FARC-EP, encontré que se pensaba en la igualdad de derechos de hombres y mujeres, aunque todavía había muchos rasgos machistas, y fue muy difícil, para escalar al

mando y tener responsabilidades, pero por lo menos había un comienzo. Me llené de esperanzas y de ganas de seguir en la lucha por los derechos de todos los integrantes de la organización y del pueblo en general.

Hay que decir que cada día que pasaba en la confrontación contra el enemigo de clase se iban mejorando las condiciones de vida de todos y todas integrantes de este movimiento guerrillero, que trabaja incansablemente por lograr arrancarle al Gobierno el derecho a la vida, a la salud, a un empleo digno, la vivienda, la educación y la seguridad y prosperidad para toda Colombia.

Ahora con el Proceso de Paz se sigue todavía en la lucha política que son las mismas ideas de bienestar, fraternidad, igualdad y beneficios para toda una comunidad. Se han encontrado cantidad de barreras frente al Proceso, se sigue la guerra sucia contra el enemigo interno, asesinatos selectivos contra los líderes sociales como son los reclamantes de tierra, líderes estudiantiles y sobre todo hay una estigmatización contra las mujeres lideresas.

Entonces sigue siendo muy difícil la lucha de clases, el Gobierno todavía sigue dándole cumplimiento al Plan Cóndor que es donde se resuelven los problemas sociales a plomo, pistola, desaparición forzada, falsos positivos, destierros, cárcel y torturas. Ese es el panorama que se vive en Colombia donde no hay garantías de seguridad para nadie.

Un fraterno abrazo a mi pueblo querido.

Pondores, La Guajira

Sin título

Por: Elizabeth Rodríguez Rodríguez.

Estimada Elizabeth,

Espero te encuentres muy bien, quiero contarte que me siento inmensamente orgullosa de ti, de tus logros y capacidades, eres realmente maravillosa. Recuerdo que de pequeña te encantaba soñar despierta y siento que hoy siendo adulta aún no pierdes ese maravilloso don de ser niña, sin perderte por completo de la realidad, es también importante conservar esa niña interna que nos ayuda a encontrar y conservar nuestra esencia.

Eres una mujer admirable, llena de sueños y anhelos en tu corazón; sé que en algún momento de tu vida vas a realizar todo eso que deseas. Te admiro en verdad pues eres una mujer que ama y que quiere ver a su familia siempre unida a pesar de la distancia.

Sabes que la vida no es color de rosa, lo has vivido, lo sientes; pero también logras salir de apuros que a todas las personas alguna vez nos puede tocar; a pesar de las dificultades y todo aquello que te aflige estás de pie ante la lucha y sigues perseverando por lograr objetivos, por mantener la esperanza viva, latente y contigo, a tu lado, ardiente y constante.

Mi guerrera ahí estás avanzando aún si tienes miedo, aún si te sientes insegura sigue, porque eres mujer, eres valiosa, eres perfecta siendo tan imperfecta, ¿sabes por qué? Porque todas tenemos grandes defectos, pero cada ser humano en el mundo tiene el poder de cambiar y ser mejor, mejor con los demás, con empatía, tolerancia, solidaridad y resiliencia.

Hermosa Elizabeth quiero que pienses que todos somos ángeles;

que veas en cada persona que llega a tu vida un ser angelical, sí con su forma de ser, busca siempre lo mejor de aquellos que te rodean; te aseguro que así tendrás más paz en tu corazón y reconocerás más fácilmente tus formas interiores, serás más consciente de tus sentimientos, ya sea de alegría, felicidad, miedo o ansiedad y entonces sabrás manejarlos y de esta manera comprenderás mejor lo que los demás pueden necesitar realmente de ti, sin necesidad de perderte tratando de retener cariños o amores pasajeros.

Cada mujer tiene su propia esencia y sabe dejar huella donde llega, es única e irreplicable en su forma y expresión, es así como se distingue, como también se identifica con otras y se apoya o toma ejemplo de vida.

Escribí este pensamiento para ti y para todas aquellas mujeres que día a día le dan la cara a la vida y se la disfrutan, con sus subidas y bajadas, con sus tantas estaciones y trancones, para todas, este pensar de amor profundo y leal que cada una tiene:

*En las nubes te veo,
en las noches te siento,
el amanecer te escucho
y en el día te leo.
Como fuego brilla tu sonrisa,
tu alma al sol me llevo,
en mis hojas te escribo,
y te vivo leyendo.
En el aire tu perfume huelo,
en la brisa coquetear te veo,
susurrando la alegría,
cual aurora al cielo.*

Medellín, 30 de abril de 2020.

Laberinto sombrío

Por: María Camila Beltrán Suarez | @mariacamila.bs

De: Una Mujer Vivaz

Para: Una sociedad hostil

Me adentro en la aventura de escribir esta carta sin un receptor fijo pero innegable, a quien invito a centrar su imaginación en cada palabra que he escrito con sutileza para enviar un mensaje. Pues bien, he estado caminando en las calles de una ciudad fría y efímera, a fría me refiero a la indiferencia de las personas y sus rincones por los cuales me he encontrado en peligro cada día al transitarlas.

Estas calles, que parecen un laberinto sin salida, con muchos caminos, la mayoría cerrados y solo uno correcto, pero con su complejidad para hallarlo y liberarme. Liberarme de esas personas que me ponen en lucha constante con mi ser, por eso transito de prisa y muchas veces corriendo por estas calles, hay personas desconocidas que me persiguen y otras conocidas que desean hallarme.

Me persiguen, una y otra vez, en cualquier momento me pierden de vista, pero me asusta un hombre, él, siempre me encuentra, no creo reconocerlo. Estoy atemorizada y recuerdo que estoy en las calles de la indiferencia por ello decido tomar un medio de transporte, por suerte logro perder a ese hombre ¿Quién carajos era?

Bien, la suerte no duró mucho tiempo, hoy veo en muchos hombres el rostro de aquel que me perseguía y me cuestiono que hay en mí para que estos hombres lleven su vista a mi ser. Entonces, encontré la respuesta, soy una mujer que resiste en una sociedad patriarcal en la cual hombres creen tener su poder sobre mí, por eso a diario veo sus

expresiones faciales despreciables de deseo y dominio.

Hoy, sigo sin encontrar la salida del laberinto en las calles, cada día me siento insegura, con temor a no lograr escapar como logré hacerlo en el asecho de un hombre desconocido. Así, como él, me he topado con más hombres, pero lo que más causa terror es la indiferencia de las personas que han logrado evidenciar el peligro en el laberinto y no me guían a liberarme del riesgo cuando tránsito de prisa.

La viveza de mi ser brota en mi cotidianidad para confrontar y resistir al riesgo del eminente peligro de una ciudad fría. Aquella ciudad que me mantiene en lucha constante para que mi vida no sea efímera al transitar sus calles con sujetos indiferentes.

Con amor, se despide una mujer que solo ha logrado transmitir su conocimiento a comunidades vulnerables pero que se ha visto amedrentada una y mil veces por hombres que desean callar su sensatez por medio de hostigamiento y acoso en las calles que se tornan en un laberinto sombrío.

Cuentos



Tigre, el cerdito guerrillero

Por: Victoria Sandino Simanca Herrera

Tigre era un marranito guerrillero que parecía más un perro y se comportaba como perro. Fue adquirido con la intención de ser engordado con el sobrante de comida que siempre queda en la unidad, pero desde su llegada, al parecer estaba dispuesto a demostrar que su comportamiento era distinto al de un puerco cualquiera.

Como es costumbre en la guerrilla, se tienen animales que se consiguen para consumir o para trabajar: cerdos, mulas, caballos, gallinas, etc. Casi siempre se establece una relación muy cercana con cada uno de ellos, se les cuida con esmero, les ponen nombres, les bañan y se les trata con cariño. Como el marranito era pintado, alguien comenzó a llamarlo Tigre. Al notar que le llamaban por un nombre y que además este atendía, la comandante advirtió:

—No se pongan con tanto consentimiento que luego salen con que no lo quieren sacrificar y termina perdiéndose en algún apuro.

De todas formas, Tigre comenzó a ser integrante de la unidad guerrillera. Al salir de marcha, alistaban todo y lo echaban a continuación de la vanguardia, a tal punto que se acostumbró y en cuanto veía que se subían los equipos al hombro y miraba movimientos, de una, Tigre salía a la marcha.

En los entrenamientos militares era materia de preocupación para quienes les tocaba camuflarse y mimetizarse porque en la realización de las maniobras, Tigre salía con el primer grupo y por más que lo echaran para que no delatara el sitio, no se retiraba, permanecía haciendo bulla. Si lo dejaban amarrado, el grupo siguiente lo soltaba para que fuera con ellos, y claro, en cuanto Tigre sentía la emboscada o

les olfateaba, comenzaba a hacer bulla y delataba su ubicación.

En el campamento tenía siempre su caleta construida de hojas, con un costal como tendido y un impermeable de cobija. Lo bañaban a diario, su dormitorio solo olía a puerco limpio. En las noches no se iba a dormir hasta que no fuera alguien a llevarlo a su dormitorio y cobijarlo. Tarde se levantaba para orinar y si el guardia no estaba pendiente para de inmediato tapanlo, comenzaba a hacer bulla. Si llegábamos con él a una vivienda, espantaba a los animales de la casa (perros, gallinas, puercos, mulares, cabalgares, vacas, etc.); tenía un instinto de cuidar el espacio. Así pasaban los días de Tigre, al tiempo que se convirtió en un enorme lechón.

En una oportunidad en que tuvimos un operativo militar, comenzamos a movernos por parajes de difícil acceso. Él se trasladaba sin ningún problema, contaba siempre con la ayuda de toda la guerrillerada para alzarlo si era necesario. En una de esas marchas nos cruzamos con otra unidad que llevaba consigo a Tita, una puerquita mona; los animales descansaron juntos mientras almorzamos. Luego cada unidad continuó las respectivas marchas.

Nos desplazamos en sentido contrario, marchamos alrededor de tres horas. En medio del cansancio por la jornada construimos los dormitorios de tránsito, pues al otro día continuábamos la marcha. El primero que se acostó fue Tigre, estaba muy cansado, al momento roncaba con su ronquido de puerco. La llamada fue de madrugada para alistar menaje. Hacia las 05:00 el oficial de servicio dio el parte de la noche y comunicó preocupado que Tigre no estaba en su caleta; alguien en tono burlón comentó:

—Seguramente se desertó.

Todos soltaron la risa. La comandante ordenó en tono impaciente:

—Mande a buscarlo, seguramente aguantó frío y debe estar metido en alguna caleta.

La impaciencia se explicaba por la necesidad de salirle a la

marcha como estaba previsto, pero luego de una hora no lo encontraban y se pasó de los comentarios chistosos a la preocupación. Algo le había sucedido a Tigre, nunca se había alejado del campamento y menos después de una marcha de todo un día, así que tal vez se levantó a orinar y como habíamos subido unos barrancos feos, era posible que se hubiera rodado. Pero lo buscaban por todos esos sitios y no había ni rastros, tampoco la guardia comunicó novedad alguna, nadie escuchó ningún ruido aparte de los sonidos naturales de la noche.

Hubo que aplazar la marcha, reforzar el aseguramiento por varios lados, porque algo había pasado con Tigre y con la presencia del enemigo cerca, había que estar muy alerta. Hasta ahora no había rastros de rodada o cacería de algún animal salvaje o algo parecido. Toda la unidad guerrillera se encontraba consternada por la desaparición de Tigre. Varias exploraciones habían salido y regresado sin resultado alguno. Hacia el medio día llegaron Daniela y Lisandro de la unidad que nos habíamos cruzado el día anterior.

Con sus rostros iluminados por el sudor, sus miradas pícaras y una sonrisa a punto de estallar en carcajada, trajeron la noticia de que Tigre había amanecido en el campamento de ellos, haciéndole visita a Tita. El muy descarado se había devuelto y bajado por unos peñascos en los que la guerrillerada debía incluso saltar. Efectivamente, se encontraba a tres horas de distancia. Al comando que lo trajo le tocó cargarlo en las partes feas. Regresaron el día siguiente.

Cualquiera pensaría que las guerrilleras y guerrilleros estaban molestos con Tigre por retrasar la marcha, por hacerles devolver y remolcarlo. Por el contrario, el ambiente era de fiesta y complicidad: Tigre se la había jugado por el amor. Violó el Reglamento de Régimen Disciplinario por irse a ver una puerquita que conoció en la parada del almuerzo. Cuando les contaban a quienes no estuvieron presentes en el hecho, no lo podían creer. No podía ser, tal vez, si fuera un perro, hubiera podido hacer todo eso, pero Tigre era solo un puerco.

Abuela

Por: Engie Lorena Hernández López

Érase una vez —si así empiezan todas las buenas historias—, en un pueblo muy lejano de esos sacados de cuentos de hadas, pero más real que el que te rodea en este instante. En este pueblo lleno de colores y de historias, se encuentra una hermosa abuela de esas santandereanas de raza mandaca, pequeñita menudita de una belleza inigualable, de esas que solo quieres abrazar y no apartarte de ella. Está meciéndose en su hamaca, recordando su pasado y sus propias historias cuando se acerca su nieta, la más pequeña e inocente y con sus ojos llenos de curiosidad le pregunta:

—Abuela ¿qué es la paz? —ella gira su cabeza y mira a su nieta.

—¿Dónde escuchaste esa palabra?

—Solo la escuché.

—Mija voy a empezar por contarle que la paz es tan compleja que uno no se imagina que solo se escriba con tres letras, pero tan simple que no se busca afuera, se busca dentro de sí.

—¿Cómo así abuela?

—Le contaré un poco de mi historia: viví en una casa campesina llena de colores y rodeada de guayabas, ¿qué le puede dar más tranquilidad a uno? Vivía feliz en un pueblo donde la guerra se escuchaba lejana y para mí, mi mundo no trascendía más allá de las calles del pueblo. Mis padres eran diferentes a los de mis amigos, ellos se amaban, se daban piquitos todo el día.

—¡Guácala abuelita!

—Son piquitos de amor, de esos que poco se ven, mija. Mi vida era la más feliz, hasta cuando mi viejo se enfermó, sufrí demasiado, pero

más cuando él simplemente dejó de respirar y abandonó este mundo para unirse con Dios.

—¡Oh! Qué triste abuelita, y eso ¿qué tiene de paz?

—Mucha, déjame continuar, más adelante te explicaré. Al año murió mi madre de mal de amores, así se llamaban en esa época, y yo quedé a la deriva en manos de mis tías. Ellas no eran las más queridas, pero eran lo único que tenía, ¿y sabes? Nada de eso me quitó la paz, seguí conservando mi sonrisa y el recuerdo de lo feliz que fui con mis padres.

Luego al crecer me fui sola para la capital, con la ilusión de conseguir un hombre tan bueno como mi padre y un matrimonio tan lindo como el de mis viejos. Unos amigos de la casa a donde llegué me presentaron a un hombre muy apuesto, parecía bueno, solo me dejé llevar y conocerlo fue muy agradable, tenía una historia parecida a la mía y quizás por ello se sembró en mí el amor.

—Abuelita, ¿por fin encontraste paz?

—Eso pensaba yo, pero no fue así. Pasaron los años y no era el hombre que imaginé, era grosero, pero bueno, esa es una historia para cuando estés más grandecita. La vida con él no fue fácil, pero eso tampoco dejó que mi paz se esfumara, seguí luchando por ella y no me arrepiento. Pasaron los años y luego decidí seguir mi camino. Viví cosas maravillosas junto a tu madre que llegó en el mejor momento de todos, y aunque no podía cuidarla como ella hace ahora contigo, fui la más feliz con cada una de sus sonrisas. Ahora soy vieja y solo me quedan recuerdos unos buenos y otros malos, pero sobre todo historias que te puedo contar y con las cuales te puedo enseñar.

—Entonces, ¿qué es la paz, abuela?

—La paz para mí, es estar tranquila contigo misma. Es que aunque el mundo afuera sea una completa tormenta, el sol brilla en ti. La paz es perdonar a todo aquel que te hace daño, pero sobre todo perdonarte, sanarte y seguir el camino de la vida, sabiendo que atrás dejas muchas montañas llenas de lodo, pero también muchas cumbres alcanzadas donde has visto el sol en su más grande esplendor, y sabes

¿qué es lo mejor de todo?

—¿Qué abuela?

—Que por más vieja que estés aún te esperan muchas montañas más.

Si pensabas al empezar a leer que esta era una historia de fantasía, solo te recuerdo que la realidad es más mágica que cualquier cuento de hadas.

La paz está en ti, lucha por ella.

Papel de lago de pesebre

Por: Mayo

Cuando sea sirena y me salgan por fin escamas y cola y aletas, no me llamés con canto de ballena varada, no voy a dar coletazos en esos vasos de cristal que usas todos los días, el del perfume, el del whisky y, ese, la copa de cristal gigante de helado. Prefiero quedarme a nadar en esos líquidos de mar amniótico y explosiones de latidos, esa agua de algas mezclada con azufre.

Entre las olas ladrando como perro, mis tímpanos se distorsionan y en vez de escuchar que me llamaban por mi nombre, escuchaba Ana María o Eva María. El primero me molestaba y daba patadas en la panza, el segundo no. Espero la conversión como los católicos con las hostias de la misa, solo puedo sentirme sirena cuando me pongo mis medias de pescados, pescados por los hilos, o cuando meto mi cabeza en la poceta repleta de agua lluvia serenada, y puedo sentir micro desmayos acuáticos acompañados de burbujas que se ven y suenan a Pink Floyd, no sé si sentirme sirena o si reina, como me dice la nea de la cuadra, cada que paso con la cara morada por la esquina, el cabello me queda crespo y me siento como la crespita que te fumaste a las 4:20. Seca y pescada.

Toda mi piel sabe a sal, no solamente mis lágrimas o mi sudor, las tetas ya no me dan leche, si no agua con gas, con muchas burbuuuuuuuuuuuuuuuujas, mi ombligo es un coral, mi vagina una medusa y mis piernas, solo son piernas cuando vos me tocas y se convierten en anguilas eléctricas. Pero tengo cola, que no es de caballo, ni de cabello, una cola para barrer el agua, para nadar y para rascarme. Las colas se rascan ¿no sabías?, ¿entonces de dónde crees que sale el color tornasol?

Los caracoles me esperan ansiosos, fríos y viscosos con ganas de ser devorados por la sirena con delirios de Débora Arango. ¿A quién engaño, sirena? Saben que soy una rana. Mairana, la que hace 20 años olvidó croar.

Recuerdos de mi barrio

Por: Carmen Idalia Cetre Mosquera

Omaira una niña que había nacido en un poblado llamado Todos los Días, en el Pacífico Colombiano, amaba la naturaleza, el estudio, los oficios de la casa como lavar harta ropa en la quebrada con niñas y señoras que le ayudaban a torcerla, ¡ah! y jugar con sus amigas a la lleva, libertad, estatua, yeimy, etc.

Los vecinos ayudaban en el cuidado de ella y otros niños y los guiaban, a ella le encantaba cuidar de sus animales de corral, a menudo le tocaba llevar y traer comida y otros elementos de las casas vecinas, igual que a otras niñas y los domingos a la iglesia religiosamente.

Así transcurrió gran parte de su vida, hasta que llegó al grado 9° de bachillerato y coincidió con una fecha inolvidable para ella pues celebró con bombos y platillos sus 15 años, rodeada de sus padres, familiares, amigos y sus compañeros de estudio; sobre todo recuerda su vestido rojo de maxifalda y su diadema de plata ¡se sentía como una verdadera reina! ¡Ah! y la fiesta fue hasta las 3:00 de la madrugada ¡waw, waw!

Recuerdos De Mi Barrio



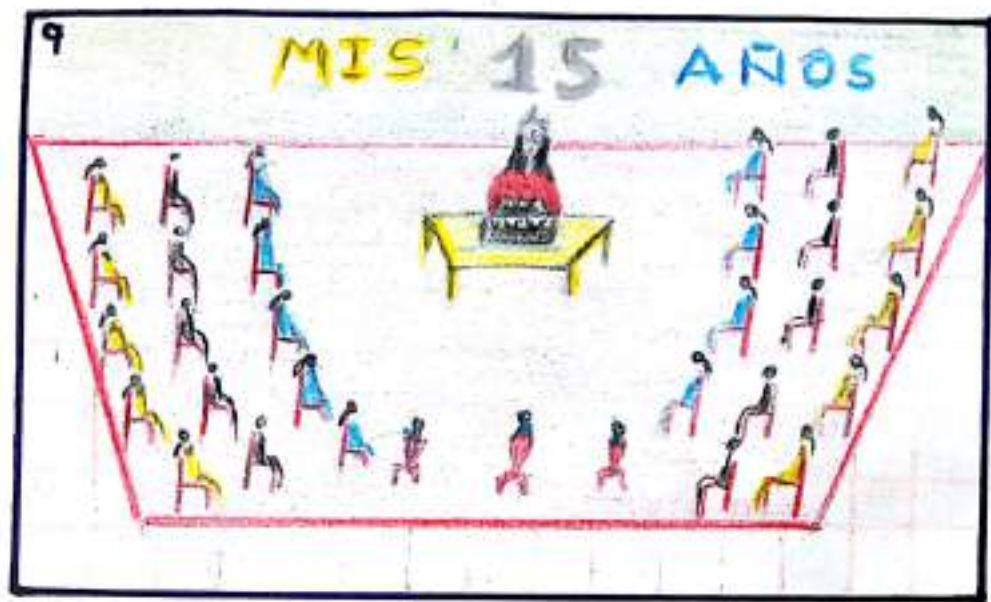
Omaira una niña que había nacido en un poblado llamado "Todos los Días" en el Pacífico Colombiano, amaba la naturaleza, el estudio, oficios de la casa; como lavar harta ropa en la quebrada con niñas y señoras que les ayudaban a forcearla; ah, y jugar con sus amigas; "la lleva, libertad, estatua, yeymy, etc."





Los vecinos ayudaban, en el cuidado de ella y otros niños y los guiaban, a ella le encantaba cuidar de sus animales de corral, a menudo le tocaba llevar y traer comida y otros elementos de las casas vecinas, igual que a otras niñas y los domingos a la iglesia religiosamente





Así transcurrió gran parte de su vida hasta que llegó al grado 9º de bachillerato y coincidió con una fecha inolvidable para ella, pues celebró con "bombos y platillos" sus 15 años, rodeada de sus padres, familiares, amigos y sus compañeros de estudio; Sobre todo recuerda su vestido rojo de masifalda y su diadema de plata, se sentía como una verdadera reina! ah, y la fiesta hasta las 3 de la madrugada, waw, waw //

Un cielo para volar

Por: Jency Calderón

El cielo tiene sus propias rutinas ...
No son fijas, estáticas o predecibles.



Son tal como es él.
Relampagueantes, soleadas, nubosas, sorprendidas.

A veces se despierta muy temprano.



Otras veces, prefiere no madrugar.



Hay unas noches en las que se pone muy oscuro para desatar la imaginación.



Contadoras de historias | Somos Movimiento

Y otras, en las que canta para arrullar un sueño.



A veces y sin explicación amanece opaco y perezoso.



Y en el mismo día, al cabo de un instante, le resplandece el sol.



Así como hay otros días, en los que se pone bastante molesto y gruñón.



Pero así mismo, genera sus propios momentos de contemplación.



Y existen otros días especiales, en los que el cielo, se dispone para la interacción, para el juego ... o para un amor.



Reseña



El acto de escribir como sanación

Por: Carolina Hidalgo | *La Jugada Popular*

“Los cuerpos y la escritura tienen ambos las huellas de la memoria”.
—Sandra Lorenzano.

¡Acto de presencia! La novela *En breve cárcel* (1987) de la escritora argentina Sylvia Molloy reflexiona sobre la escritura del cuerpo como una “cámara de ecos” donde dialoga la memoria personal y la memoria familiar. Nelly Richard sugiere que el testimonio de una sola persona es dicente de una sociedad. Esta historia teje la vida de una escritora que exorciza su pena de amor en su único oficio, la escritura; se ha separado de su pareja y esto le regresa a una introspección sobre su vida. Decide aislarse en su cuarto de hotel y regresar a sus recuerdos. A medida que el relato autoconfesional avanza, la protagonista nos entrega pedazos de su piel en sus letras.

¿Es el acto de escribir un acto de presencia? Molloy nos incita con sus puntadas de imágenes literarias a una conversación con un pasado presente y un futuro incierto; en ellas desentraña la violencia familiar, el desequilibrio emocional, las rupturas sentimentales en la complejidad de una triada lésbica; la escritura como encarnación del dolor y la dignificación de este. El acto de escribir es el umbral para liberar, añorar, suturar las heridas que no alcanzan a cerrarse. Es la reconstrucción de una identidad femenina fracturada por la violencia, tras el frenesí voluntario de despojarse para la escritura, la narradora nos confiesa que: “Encerrada en este cuarto todo parece más fácil porque recompone. Querría escribir para saber que hay más allá de estas cuatro paredes; o para saber qué hay dentro de estas cuatro paredes que elige,

como recinto, para escribir” (Molloy 2003, 12)

¿Se puede hablar de escritura femenina? Claro que sí, no necesariamente acentuando condicionamientos biológico-sexuales, sino recreando otras perspectivas de subjetivación de aquellos seres humanos que palpan sus muñones, dislocaciones, cicatrices para recuperar la memoria, sufriente a las irrupciones del rechazo y el olvido. Para recuperarse a sí misma, se necesita de una acción voluntaria y contundente. La escritora personaje aunque le resulte confuso describe que:

Se mira en lo que escribe, en lo que acaba de escribir. Así leía: para distanciar, no para vivir mundos; la lectura era tan cerrada como su vida. En los libros veía representaciones, actitudes que luego imitaba en sus juegos con plena conciencia de la duplicación: ella era ella imitando” (Molloy 2003, 31)

La invitación de esta novela es a entrar en una intimidad transgresora, no se trata de la escritura silencio sino de la acción consciente de sanarse a sí misma, solo posible metiendo la mano a la llaga y suturando la infección del olvido. Es la propio metarrelato construido de a pedazos, textura por textura, dejando ver los cocidos a plena luz de la dignidad. Nelly Richard en su ensayo sobre *Masculino/femenino: prácticas de la diferencia y cultura democrática* reitera que en la literatura más allá de que sus cultores sean hombres o mujeres, lo más importante es generar creativamente sentidos transformadores del universo simbólico establecido. En su novela Molloy no sólo nos lleva a reconocer esos límites entre la violencia y el deseo, también las exigencias que conlleva una escritura consciente desde el cuerpo. Cada vez la protagonista observa sus manos para identificarse: amante, escritora, provocadora, perversa... su cuerpo es el libro de la vida.

Ilustra la paz





La paz

Por: Alejandra

La paz para mí es cuando no tenemos conflicto con las demás personas. Cuando estamos compartiendo la felicidad, nuestro cariño, nuestro amor por las demás personas y nuestros familiares. La paz para mí también es lo que expresamos con mucho amor y cariño esas personas que nos respetan y también nos tienen mucho amor y humildad. En la Paz están los valores que son:

- Humildad
- Respeto
- Cariño
- Amor

Son uno de los que tenemos que tener en presentes en la paz, esos 4 valores principales.

Pondores, La Guajira

La paz

La paz para mí es cuando no te names conflicto con las demás personas
cuando estamos compartiendo la felicidad por nuestro cariño, nuestro amor
por las demás personas y nuestros familiares lo paz para mí también
es lo que expresamos con mucha amor y cariño esas personas que
nos respetan y también nos tienen mucho amor y humildad en la
paz es tan los valores que son

- #Humildad
- #Respeto
- #Cariño
- #Amor

Son untes de los
que tenemos que
tener en presente
en la paz esos 4
valores principales

PAZ

Amor



ATT: Alejandra

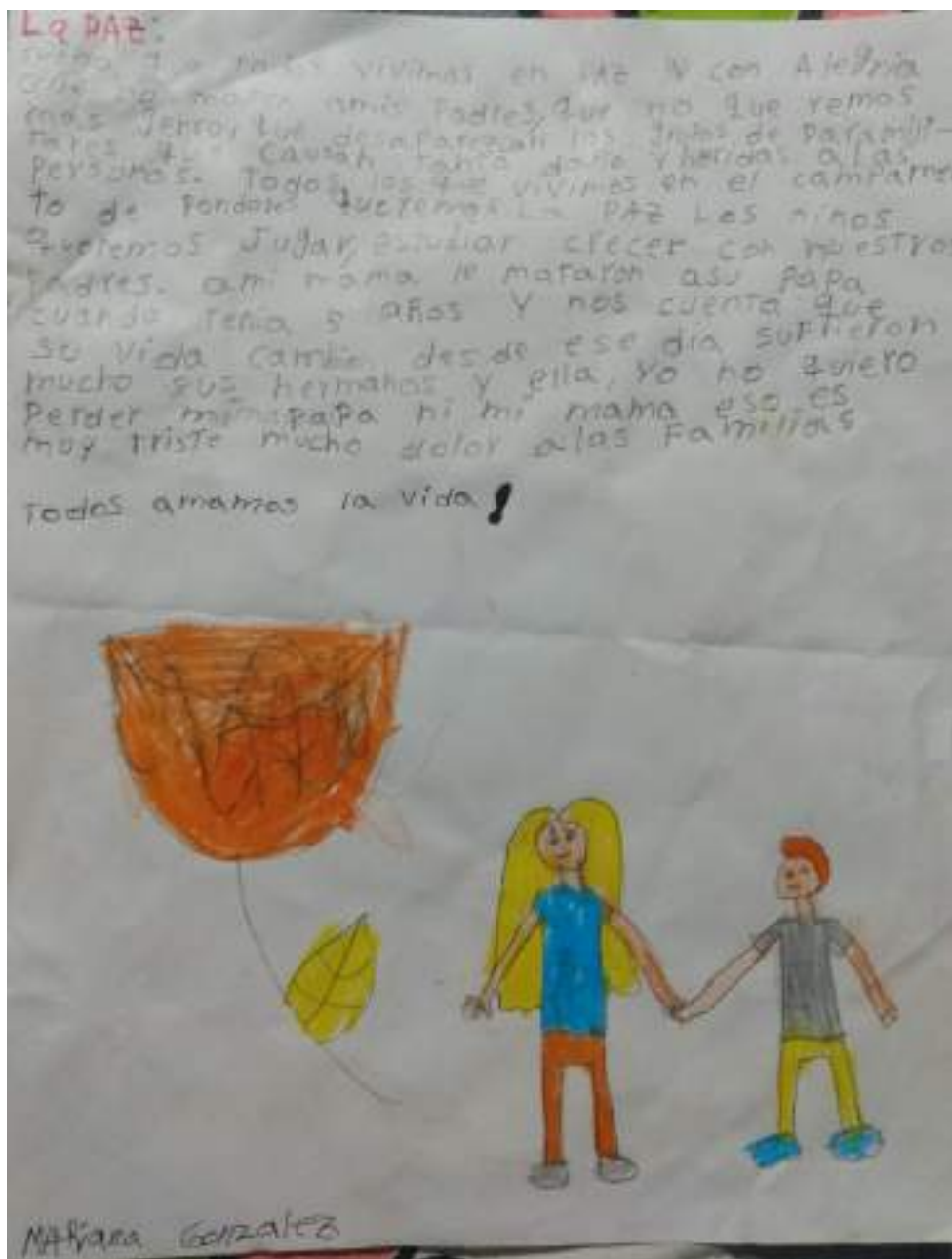
La paz

Por: Mariana González

Sueño que todos vivimos en paz y con alegría, que no maten a mis padres, que no queramos más guerra, que desaparezcan los grupos de paramilitares que causan tanto daño y heridas a las personas. Todos los que vivimos en el campamento de Pondores queremos la paz. Los niños queremos jugar, estudiar, crecer con nuestros padres. A mi mamá le mataron a su papá cuando tenía 5 años y nos cuenta que su vida cambió desde ese día, sufrieron mucho sus hermanos y ella, yo no quiero perder a mi papá ni mi mamá eso es muy triste. Mucho dolor a las familias.

¡Todos amamos la vida!

Pondores, La Guajira







La paz

Por: Alejandra González

—La paz para mi es que dejen en armonía a los guerrilleros, que ya no existan más muertes que olan tanto dolor. Que juntos construyamos la nueva Colombia, llena de oportunidades para todos y todas, donde todos vivamos en armonía y que ya no se asesinen más a los campesinos, líderes sociales, ni a los guerrilleros.

—La guerra solo causa más muertes, tristeza, dolor y llanto quiero que mis padres nos críen, que sus cabellos se tornen blancos de viejos, que no los asesinen por haber sido guerrilleros porque todos queremos la paz.

—Que a los guerrilleros que firmaron el acuerdo de paz no los sigan asesinando.

Soy hija de excombatientes que estando en el ETCR no han podido acceder al proceso de reincorporación porque el Gobierno cerró las listas y a mis padres los dejó por fuera, hoy no sé cómo irá a ser el futuro de ellos o de la familia.

Pondores, La Guajira

La paz

- La paz para mí es que dejen en armonía a los Guerrilleros que ya no existan más muertes, que alivie tanto dolor. Que juntos construyamos la nueva Colombia, llena de oportunidades para todos y todas, donde todos vivamos en armonía que ya no se asesinen más a los campesinos, líderes sociales ni a los Guerrilleros.
- La guerra solo causa más muertes, Tristeza, dolor y llanto, que así que mis padres nos critiquen que sus cabellos se tornen blancos de viejos que no los asesinen por haber sido guerrilleros, porque todos queremos la paz.
- Que a los Guerrilleros que firmaron el acuerdo de paz no los sigan asesinando.



Mrs. Alexandra Gonzalez

La paz

Por: Ramón

La paz es creer en el amor, no generar conflictos por querer, para mí la paz lo dice todo es amor, querer y adorar a las demás personas: A mi familia, mis vecinos, todas las personas.

Pondores, La Guajira

La paz

La paz es tener en el amor no tener dividido por tener para no la paz
no dice todo, es amar, querer y adorar. A los demás por amor. El, mi familia,
mis amigos, y todos los miembros de la comunidad







La paz

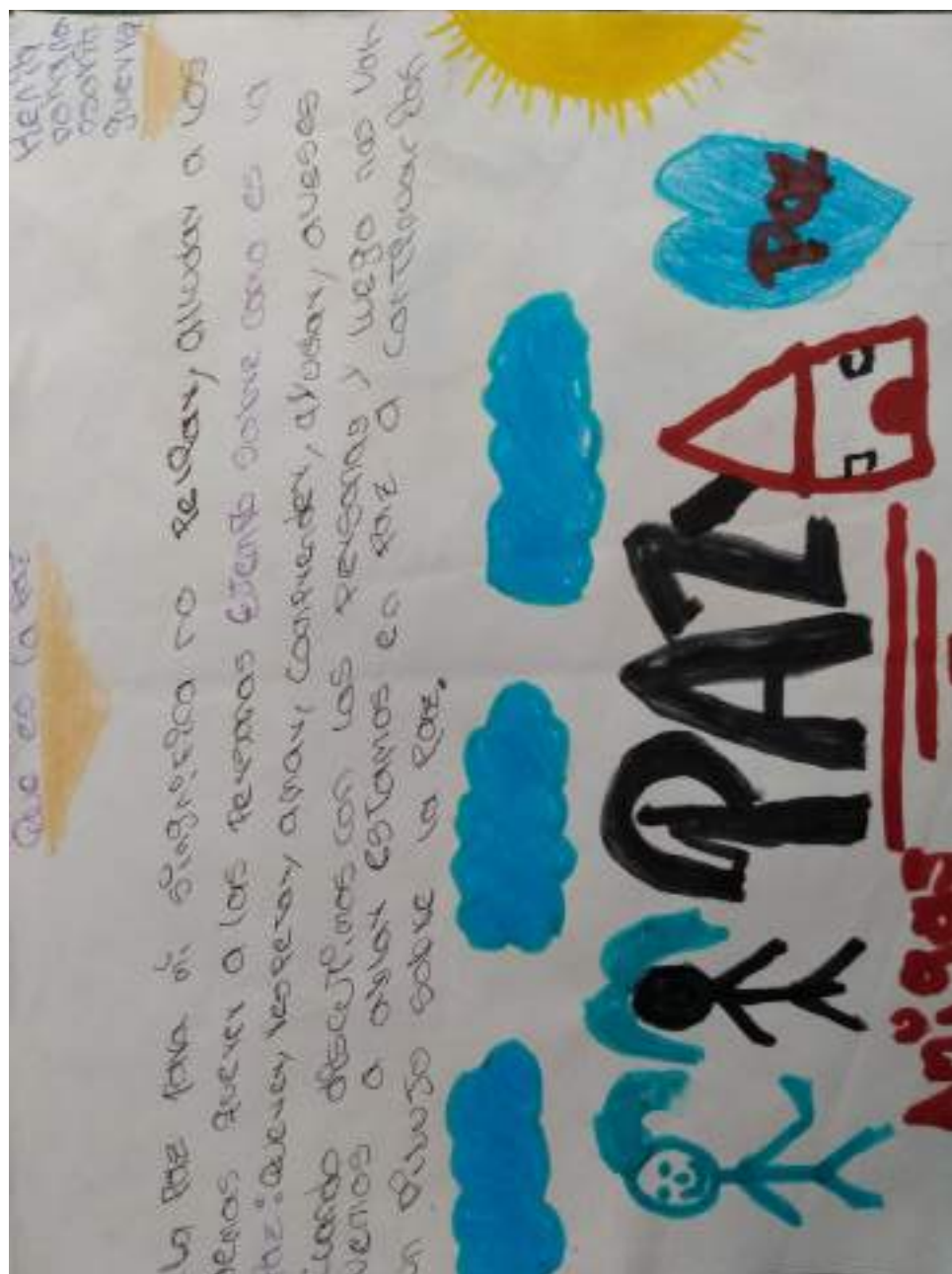
Por: Renia Johana Orozco Guerra

La paz para mí significa no pelear, ayudar a los demás, querer a las personas.

Ejemplo sobre cómo es la paz: Querer las personas, amar, comprender, ayudar, a veces, cuando discutimos con las personas y luego nos volvemos a hablar estamos en paz.

A continuación, un dibujo sobre la paz.

Pondores, La Guajira



La paz

Por: Yóselin H.

Pues para mí la paz es un sentimiento que busca unirnos con confianza, amor, igualdad y que nos mantienen en tranquilidad ya que todos queremos ese gran sentimiento agradable. Me gustaría que ese hermoso sentimiento se esparza por todo el planeta y en cada rincón de cada lugar. No más conflictos, ni peleas, ni rencores y tampoco envidia, eso no nos ayuda en absolutamente nada y aprendamos a vivir en tranquilidad, amor, amistad y en paz.

Pondores, La Guajira

La paz.

-que para mí la paz es un sentimiento que busca
unidos con confianza, amor, igualdad y que nos
mantenga en tranquilidad. Yo que todos queremos
ese gran sentimiento agradable.

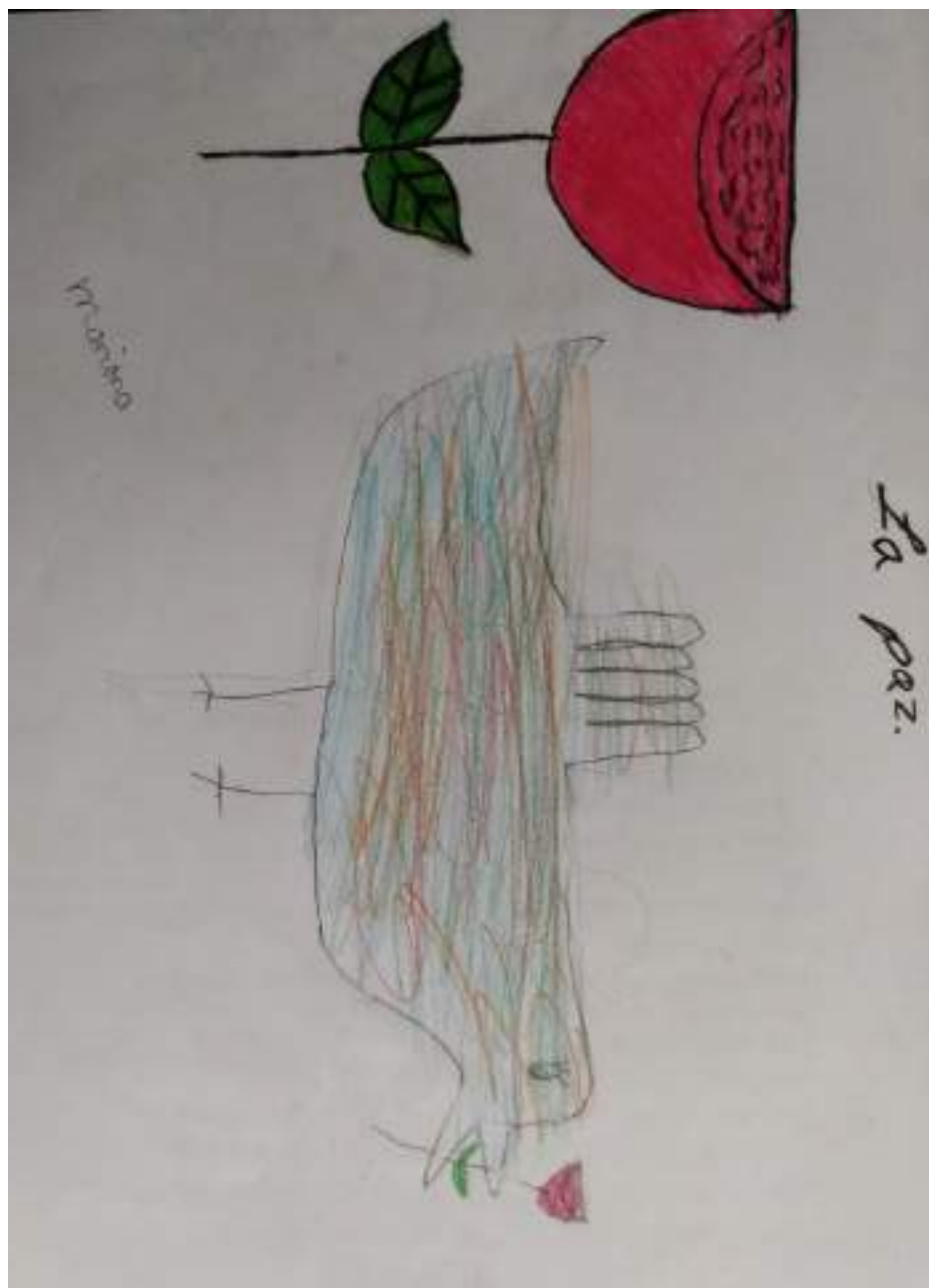
me gustaría que ese hermoso sentimiento se expresa
por todo el planeta y en cada rincón de cada lugar.
No más conflictos, ni peleas, ni rancores y tampoco
envidia eso no nos ayuda en absolutamente nada.
aprendamos a vivir en tranquilidad, amor, amistad y en
PAZ.



Art: Gisela H







A todas las mujeres, niñas y niños que compartieron una parte de sus vidas y reflexiones a través de sus relatos e historias, gracias.

Escribir es un acto de rebeldía, de abrirse al mundo para transformarlo. *Contadoras de Historias. Relatos de mujeres para no olvidar* es eso, una oportunidad para juntarnos y hacer memoria colectiva de un país al que todavía le falta mucho para alcanzar la paz. ¿Acaso es posible hacerlo?

¿Qué es *Somos Movimiento: Mujeres, Paz y Territorio*?

Somos Movimiento: Mujeres, Paz y Territorio es una campaña comunicativa que visibiliza procesos e iniciativas impulsadas por mujeres exguerrilleras desde diferentes territorios de Colombia.

Creemos que los afectos movilizan sentires, deseos y acciones que transforman el mundo y bajo esa lógica, nos juntamos y trabajamos de la mano de organizaciones sociales, comunidades, colectivos, parches y grupos que, como nosotras, creen y luchan por una país más justo, equitativo y digno para su gente.

Alzamos la voz aprendiendo de nuestras antecesoras, luchadoras, combativas, inconformes, resistentes, mujeres que lo han dado todo y siguen disputándose espacios de poder.

Le hablamos a todas las personas dispuestas a construir en colectivo, que tienen preguntas, pero no verdades absolutas, y que, como nosotras, quieren aprender, aportar y crear algo distinto.

Reconocemos el poder transformador de lxs jóvenes, su energía, esperanza y lucha.

Nos mueven las injusticias, la desigualdad social, los ejercicios de poder arbitrarios, el silencio...


Queremos romper los tabúes que, en lugar de juntarnos, nos distancian y estigmatizan. ¡Aquí estamos, nos movemos, cambiamos y aportamos!





Rosemary

Por: Camila Correa Lorduy



Escribir es un acto de rebeldía, de abrirse al mundo para transformarlo. *Contadoras de Historias. Relatos de mujeres para no olvidar* es eso, una oportunidad para juntarnos y hacer memoria colectiva de un país al que todavía le falta mucho para alcanzar la paz. ¿Acaso es posible hacerlo?

“Sigo abrigando en lo profundo de mi ser poder ver con mis propios ojos que los años en lucha no fueron en vano, que valió la pena luchar por lo que es de nosotros, que el haber entrado en la firma de los Acuerdos de Paz “no nos cueste la vida””.

“¿Qué significa leernos entre mujeres? En un sentido personal significa reconocermme como mujer portadora de un legado, de una historia ávida de encontrar un lugar inédito en mi trayectoria vital, nos leemos entre nos... Leernos entre nos significa encontrar nuestra propia voz y reconocernos con múltiples rostros: amigas, hijas, madres, trabajadoras, y, sobre todo, mujeres lectoras”.

“El acto de escribir es el umbral para liberar, añorar, suturar las heridas que no alcanzan a cerrarse”.



CENTRO
DE PENSAMIENTO
Y DIÁLOGO POLÍTICO



Embajado de Noruega



ISBN 9-585-28655-6



9 789585 286559